

JOSE RUMAZO GONZALEZ

Duplicado

Reservados los derechos

El Ecuador en la América Prehispánica

Libro premiado por la Academia Nacional de Historia.



edit.
bolivar
quito.

BIBLIOTECA DE LA ALIANZA UNIONISTA
Directores: A. y J. Rumazo González
VOLUMEN I



BIBLIOTECA DE LA ALIANZA UNIONISTA
DIRECTORES: ALFONSO Y JOSE RUMAZO GONZALEZ

VOLUMEN I

JOSE RUMAZO GONZALEZ

Correspondiente de la Academia
Nacional de Historia



EL ECUADOR EN LA AMERICA PREHISPANICA

Libro premiado por la misma
Academia.

*Con 9 grabados fuera
de texto.*

EDITORIAL BOLIVAR
QUITO

LOS ESTUDIOS DE PREHISTORIA ECUATORIANA

Algunos quieren distinguir la prehistoria de la arqueología, reservando para la primera la coherencia del documento escrito, la ciencia y la investigación, a base de lo que nos dejaron los cronistas y viajeros; al paso que la arqueología sería cosa aparte, la ciencia del monumento que se transforma en documento, el estilo del artefacto que habla de la cultura y origen pero no de los hechos y tradiciones de una raza. Estas dos disciplinas, junto con la lingüística y la etnología, serían cuatro corrientes paralelas, inconfundibles, en la ciencia general de las antigüedades: documento escrito, monumento o artefacto hecho documento, el idioma, la raza con sus costumbres. (1).

En el presente estudio, hemos tratado de fusionar en lo posible estas cuatro fuentes de la pre-

(1) Véase después: Los Panzalecos o Tacungas.

historia, para echar todas esas aguas en una misma cuenca, y tratar de ver, por uno u otro modo, quienes fueron los aborígenes del Ecuador, cual fué su origen o sus orígenes, cuáles sus lenguas, sus costumbres, sus migraciones, su grado de cultura.

González Suárez debe considerarse como el padre de la arqueología e historia ecuatorianas. Su primera obra apareció en 1878. "Cuando comencé mis estudios arqueológicos, escribe, nadie entre nosotros había explorado ese campo vasto y difícil de explorar con éxito. No había mas libros que la obra de Garcilazo, del P. Velasco, de Humboldt y de Prescott". Y en efecto fue Alejandro de Humboldt el primero en llamar la atención acerca de los monumentos ecuatorianos prehistóricos en sus *Vistas delas Cordilleras*. (1).

-
- (1) En 1799 vino a la América con el sabio botánico Bonpland el barón de Humboldt. Después de explorar Venezuela y el Orinoco, llegaron a Cuba en 1800, y al año siguiente, por la meseta de Bogotá, se vinieron a Quito. En 1803 estuvieron en Méjico, luego en la Habana, Filadelfia y Washington, de donde regresaron a Europa. La ascensión al Chimborazo se verificó en junio de 1802.

Durante 20 años de permanencia en París se dedicó Humboldt a su monumental obra sobre América, la cual apareció en 30 volúmenes ilustrados con mapas y grabados y con el título general de *Viaje a las regiones equinoxiales del Nuevo Continente hecho en 1799 - 1804*. En la primera parte dedicada a la relación histórica se contienen los atlas geográfico y físico y el atlas pintoresco, *Vistas de las Cordilleras* y de los monumentos de los pueblos indígenas de la América. La segunda parte es una compilación de observaciones de zoología y de anatomía comparada. La tercera, un ensayo político sobre el reyno de la Nueva España en que se incluye el atlas geográfico y físico de dicho reyno. Componen la cuarta parte observaciones astronómicas, operaciones trigonométricas y medidas barométricas, redactadas y calcu-

Casi un siglo antes del viaje del gran sabio alemán, Ulloa y Juan se pasaron algunos años en la América española y la mayor parte de ese tiempo en el Ecuador; pero no dieron mayor importancia a las ruinas arqueológicas, declarando en su obra que, “su fin se dirigirá a proponer la idea de lo que son aquellos países al presente; las costumbres de sus moradores, y la abundancia o disposición de aquellos pueblos”. De paso se habla en su crónica de las ruinas de Callo, “fábrica antigua de los indios gentiles, y uno de los palacios que tenían los Reyes Ingas”. (1)

ladas por Jabbo Oltmanns. En la quinta parte se estudian la física general y geología, así como la geografía de las platas. Por último, la sexta, dedicada a las plantas equinoxiales, melastomáceas y otros géneros del mismo orden, etc., fué redactada casi totalmente por Bonpland. Este sabio botánico llegó a clasificar 6.000 especies, la mayor parte desconocidas.

“Los americanos jamás deben olvidarse de Humboldt”, decía con justicia el P. Solano.

- (1). Relación histórica del viaje a la América—Edición original — 1748—1796.

Jorge Juan y Santacilia y Antonio de Ulloa, vinieron muchachos a la América, pues no tenían sino 21 y 19 años. Como la Academia de Ciencias de París nombrase dos comisiones científicas para medir cada cual un arco de meridiano, la una en Laponia y la otra en Quito, designando como miembros de la misión americana a la Condamine, Bouger y Godin, y Luis XV solicitase de Felipe V autorización y apoyo para la empresa, fueron destinados dos miembros de la Armada a acompañar a los sabios de Francia. Cuando la comisión científica francesa regresó a París, Juan y Ulloa se quedaron en Quito hasta 1754. Los estudios de esta expedición que vino en 1748 se publicaron en la “Relación Histórica del viaje a la América Meridional hecho de orden de su majestad para medir algunos grados del meridiano terrestre y venir por ellos en conocimiento de la verdadera figura y magnitud de la tierra”.

Las ideas del P. Velasco acerca de nuestras antigüedades se divulgaron y perduraron por mucho tiempo, desde mediados del siglo XVIII; Pedro Fermín Cevallos en su Historia las repite. Porque, hasta González Suárez, triste es reconocerlo, sólo los extranjeros se habían interesado por nuestra arqueología. Así, del descubrimiento de unas sepulturas ricas en oro, en Chordeleg, (1856), habló en 1870 la Gaceta de Bellas Artes de París, sin que en el Ecuador se hubiese dado importancia científica al asunto. (1) El naturalista y erudito español don Marcos Jiménez de la Espada, que vino en la expedición del Pacífico de 1862, con encargo especial de estudiar la fauna americana, hizo, en 1865, importantes observaciones acerca de las ruinas de Callo, siendo el primero en dudar de la veracidad del P. Velasco, que, hasta entonces y mucho después, hizo entorpecer toda investigación científica. (2)

(1). Cf. Max Uhle.—“El desarrollo e la Prehistoria Ecuatoriana en los primeros cien años de la República” en “El Ecuador en Cien Años de Independencia”, publicado por G. Orellana. I—4.

(2) Jiménez de la Espada llevó a cabo uno de los viajes de mayor importancia que se hayan hecho por la América Española. Después de muchos estudios y de peligrosas ascensiones a los principales volcanes ecuatorianos, el viajero español se internó por Papallacta al Napo y allí siguió la vía del Amazonas, hasta llegar al Atlántico. Por el mismo tiempo Clemente R. Markham, geógrafo y explorador inglés, que ya en 1852 había venido al Perú a estudiar los restos arqueológicos de la cultura incaica, publicaba, como fruto de los estudios

Los Geólogos alemanes Guillermo Reiss y Alfonso Stübel pasaron nueve años en exploraciones y estudios por América desde 1868 hasta 1877; recorriendo Colombia, el Ecuador, Perú y Bolivia, ocupándose principalmente de geografía física y geología. En 1874 se llevaron del Ecuador una colección de antigüedades que después fueron estudiadas en *Kultur und Industrie Südamerikanischer Völker*, en que colaboró también B. Koppel. El cónsul de Bélgica Mr. Vile reunió así mismo otra colección notable de antigüedades la cual fué descrita por el americanista belga Anatolio Bamps autor del *Sincronismo Prehistórico y los aborígenes americanos* y de los *Prolegómenos de ciencia americana*. Por otra parte, en 1875 y 1876 recorrió, la América el antropólogo y etnólogo alemán Adolfo Bastián desde el Perú hasta Méjico y publicó después, como fruto de la expedición la notable obra *Die Culturländer des Alten Amerika*.

El sabio profesor de la politécnica Dr. Teodoro Wolf, en sus estudios geológicos y geográficos no pudo menos que tocar algunos puntos relacionados con la prehistoria. El fué el primero en llamar la atención sobre un petroglifo, en

hechos en su segundo viaje, nuevos datos científicos acerca de la civilización peruana; entre ellos aparecieron ciertas noticias de los artefactos prehistóricos de piedra hallados en nuestras costas ecuatorianas.

Adolfo Bastián, el etnólogo norteamericano, Daniel Brinton, y otros autores del siglo pasado, y hasta últimamente, en parte, el Coronel Langlois, no han hecho sino seguir la tradición velasqueña al tratar de las antigüedades ecuatorianas.

publicar algunos topónimos de la provincia de Esmeraldas y, accidentalmente, en su obra geográfica, otros más del resto de la República. (1)

-
- (1) Cf. Julio Tobar Donoso.—García Moreno y la Instrucción Pública.—Boletín de la Ac. Nac. de Hist. VII.—94—97.

El Dr. Wolf se separó de la Compañía de Jesús y de la Politécnica en 1874. Al año siguiente, se le nombraba geólogo del Estado. Su obra principal es la Geografía y Geología del Ecuador, de imponderable valor científico, y que ha servido hasta ahora como base para todo estudio de geografía y cartografía. En la Carta Geográfica utilizó el sabio alemán los trabajos de la Condamine, Wisse y otros geógrafos anteriores a él. El Dr. Wolf ayudó también a Stübel en la colección ornitológica que llevó este explorador al museo de Berlín.

Con ocasión del nacimiento de dos nuevas ciencias, la egiptología y la asiriología, después que el sabio orientalista francés Eugenio Champollion descifró por el copto la inscripción trilingüe de Roseta y que el arqueólogo inglés Agustín Layard y otros realizaron las excavaciones de Nínive y Babilonia, y habiéndose por otra parte, legado ya en el segundo cuarto del siglo pasado a la distinción de los tres períodos prehistóricos, el de la piedra, el del cobre y el de hierro; se despertó en Europa la curiosidad por toda suerte de antigüedades, y se inició desde entonces la arqueología americana. Los descubrimientos de Boucher de Parthes en 1849, en las cercanías de Abbeville en donde se siguieron desenterrando después instrumentos chelianos (primera fase del paleolítico), romanos, etc, aguijoneó más todavía el deseo de penetrar en los secretos arqueológicos. Ya de 1826 a 1834 el naturalista francés había visitado la América del Sur. En su obra "Viaje por la América Meridional" se habla de los monumentos bolivianos de Tiahuanaco. También en la primera mitad del siglo XIX nació la ciencia mejicana con los descubrimientos del norteamericano Juan L. Stephens en la región maya. Después ha sido menester que progresaran los conocimientos acerca de los antiguos habitantes del Yucatán y de Chiapas, para dar con la clave del origen de muchas culturas sur y centroamericanas.

En 1839 aparecieron los estudios craneológicos del norteamericano Samuel Jorge Morton que defiende la po-

González Suárez (1844 - 1917) se dedicó, desde muy joven a los estudios históricos ecuatorianos y americanos. (1) Ordenado sacerdote, apenas salido de la Compañía de Jesús, en 1872, ya en 1878 publicaba su *Estudio Histórico sobre los Cañaris pobladores de la antigua provincia del Azuay*, que fué recibido con mucha indiferencia por el público. Nuestro sabio historiador tuvo que luchar aislado: los medios le eran dificultosos y a veces hasta hostiles. La obra resultó a la altura de los conocimientos de la época, de sabia penetración, de exposición clara, e inició los estudios prehistóri-

ligenesia, a propósito de los cráneos americanos. Desde entonces siguieron las investigaciones etnológicas y antropológicas en los Estados Unidos.

En Sud América los estudios prehistóricos se iniciaron en el Perú: Mariano Eduardo de Rivero a quien el Libertador nombró Director General de Minas y de Instrucción Pública en el Perú, publicó en 1851 sus *Antigüedades Peruanas* en colaboración con el naturalista Suizo Juan Jacobo Tschudi que viajó por el Perú de 1838 a 1848 y que después regresó a la América a visitar diversos países.

En la segunda mitad del siglo XIX, vinieron los comentarios sobre las ruinas de Tiahuanaco de Bollaert, la descripción de las ruinas del Cuzco de Markham (1856), y el estudio sobre el Perú antes de la Conquista de Desjardins y la *Historia antigua del Perú* de Lorente (1860), historiador español que murió en Lima. El arqueólogo norteamericano Efraín Squier visitó también todos los monumentos del Perú y publicó una obra de valor reconocido en 1877.

Acerca del estado general de la ciencia americanista en el siglo pasado cf. Uhle op. cit. *El desarrollo de la Prehistoria* 2—4.

Carlos Manuel Larrea.—Prólogo al estudio histórico sobre los Cañaris, de González Suárez.—1922.X.

- (1) Consúltense las *Memorias Intimas* publicadas por "El Día" y reimpresas Ed. Gutenberg.—1931.

cos en el Ecuador. Rechazando la clasificación de las tribus cañaris de Velasco y después de haber fijado sus límites que debían corresponder a las actuales provincias de Cañar, Azuay y El Oro, pasa a contar cómo se verificó la conquista y dominación incaica por Túpac Yupanqui y Huayna —Cápac, y luego, la cruel matanza que hizo en los pobres cañaris el inca Atahualpa, después de vencer a su hermano Huáscar. Apoya su relato en Cabello Balboa y Oviedo. Luego viene el estudio acerca de las creencias religiosas, de los sepulcros, la lengua, el sistema gráfico, la manera gubernamental y el carácter moral; la descripción de los objetos encontrados en Chordeleg, conjeturas acerca del origen de los cañaris y de la raza de los jíbaros del oriente y del sur de aquéllos; investigaciones sobre el punto donde estuvo la ciudad de Tomebamba, acerca de las ruinas del valle de Yunguilla y la etimología de Tomebamba.

No queremos entrar a examinar la labor prehistórica de González Suárez tan bien estudiada por diversos autores nacionales y extranjeros; pero es el caso que la obra del sabio ecuatoriano es todo un monumento científico, sobre el cual se han basado los estudios posteriores de Jijón y de Uhle.

En el libro sobre los Cañaris, en la Prehistoria Ecuatoriana, en los Aborígenes de Imbabura y del Carchi, en las Notas Arqueológicas, en la Historia Elemental de la República del Ecuador, en el primer tomo de la Historia General, en todo cuanto escribió acerca de la prehistoria nuestra, la visión del sabio es sorprendente.

A González Suárez se debe la fundación de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos que, en 1920, fue declarada Academia Nacional de Historia por Decreto Legislativo y en la cual han aparecido importantísimos estudios de Jijón, de Buchwald, Means y otros.

Después de González Suárez, la Arqueología ecuatoriana ha podido dar grandes pasos hasta el punto de englobarse enteramente en la Arqueología americana, gracias a Jijón y Caamaño y Max Uhle.

El Dr. Luis Cordero que escribió una gramática quichua fue uno de los pocos en sospechar el verdadero sitio de las ruinas de Tomebamba.

De 1900 a 1908 se verificaron dos expediciones extranjeras de importancia. En 1900, la de Jorge A. Dorsey, del Field Museum de Chicago, a la Isla de la Plata, frente a la costa de Jipijapa, en donde se encontró una civilización preincaica en nada parecida a las demás que se desarrollaron en la costa ecuatoriana, así como huellas de la cultura de los incas, lo cual probada que los quichuas extendieron su dominio también a esas pequeñas islas; en 1906 y 1907, se hicieron los estudios del profesor Marshall H. Saville del Museum of American Indian de New York desde las costas de Guayaquil hasta el norte de las de Esmeraldas, pero principalmente en Manabí, en donde ha llegado a la celebridad el Cerro de Ho-

jas cerca de Manta, rico en esculturas de piedra que recuerdan, como veremos después, las de San Agustín en Colombia, cerca de Buenaventura. Saville repitió su viaje y excavaciones por los mismos lugares del litoral en 1920. (1)

En 1912 apareció la obra de Rivet y Verneau sobre Etnografía Ecuatoriana. El Dr. Rivet acompañó como médico a la Misión del Servicio Geográfico de la armada francesa que vino a medir el arco del meridiano ecuatorial en la América del Sur (1901—1906). Paul Rivet quedó tan encariñado con todo lo que se refiere a nuestras antigüedades, que desde entonces no ha cesado de publicar estudios muy meditados y de paciente análisis. A él se debe la clasificación de las lenguas antiguas que se hablaron en el Ecuador y países vecinos, y monografías separadas lingüísticas y etnológicas (2) escritas algunas en colaboración del gran americanista Beuchat.

-
- (1) Cf George A Dorsey—Archaeological Investigation on the Island of La Plata—Chicago 1891.
Marsehl H. Saville—Contribution to South American Ethnologie. The Antiquities of Manabí—Nueva York—1907 y 1910 y
Archaeological Researches on the Coast of Esmeraldas, presentado al Congreso de Americanistas de Berlín (1908)
- (2) H. Beuchat y P. Rivet—Contribution a l' étude des langues Colorado et Cayapas—Paris 1907.
Id, id.—Afinités des langues du Sud de la Colombie et du Nord de l' Equateur—Luvain—1910.
Id, id.—Les familles linguistiques du Nord Ouest de l' Amerique du Sud—Paris 1912.
Id, id.—La famille Betoja ou Tucano—Paris 1911

El Sr. Jijón y Caamaño, discípulo, como Carlos Manuel Larrea, de González Suárez, publicó en 1914 su "Contribución al Conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura", estudio que fué completado después, presentándose entonces un corpus de la cerámica. Antes, en 1913, describía los hallazgos de oro de la Tola de Quito en El Tesoro de Ichimbía. "Puruhá" es obra de grande aliento, notable erudición; no una monografía, sino una visión de conjunto. La "Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador interandino y occidental antes de la conquista española", es el único ensayo toponímico que tenemos.

Al espíritu científico y al apoyo pecuniario del Sr. Jacinto Jijón y Caamaño debe mucho la Arqueología ecuatoriana.

Gracias a este hombre de ciencia se han verificado numerosas excavaciones, subsistió un tiempo el Boletín de la Academia Nacional de Historia que continuó publicando periódicamente estudios

R. Verneau—Collections Anthropologiques équatoriennes du Dr. Rivet—Paris 1907.

R. Anthony et Paul Rivet—Etudes Anthropologiques des races precolombiennes de l' Equateur—Paris 1908

Dr. Rivet—La Rece de Logoa Santa chez les populations precolombiennes de l' Equateur—Paris 1908.

Beuchat—Manuel d' Archéologie Américaine—1912.

Consúltese la Bibliografía ampliada sobre Etnología y Arqueología en el Ecuador por Max Uhle—Anales de la Universidad Central—Núm. 270—1929.

de laboriosa documentación, y ha logrado formarse un museo valioso, (1).

Colaboradores en los estudios prehistóricos han sido Julio Matovelle, Honorato Vásquez, Jesús Arriaga, Octavio Cordero Palacios, Francisco Talbot, Tomás Vega Toral, en Cuenca; el Dr. Félix Proaño, en Riobamba; Carlos E. Grijalva, en Tulcán. También son muy apreciables los artículos y estudios cortos de los señores Homero Viteri Lafronte y Luciano Andrade Marín.

Los estudios del alemán señor Otto von Buchwald sobre la lengua de los colorados, las tolas en la costa, etc., han sido siempre muy estimados.

El señor Carlos Manuel Larrea trabajó un tiempo con el señor Jijón y Caamaño, pues sus conocimientos en la materia son ampliamente documentados. El estudio publicado después de las excavaciones practicadas en las faldas del Ichimbía, de esta ciudad: "Un cementerio incaico en Quito" (1918) se verificó en colaboración por Jijón y Larrea.

El Dr. Max Uhle de Dresde (en los museos de esta ciudad y en el de Berlín verificó sus prime-

(1) La mejor colección de antigüedades ecuatorianas se encuentra en el Museum of the American Indian; se debe casi exclusivamente a Saville. Casi de igual importancia es la colección llevada en 1907 por el Dr. Rivet a París. En el incendio de nuestra Universidad se destruyó el pequeño museo prehistórico que allí había, pero, el mismo señor Jijón repuso esa pérdida.

ros estudios), (1) comenzó sus labores americanistas en 1883, estudiando las colecciones de Alfonso Stübel. Luego vino en comisión científica, mandado por el gobierno alemán, a la Argentina y Bolivia; después, por orden de la Universidad de Pensilvania a Bolivia y el Perú, de nuevo al Perú por cuenta de la Universidad de California, hasta que en 1906 fue contratado por el gobierno de esa República. Allí permaneció el profesor alemán hasta 1911, año en que, después de haber formado el Museo Arqueológico de Lima, partió a Chile para organizar también el Museo Etnológico de Santiago. Entonces fué cuando estudió los problemas de Arica y Tacna. En 1919 vino el Dr. Uhle al Ecuador traído por el señor Jacinto Jijón y Camaño. Después entró al servicio de la Universidad Central como profesor, cargo que desempeña todavía.

El colaborador de Stübel en la notable obra sobre Tiahuanaco y autor de tantos trabajos acerca de las antigüedades peruanas y bolivianas, después de hacer sus estudios en diversas partes del Ecuador, pero principalmente en el Azuay y Loja, el Carchi e Imbabura, Esmeraldas y Manabi, y teniendo como punto de apoyo los trabajos de los mejicanistas, ha llegado a presentar al mundo científico una cronología de las culturas antiguas de América, y a demostrar el origen centroamericano de nuestras primitivas civilizaciones, como

(1) Nació en 1856, estudió en las Universidades de Goetttingen y Leipsig.

ya lo sospechaba hece medio siglo González Suárez.

El Dr. Uhle fue también el que descubrió las ruinas de la antigua Tomebamba, que había dado lugar, desde muy antiguo, a tantas suposiciones, pues no se llegaba a dar con el sitio en donde yacía enterrada la ciudad de Huayna Cápac. (1)

En cuanto a las fuentes de la protohistoria que ya entra en la historia, arrancando de la prehistoria propiamente dicha, una vez que los cronistas y viajeros de la colonia nos dejaron noticias de altísimo valor, en donde, a más de los sucesos inmediatamente anteriores, están consignadas las tradiciones que pudieron recogerse de boca de los indígenas; la Crónica del Perú de Cieza de León, en su primera parte, "es la única fuente primitiva, directa, general e impresa para la Historia primitiva, del Ecuador", como dice el P. Le Gouhir.

Cieza de León es el maestro de Garcilazo, de Herrera, de Velasco y de Prescott. Por lo demás, hasta hace algunos años, siempre que se trataba de nuestras antigüedades, se seguía la Historia Antigua del Reyno de Quito, de nuestro primer historiador el P. Velasco.

En la obra de Monseñor González Suárez están ya juzgadas y fundidas las noticias de los cronistas y primeros historiadores acerca de la prehis-

(1) En la Revista de la Sociedad Jurídico Literaria de esta ciudad, en la del Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay, en los Anales de nuestra Universidad, han visto la luz publicaciones de mucha importancia para la Prehistoria ecuatoriana,

toria. (1) Cosa demasiado larga sería hablar de todos los cronistas anteriores a Velasco.

El presente estudio adolece de repeticiones que hemos juzgado necesarias para la claridad del texto. Creemos además que ensayos de esta clase deben corregirse y aún refundirse continuamente, a medida que la documentación aumenta, que los nuevos descubrimientos tuercen el curso de las teorías, o que la reflexión sobre los datos adquiridos hace que se formulen nuevas hipótesis y se desechen otras tenidas como probables. Esta es la intención de nuestro trabajo, tener una vista de conjunto y divulgar las ideas matrices, sean ellas hipótesis o verdades plenamente demostradas, porque la obra de los sabios arqueólogos extranjeros y nacionales ha sido copiosa y debe ser conocida lo más posible.

Cf. El Desarrollo de la Prehistoria Ecuatoriana en los primeros cien años de la República.—M. Uhle.—En el Ecuador en cien años de Independencia—ed. p. Orellana.—1—1—22.

- (1) Léase la Bibliografía comentada que acerca de la Prehistoria Ecuatoriana publicó en forma de Tesis el P. Le Gouhir.

EL HOMBRE AMERICANO

UN PROBLEMA CONTINENTAL

Cuando la audacia de Colón descubría a los reyes de Europa la existencia de un continente más allá de los mares, la América estaba poblada desde la Bahía de Hudson hasta el cabo de Hornos. Aquí se encontraban todas las civilizaciones, desde el paleolítico primitivo, hasta la cinceladura de los metales. Había pueblos constructores de ciudades y templos, fabricantes de cerámicas muy finas; vestigios de culturas ya muertas que dejaron monumentos admirables en Yucatán y Tiahuanaco, grabando en las piedras las fechas memorables; había tribus errantes en la Amazonia, sin más indumentaria que el follaje ampuloso de las selvas, hombres cazadores, viejos traficantes de la pezca, agricultores, y, últimamente, estadistas del imperio.

En el tiempo de la conquista, según los cálculos de Sæpper, debieron ser de 35 a 48 millones los

habitantes de todo el continente. La mayor parte de estos pueblos estaban organizados en tribus sedentarias, aglomeradas en Méjico y la América Central, en las costas del Pacífico y las mesetas andinas, desde Panamá hasta el sur de Chile. Esta densidad de la población en el oeste venía desde muy antiguo, a causa de las mismas condiciones geográficas y climatéricas; por esto las grandes culturas americanas florecieron en estas mismas regiones, y, aún ahora, a través de la hispanización de la América, los indígenas son tan numerosos como los blancos, a lo largo de los Andes, y en Méjico, más abundantes todavía.

La densidad de la población era, sin embargo, muy variable, aún en las regiones más habitadas; los españoles encontraron a las tribus diseminadas y con una organización más o menos parecida. El Imperio de los Incas no había sido el único de grandes proporciones, pero, no había llegado a formarse una unidad nacional, que afectara a la vida de los grupos y de las regiones. Porque el americano, por lo general, no era nómada: hacía sus incursiones, emigraba, los pueblos más numerosos invadieron nuevos territorios, los más civilizados conquistaron y extendieron su dominio hasta remotos países; pero los bosques seculares, las quebras profundas, los páramos interminables de las alturas, volvieron estacionarios a los indígenas, manteniendo a los pueblos aislados. Así, la agricultura comenzó en los tiempos más primitivos, y la feracidad de las tierras dió cosechas muy fáciles, para que no pensaran las gentes en ir en busca de parajes más generosos.

El Ecuador estaba comprendido en esta zona habitada y de cultivo. Las tradiciones cuentan de los pueblos muy antiguos, que vinieron de las lejanías del mar y subieron al altiplano por las gargantas de los Andes. Los españoles encontraron a los de Quito asimilados al Imperio de los Incas; no habían pasado, sin embargo, muchos años, desde esa conquista; todavía, en las células que forman los nudos de las cordilleras, moraban pueblos de diverso origen: el Ecuador, en el siglo XVI, era un mosaico de culturas y de lenguas.

¿Y de dónde venía este hombre primitivo, el de las regiones ecuatoriales, el del Imperio del Cuzco, el del Continente Americano? ¿Cuál fué la raza aborigen del Ecuador, o de toda la América? ¿En qué época aparecieron los hombres en nuestras selvas? ¿Hubo inmigraciones de otras razas; y, si las hubo, de dónde emigraron ellas?

Los problemas prehistóricos de cualquiera de las naciones del continente, deben tratarse desde un punto de vista ampliamente americano, porque, las divisiones geográficas, las organizaciones políticas, son cosas de ahora, entretanto que, la geografía prehistórica no era la de las cédulas, de las actas y de los tratados, sino la de la naturaleza, la de los climas, de las corrientes de los ríos, de las mesetas accesibles, la de los lugares sanos y de la vida fácil. El hombre ecuatoriano de las edades antiguas fue el hombre colombiano y el

hombre peruano, fue el hombre andino. La geografía prehistórica no conocía sino las costas, las serranías y las selvas de los grandes ríos. Después se formaron unidades regionales que no olvidaron sus patrias antiguas y que, al lado de eso, desarrollaron culturas autónomas y casi aisladas.

Luego aparecerán formas de vida con caracteres propios, las que podremos llamar netamente ecuatorianas, porque el desarrollo de esas culturas prehistóricas nos prueba que nuestra unidad nacional, junto con los límites convencionales, tiene la garantía de las fronteras naturales que los pueblos bárbaros las entendieron: las culturas azuayas fueron hasta el sur de Loja prolongándose hacia la costa; los Chimus del norte peruano, indios de la misma familia, tenían sin embargo vida aparte; esa familia de pueblos (cañaris, chimus, yungas, etc.), estaba dividida por los jíbaros Paltas y Bracamoros; los Tumbecinos, más que con los Chimus, mantenían relaciones de paz o de guerra con los de la Puná, del Azuay o Guayaquil. En el norte, mientras, Carchi, Imbabura y Esmeraldas eran tres provincias de grandes afinidades, y entre los de la sierra y los costeños había cierta unidad moral, tradicional y de comercio, dando que por el Guayllabamba los inmigrantes habían venido desde Esmeraldas hasta el San Pedro y las serranías; el país de los Pastos ocupaba la actual provincia del Carchi y se extendía hasta Pasto. Cosa curiosa, con los Pastos sucedía algo parecido a lo de los Paltas y Bracamoros. Los Pastos eran también gente, raza extraña en el norte; los Quillacingas, Sebondoyes, Barbacoas norteños, y los

Imbaburas, Caranquis y Cayapa—Colorados del sur de su territorio, eran chibchas; ellos estaban en el medio rompiendo esa unidad de pueblos; eran orientales como los jíbaros Paltas que hacían que los de Trujillo fueran pueblos aparte de los de Loja y Cuenca.

EL HOMBRE PALEOLITICO EN LA AMERICA

Los americanistas Rivet, Vignaud y, últimamente, el Coronel Langlois, al tratar de la población del continente, admiten el hecho de la América habitada, eliminando todas las hipótesis en que intervengan razas civilizadas en posesión de diversos elementos de cultura. Esto se refiere, principalmente, a las razas mediterráneas, pues las migraciones de judíos, tirios, fenicios, cananeos, carios, tártaros, egipcios, babilonios, etc., son imaginaciones, como las del Padre Gregorio García que vivió en el Perú en el siglo XVI. Decía este señor que la población de América se debía a los judíos, entre otras razones, porque los indios son perezosos como los judíos, porque no creen en los milagros de Jesucristo, como los judíos y porque no eran agradecidos con los españoles por todo el bien que se les había hecho, lo mismo que los judíos. Todos esos pueblos del Mediterráneo, hayan sido malos o buenos navegantes, nada tienen que ver ni por su raza, por su lengua, con nuestros indios; además

nunca se debe perder de vista el elemento geográfico. (1).

El gran arqueólogo de la Argentina Florentino Ameghino practicó muchas excavaciones en las Pampas, defendiendo, como consecuencia, la existencia del hombre terciario en América: los restos humanos y aún prehumanos encontrados por él, le parecieron los más antiguos de la historia del hombre sobre la tierra. Actualmente están abandonadas sus teorías; después de largos estudios Hrdlicka afirma que nada puede probar la existencia de ese hombre fósil, con él está la mayoría de los paleontólogos. "Se puede decir ahora que no hay ninguna prueba de que el hombre haya vivido en América antes del último período glacial y aquel que habitó la América en los tiempos más remotos, es de la misma cepa que el americano actual". (Steinmann).

Admitiendo, según el estado actual de los conocimientos, que el hombre de nuestro continente no es un autóctono sino inmigrado, queda siempre, como verdad indiscutible, el tiempo muy antiguo de su advenimiento. (2).

(1) *L'Amérique Pré-colombienne et la Conquête Européenne* par M. le Colonel Langlois—1928—21.

E. Pittard—*Las Razas y la Historia*—trad. 478.

(2) Según los estudios de Henry Fairfield Osborn—*Men of the Old Stone Age*—New York—1928—, la primera raza de cerebro desarrollado apareció en Europa hace unos 25,000, años.

Hasta hace poco se discutía sobre sí el paleolítico existió o no en América. Los últimos descubrimientos de Capdeville y de Uhle parecen decidir la cuestión en sentido afirmativo. "Felizmente disponemos ya de algunos tipos y objetos cuyo carácter incontrovertible paleolítico de ninguna manera puede ser disputado, dándonos ellos la garantía que el pasado americano produjo en parte verdaderos tipos paleolíticos, y permitiendonos ellos de esta manera reconocer ahora con absoluta seguridad también en otros objetos antes dudosos su pertenencia a este mismo carácter" (castellano pensado en alemán) (1). Pero la industria de la piedra tallada que conocieron nuestros primitivos como el primer paso a la utilización de la naturaleza, no quiere decir que hayan ellos existido en los tiempos diluvianos. La palabra paleolítico no significa sino un tipo de cultura, un grado técnico de industria, sin implicar la idea de una edad o de una cronología universal.

El arte de tallar la piedra era muy antiguo y tradicional, y, en sus diversas fases, sobrevivió a través de la alfarería que comenzaba a elaborarse entre los indios sólo hace unos 2.000 años, desde cuando la cultura arcaica centroamericana visitó las costas del Pacífico.

(1) El Problema Paleolítico Americano por Max Uhle—Boletín de la Academia Nacional de Historia—V: 302-316.

El arte lítico de América no puede relacionarse con el europeo; lo mismo sucede para otras partes del globo. Los Tasmanianos, que desaparecieron en el siglo pasado, conocían tan sólo una industria eolítica parecida de todo en todo a la europea; tallaban la piedra con la técnica más primitiva que haya habido por las partes líticas. Los españoles encontraron, junto con la alfarería, las variedades del neolítico. En Oceanía hay todavía tribus que no han ido más allá de la piedra tallada. Norte América, en tiempo de la conquista, estaba en la edad de piedra en las diversas etapas de su arte. La edad de piedra, como la de cobre y la de bronce, son edades que no tienen una misma edad en toda la América.

Augusto Capdeville, que ha estudiado tan prolijamente la arqueología de Taltal, extrajo de esa parte de la costa chilena algunos objetos de sílice tallada en forma de lanzas y hachas, cuya identidad con los objetos paleolíticos europeos parece indiscutible: seis de ellos representan el tipo de Chelles, es decir, del período más antiguo del paleolítico inferior (1). El descubrimiento de Taltal que "ha de cambiar la faz arqueológica hasta ahora aceptada para el continente" (2), junto con otros hechos puestos en tela de juicio anteriormente, sirven ahora para establecer la progresión de la industria lítica americana a través de las formas transitorias.

-
- (1) Notas acerca de la Arqueología de Taltal—Bol. Ac. Nac. H—1—16; 256—260;—III—229—233.
(2) Max Uhle—loc. cit. 307—315.

El paleolítico de América debió ser general y simultáneo en el continente: el tipo chellense se desarrolló con toda probabilidad en dos épocas distintas que corresponderían a los objetos patagónicos estudiados por Outes, y a los de Taltal, Arica y Ancón (1). En cuanto al desarrollo geográfico, fue muy desigual; en algunas partes, como en Méjico y las costas occidentales del sur, desapareció súbitamente, aunque no del todo, porque siguió prolongándose, a través de los nuevos usos introducidos por los inmigrantes, con el carácter de tipo tradicional, principalmente entre los pescadores costeros. Mientras en Europa los objetos de hueso están asociados a la industria aurignácea, la más antigua del paleolítico superior, y los vestigios de la piedra pulimentada lo están al período magdaleneano, el último del paleolítico superior; en el conchal de Taltal están junto a las manifestaciones de la industria chelleana que se continúa por entre las formas más perfeccionadas. En la Argentina se usaban algunos instrumentos de tipo paleolítico pronunciado al mismo tiempo que artefactos de alfarería. De esta manera es muy explicable la irregularidad en la estratificación de tipos paleolíticos y neolíticos de todo género, como se encuentran en los restos prehistóricos. No se han podido identificar todavía restos paleolíticos en el Ecuador, pero, por los datos anteriores, se puede decir que, como en el resto de

(1) Uhle—La Arqueología de Arica y Tacna—Bol. Soc. Est. H. 1—4.

**Culturas
prehispánicas**

Las grandes culturas americanas florecieron en Méjico, América Central, en las costas del Pacífico y en las cadenas y altiplanicies de los Andes



la América, debió existir aquí esa industria primitiva hasta la llegada de las gentes conocedoras del neolítico; no sería difícil que se encontraran, algún día en nuestras costas, restos semejantes a los de Taltal o de Arica.

Por lo que hace al origen del paleolítico americano, nada se puede decir; o bien el hombre de la América pasó en una evolución autóctona del eolítico al paleolítico, o, cuando vino al continente, trajo consigo la industria paleolítica, la cual, en el entonces de su progreso hacia el neolítico, fué interrumpida por la aparición de este mismo neolítico, traído por gentes que debieron venir de las mismas regiones que las primeras razas.

ORIGENES

Supuesto que el hombre no apareció en la tierra en la época terciaria, y que, durante la cuaternaria, no cambió notablemente la geografía del globo, para explicar su presencia en la América, separada en ese período de Europa y del Africa, desde tiempos seculares, según la teoría de las translaciones continentales de Wegener (1), no queda sino el occidente: el Asia, la Polinesia y la Australia (2).

-
- (1) A. Wegener—La Génesis de los Continentes y Océanos.
(2) Las influencias europeas comenzaron en el siglo X por Groenlandia. Los negros conocían el hierro, y los indios no tuvieron noticia de este metal hasta la llegada de los españoles, con los cuales vinieron también los africanos.

Las tierras orientales del Asia se prolongaban hasta la América por el istmo de Behring. Pero, si creemos en la teoría de Méndez Correa, el continente antártico unía la Australia con la Tierra de Fuego por donde ahora ha quedado una corriente transocéanica. Estos pueblos del Pacífico, desde muy antiguo, eran buenos navegantes, y, salvando grandes distancias, poblaron las islas de la Oceanía. Por otra parte, entre las dos Américas, desde los tiempos paleontológicos, ha existido una barrera de incomunicación que ha sido Panamá, hasta el punto de que la fauna y la flora se han diferenciado radicalmente en las dos partes del continente (1); siendo de suponerse lógicamente que también el hombre vivió muchos siglos incomunicado en las regiones andinas amazónicas y desde Alaska hasta Méjico. Aunque la somatología es una ciencia que principia, debemos tener en cuenta que está acorde con las demás disciplinas, para mostrarnos que la raza americana puede ser todo menos homogénea, yendo esta pluralidad hasta el punto de notarse profundas diferencias aún en porciones reducidas de un mismo territorio, co-

(1) "En el norte, dice Boule, el bisonte' el caribú, el reno, el oso de gran tamaño, el pavo. En el sur, la llama, el huanao, el papagayo, el hormiguero, el perezoso, el mono. Ningún fenómeno de intercambio".

En la América meridional ha habido especies zoológicas absolutamente desconocidas en el norte, como el *Typotherium*, *Toyodon*. etc.; los perezosos actuales y los tatos pueden reconocerse como en una proyección en los *Myglodontes* y *Glyptodontes*.

mo sucede en el Ecuador y el Perú, por ejemplo. (1).

La pigmentación de las razas americanas principia en un amarillo claro y llega, por todos los matices, hasta el bronceado, cetrino y chocolate, acusando una semejanza con las razas asiáticas y oceánicas y no con las mediterráneas, como si el indio cobrizo de nuestras selvas no fuera sino un malayo, o algo así, que, por los calores del trópico, la vida de los bosques y la agricultura, tuviera la piel oscurecida. (2).

-
- (1) Hrdlicka, uno de los mejores somatólogos americanistas, admite, sin embargo, cierta homogeneidad. Pittard ha encontrado diferencias sorprendentes no sólo en la estatura, sino, sobre todo, en las formas craneanas. En Norte América hay indios dolicocefalos y pequeños de cuerpo, e indios que tienden a la braquicefalía, siendo de elevada estatura, dato que contradice los orígenes exclusivamente paleo-asiáticos, porque los hombres del extremo oriente del Asia son pequeños.

Tanto en la América Central, como en Sud América, habitan ahora braquicefalos, precisamente en donde se han encontrado restos de la raza de Lagoa Santa, considerada como el substratum de las razas americanas y que era dolicocefala e hipsistenocéfala.

- (2) Léase la defensa de Pío Jaramilío Alvarado a favor del P. Velasco, cuando dice que nuestro historiador antiguo acertó en lo de los orígenes asiáticos.—El Indio Ecuatoriano 148—153.

Hablando de la conjetura de Pasavey acerca del origen japonés de los Chibchas, escribe González Suárez con honda penetración de sabio: "Cuando las antiguas vicisitudes de la nación japonesa sean mejor conocidas, no dudamos que se ha de encontrar explicación para muchos puntos de la prehistoria americana. Un trasunto del Buda japonés aparece entre las ruinas de Palenque: esas ruinas hoy son un enigma histórico. Empero mañana serán esclarecidas: la luz les vendrá del Japón".—Los aborígenes de Imbabura y del Carchi.—105—106.

Los cráneos de Baja California y Patagonia estudiados por Ten Kate, Rivet, Verneau, etc., por sus medidas mismas, pueden relacionarse muy de cerca con los de las razas melanesias, polinesias y australianas.

Todas estas observaciones y datos no pueden menos que concluir que el hombre de América procede del Asia y la Oceanía. (1).

AFINIDADES LINGUISTICAS Y ETNOLOGICAS

En el estudio de la lingüística americana han emprendido sabios como Brinton y el Dr. Rivet que es el que mejor conoce los problemas ecuatorianos de esta naturaleza.

Según este americanista, los idiomas de nuestros indios pueden reducirse a 123 familias lingüísticas, de las cuales, la mayoría pertenece a Centro y Sud América. En el Norte no quedan sino unos 500.000 indígenas; a causa de esta escasez de habitantes indios que estuvieron siempre diseminados por muchas partes, a pesar de que los norteamericanos le tomaron interés al estudio de esas razas y lenguas, aunque sólo recientemente, es poco lo que se conoce en la materia.

En la América Central y Meridional la población es incomparablemente más numerosa, pero

(1) Cf Jijón y Caamaño—Nueva contribución al con. abor. Imbabura—151:—Elementos culturales primitivos.

sólo en estos últimos años se estudian los topónimos, se examinan las gramáticas antiguas que compusieron los misioneros, y se aprenden las lenguas vivas de los indios. El estado actual de estos estudios lingüísticos americanos permite distinguir influjos o afinidades bastante claros, al parecer, entre las lenguas indígenas y las del Asia del norte, las malayo-polinesias y también las australianas. (1).

Por lo demás las lenguas americanas son poco desarrolladas gramaticalmente: tienen la estructura de un organismo que no sale de la infancia.

Así como hay semejanza lingüística se nota del mismo modo el parecido etnológico, pues el perro de tiro, la tienda, la canoa de pieles de los americanos, son empleados también por los asiáticos del centro y del noreste. Los rompecabezas en forma estelar, la sarbacana, el propulsor de flechas, los tambores para dar señales a grandes distancias, los puentes de lianas, el arco musical, la flauta de pan, el remo, el telar, se encuentran en

(1) El araucano de Chile tiene algunos puntos de contacto con el malayo-polinesio (Hans Hallier); el tchon de la Argentina, con el australiano etc. En la América del Norte, el grupo esquimal que se extiende desde Behring hasta la costa oriental de Groenlandia, se considera actualmente como lengua de los Urales. El grupo Na-dené en que está englobado el atapascán según el Dr. Sapir, tiene parentesco con las lenguas siho-tibetianas. El hoka de California y Baja California arranca del mismo origen que el Araucano, aún cuando sea muy distinto de él. Salvo pocas excepciones se puede decir que la masa lingüístico-norteamericana pertenece al grupo de idiomas del norte y noreste del Asia.

la Indonesia, en la Melanesia y en la Polinesia, lo mismo que en las costas del Pacífico.

La incisión e introducción de piedras en los dientes, la trepanación, la amputación de las falanjes en signo de duelo, son usanzas oceánicas y americanas. El sistema de cultivo en terrazas, conocido desde Arizona hasta el Argentina, en donde, como en otras comarcas, fué introducido por los Incas, existe también y perfeccionado entre los malayo-polinesios.

Los famosos quipos, o rosarios de cuerdas anudadas, con cuentas y huesecillos ensartados de distintas maneras, que servían para llevar una contabilidad primitiva y cuya ciencia poseían los quipocamayoes quichuas, no son novedades de nuestros museos, su uso es corriente todavía en la Micronesia y en la Polinesia.

El boomerang que tenían nuestros indios de la costa, los vestidos de pieles, las canoas fabricadas de cortezas y en formas características, todo esto es de la Australia y de la América.

Los incas se agrandaban las orejas colgando de ellas pendientes grandes y pesados, razón por la cual se les llamaba orejones; en la isla de Pascua existe la misma costumbre.

Allen ha estudiado estas semejanzas de usos, vestidos, etc., entre la Polinesia y el sudeste del Asia y la América occidental. (1).

(1) Cf. Groebner, E. Nordenskiöld, P. Achmidt y el Dr. Rivet.
Langlois—op. cit. 25 y sig.

LAGOA SANTA - CONCLUSIONES

La raza de Lagoa Santa, descubierta por Lund en el este del Brasil, (Minas—Geraes), junto con restos de animales fósiles, es diferente de la raza india general, es decir de la occidental. De Quatrefages la considera como raza aparte. Si-nembargo, sus huellas se encuentran en algunos lugares de la América del Sur y aún en la del Norte.

Los cráneos de los de Lagoa Santa son de capacidad reducida en comparación con la estatura del cuerpo, proguáticos, con la bóveda estrecha y levantada, más largos que anchos, lo que llaman los antropólogos hipsidolicocéfalos. La altura de estos hombres era menos que mediana; se cree que las Botocudos del Brasil, los Patagones y los Fueguinos son ahora sus representantes.

Ten Kate pudo identificar a los de Lagoa Santa en la Baja California; Verneau, en la Tierra de Fuego y en la Patagonia; y el Dr. Rivet, en el Ecuador. Las excavaciones del arqueólogo francés en Paltacalo, cerca del río Jubones, reunieron 138 cráneos, casi todos en buen estado, huesos humanos, restos de animales y objetos de barro de un tipo particular. Examinados osamentas y artefactos, resultaron muchos cráneos con todas las particularidades de los de Lagoa Santa, no parecían muy antiguos sin embargo, porque los huesos de los animales correspondían a la fauna de nuestros días, y los artefactos probaban también

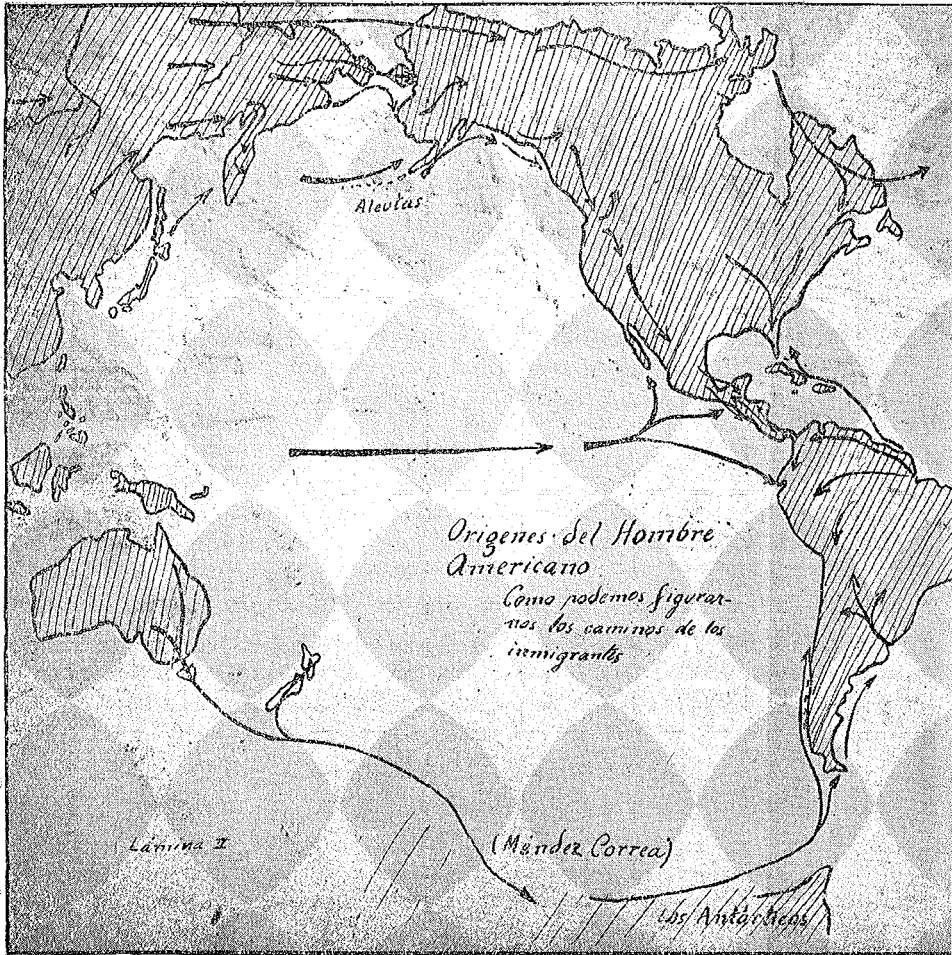
una época moderna. (1).

En resolución: mientras la raza de Lagoa Santa se extendió por el oriente sudamericano y una parte del occidente, conociendo desde la Tierra de Fuego hasta la Baja California; en Norte América una raza dolicocefala fue la progenitora de los esquimales; por otra parte, en América hubo gran variedad de razas prehistóricas, de las cuales algunas fueron mongólicas, según Hrdlicka, o páleo-asiáticas, según otros etnólogos; existieron así mismo razas australianas en el extremo sur de la América; y, finalmente, quedan muchos enigmas por descifrarse, como el de la raza maya cuya cultura encontraremos en las costas y en la sierra ecuatorianas.

Podemos, pues, admitir que la América del Norte ha sido poblada por los asiáticos, pero que, al ir descendiendo hacia el sur, se fueron acentuando los influjos malayo-polinesios; que en la América Central y Meridional encontramos en mayor número a estos pueblos oceánicos y asiáticos; y que, por último, los australianos también se reconocen en el extremo sur.

A la América del Norte vinieron los asiáticos por tierra y por mar: pasaron de tiempo en tiempo por Behring y navegaron fácilmente por las costas del rosario de las Aleutas. A la América Central convergieron las migraciones del septentrión y del mediodía, predominó empero el ele-

(1) H. Beuchat—Manuel d'Archéologie Américaine—243—245.



mento oceánico. La América del Sur fué de la misma manera poblada por tierra y por mar.

LOS INMIGRANTES

Los pueblos isleños de la Australia han sido siempre malos navegantes, y, aún cuando no lo hubieran sido, las semejanzas somatológicas, etnológicas, lingüísticas, que existen entre la Australia y el sur de América Meridional; y, al lado de esto, el que haya unos mismos animales y hasta una flora parecida en una y otra parte; no se puede explicar sino por una inmigración que se hubiera hecho por tierra, o, mejor, por la unidad de América con Australia. En el caso de venir los Tasmanianos por las islas Polinesias hasta la Patagonia, se hubiera establecido el mestizaje con esas poblaciones del archipiélago que también vinieron a América, lo cual no se ha podido comprobar y parece improbable.

La teoría del Continente Antártico, enunciada por el célebre americanista brasileiro Méndez Correa, va ganando terreno entre los sabios. Ya Darwin había hecho notar las relaciones geológicas entre los continentes del hemisferio austral. Steinmann admite una unión entre América del Sur, Australia y Nueva Zelandia, en tiempos algo anteriores al jurásico; según Suess, los últimos contactos se rompieron hacia el mioceno, esto es en la época terciaria; en la cuaternaria no había unión ninguna entre los continentes australes; ya anteriormente, en el oligoceno, según lo que enseña la geología, América era indepen-

diente. Pero esto no quiere decir que en ese tiempo no fuera mucho más fácil el tránsito del hombre, del continente austral a la Tierra de Fuego. En el continente antártico, en donde se han encontrado carbón y abeto fósiles, hace unos miles de años había calor suficiente para que el hombre habitara esas regiones: esta es la opinión de Wegener. Los intercambios zoológicos debieron verificarse antes de la aparición humana.

La teoría del continente antártico como lazo de unión de los continentes australes, más como teoría hasta cierto punto completa y bien explicada, que como cosa nueva, ha hecho célebre a Méndez Correa.

La inmigración de los Malayo-Polinesios se verificó por el mar. Estos pueblos oceánicos, navegantes insignes y tentadores de la aventura, así como poblaron las islas de la Polinesia, tan diseminadas en la inmensidad, bogaron mar adentro y desembarcaron en las costas americanas. En la Oceanía las distancias que pasan de 1.000 kilómetros son frecuentes: la isla de Pascuas dista 1.800 kilómetros de la isla occidental más próxima; hay distancias mucho mayores todavía; y sin embargo esas costas lejanas fueron pobladas.

Los americanistas no creen en una inmigración accidental y aislada, sino que tienen como hecho cierto, que, de continuo, llegaban los navegantes occidentales a las costas del Pacífico: la población fué creciendo de esta manera en los terrenos vírgenes, en donde los advenedizos hallaron abundancia de caza y de pesca. Del mismo modo que los europeos han ido inmigrando por los cami-

nos del mar, y, en poco tiempo, relativamente, la población de blancos en América alcanza a 200' 000.000, las tribus oceánicas fueron desembarcando, de tiempo en tiempo, en las costas del Pacífico y poblando lentamente los parajes solitarios. Estos primitivos tuvieron un sentido admirable de la dirección que en el hombre civilizado ha ido desapareciendo: todavía se lo puede notar en los fueguinos, en los australianos y en los indios de América del Norte que pueden remar muchas leguas sin desorientarse, aunque no tengan brújula ni vean las estrellas (1). Además los Malayo-Polinesios conocían la vela, y la dirección del viento les traía hacia el este, desembarcaban en las costas del Ecuador o del Perú, haciendo alguna vez su estación en las islas de Galápagos, o seguían las corrientes del norte que les llevaban a las costas de Méjico.

Los asiáticos, por su parte, descendieron a las Antillas atravesando la Florida, arribaron a las costas de Vanezuela y Colombia, de donde, a la inversa, subían otros pueblos para el norte, o derivaban para Centro América y Méjico; todo esto en diversos períodos muy antiguos, con tribus escasas y en migraciones lentas.

Las rutas del mar estuvieron siempre abiertas para los audaces.

El Dr. Rivet concede mayor importancia a las migraçiones marítimas en general que a las

Cf. Les fontions mentales dans les sociétés inferieures—L. Levy—Bruhl.

terrestres, y la arqueología va confirmando a cada paso esta verdad; pero esto mismo hace difícil barruntar el tiempo en que debieron principiarse estas migraciones. Para las terrestres es distinto; en los períodos glaciales no pudo el hombre pasar del Asia a Alaska. Después de esta época, según Hrdlicka, comenzaron a llegar los del norte y continuaron las migraciones hasta cerca del período histórico, entre tanto que los inmigrantes marinos serían relativamente recientes. Los motivos geológicos nos llevan a creer en la antigüedad del hombre americano, y, por otro lado, la lingüística y la antropología suponen que no data de muchos años. De esto puede concluirse que, si bien las migraciones marítimas comenzaron mucho después y siguieron llegando en los períodos históricos, el hombre vino por Behring y por el Continente Austral hace varios siglos.

Méndez Correa, Rivet y de Martonne piensan que el movimiento australiano hacia la Tierra de Fuego acaeció hace unos 6 u 8 mil años aproximadamente. "En todo caso, dice Langlois, (1) no parece que el hombre americano nos represente una antigüedad fabulosa. Aún más, si su nacimiento sobre el continente americano no puede ser afirmado (2), se puede pensar que había vivido largo tiempo en otros países antes de emigrar, y no llegó a América sino relativamente tarde en la historia de los pueblos de los cuales toma sus orí-

(1) Op. cit. 77.

(2) Recordemos la poligenesia defendida por Agassiz.

genes, es decir, ya en un cierto estado de civilización”.

¿Vino el hombre en su edad paleolítica o neolítica? Spinden cree que entró en América en la época del neolítico antiguo, antes de la introducción de la agricultura y de la domesticación de los animales. Pero, por los trabajos de Capdeville y de Uhle, parece más probable que vinieron gentes primitivas, en pleno desarrollo paleolítico.

Las migraciones de los pueblos se desarrollaron unas después de otras, con intervalos desiguales de muchos años, como que los salvajes de las diferentes tribus asiáticas seguían la huella de quienes les habían precedido, y, en un éxodo secular de las estepas, pueblos de diversas lenguas y de razas distintas, aunque emparentadas entre ellas o cruzadas, fueron llegando a la Alaska por tierra y por mar y descendiendo después hacia el sur, peleando con otras gentes o huyendo de ellas por las llanuras o por las selvas.

Poco a poco también los inmigrantes oceánicos, vagando por las costas del oeste de América Central y en la del Sur, fueron empujando a los pueblos que les habían precedido a parajes desconocidos, en donde, en apartados territorios, se encontraban ya tribus salvajes todavía más primitivas.

Así debió estar poblada América, con razas antiguas, con pueblos recién venidos. Los nómadas vagaban por los bosques en busca de caza, de climas mejores, pacíficamente, persiguiendo o en fuga. Después se multiplicaron y dejaron

en sus migraciones por el interior del continente las huellas de su paso, las que ha recogido el arqueólogo en variedades de objetos rústicos destinados a la caza o a los menesteres más sencillos, y ha podido rastrear los caminos y echar de ver que esos pueblos tendían a seguir unas mismas direcciones. Así, las razas que se han llamado amazónicas han tomado la ruta por la cuenca del gran río, caminando al oeste, a las altiplanicies de los Andes; lo mismo ha sucedido en el Río de la Plata; en toda América del Sur se ha sentido esta corriente de este a oeste; y, como debieron encontrar los de la Amazonia a los pueblos que llegaban a la costa del Pacífico—en los últimos tiempos de las regiones centroamericanas—?, se comprende como desde Méjico a la Argentina, a lo largo de la costa occidental y en toda Centro América, háyanse agrupado los pueblos y arremolinándose culturas, lenguas y razas, hasta florecer en civilizaciones adelantadas y en vastos imperios.

¿Qué podemos decir, entonces, de las razas más antiguas del Ecuador? Lo mismo que para los demás pueblos de América: nuestro pasado y prehistórico es una misma cosa con los tiempos primitivos de los demás países americanos.

Los primeros habitantes del Ecuador no fueron una sola raza, como no hubo, ni ha habido después, una sola lengua. Los hombres primitivos, que vivían en nuestro territorio antes de la formación de las primeras culturas, no pertenecieron sólo a las razas amazónicas, sino a diversas otras cuyos antepasados no penetraron seguramente de las costas al interior. No hubo pueblos primi-

tivos ecuatorianos, ni peruanos, antes de la era cristiana; los salvajes eran errantes, escasas las tribus que iban de valle en valle, de montaña en montaña.

¿En qué tiempo se propagó en el Ecuador la raza de Lagoa Santa? No es posible decirlo, pero esa debió ser una raza muy antigua en la América: aúd ahora, dicen los etnólogos, se pueden reconocer sus vestigios a través del intrincado mestizaje de los indios ecuatorianos como en los de otras partes.

En América ha habido dos razas o grupos de razas enteramente distintas: una dolicocefala y otra braquicefala; como en los demás países vecinos, en el Ecuador se puede notar este cruzamiento racial. Nuestro indio ecuatoriano tiene de melanesio, de malayo, de polinesio, talvez de asiático y de australiano, y, si se quiere, según lo que veremos adelante, tiene de amazónico, de centroamericano, de colombiano, boliviano, peruano, y no es posible decir hasta dónde vayan todas las raíces de su genealogía.

PRIMERAS CULTURAS ECUATORIANAS

ORIENTALES Y CENTROAMERICANAS

Las culturas centroamericanas, por su posición geográfica, han sido, en los siglos prehistóricos, las más desarrolladas de toda América. Méjico y los demás países del sur, hasta Panamá, pueden considerarse como la vagina gentium, el núcleo de las civilizaciones que se desarrollaron en el sureste de América Meridional. A esta influencia decisiva y muy antigua habría que añadir, al tratarse de nuestros pueblos del sur, la de los orientales de la Amazonia, a los cuales, según el Dr. Rivet, se les debería más aún que a los mismos centroamericanos. El Dr. Uhle ha refutado en este punto al Dr. Rivet. (1)

(1) Los elementos constitutivos de las civilizaciones sudamericanas por Max Uhle.—Anales de la Universidad Central.—XXXVI—1—12.

Según el gran americanista francés, la técnica de labrar el oro y la tumbaga inventaron en la Guayana los Arawacos o Caribes; de allí se trajo a Colombia este descubrimiento, sin el cual las civilizaciones sudamericanas y también mejicanas no habrían llegado al conocimiento del uso que se puede dar a los metales.

La forma característica de las hachas de bronce se debió a la introducción de las hachas neolíticas por los orientales, primero en la sierra ecuatoriana, y después en el resto del continente. La estólica, la sarbacana, los trofeos de cabezas humanas, los adornos de los labios, las figuras zoomorfas que indican una tendencia hacia el antropomorfismo, la flauta de Pan, las pipas de tabaco, los tambores para dar señales a distancias, el juego de pelota, etc. fueron también traídos *del oriente*. La existencia de las figuras zoomorfas supondría el conocimiento de la alfarería, así como cierto desarrollo de una ideología religiosa; estos son elementos de grande valor para el progreso. Las últimas excavaciones que se han hecho en el oriente probarían esta teoría.

El estado superior de cultura de los orientales se explicaría diciendo que los Malayo-Polinesios desembarcaron en la costa de la Baja California, de donde pasaron al noreste sudamericano. Allí, mientras los Caribes o Arawacos iban progresando, los occidentales y centroamericanos, por su lado, habían llegado así mismo a un grado de cultura algo avanzado, pero en todo caso inferior al de los Caribes. Entonces fué cuando la invasión de los orientales levantó el nivel de cultura

de todos esos pueblos; de esta suerte la civilización andina estaría formada a base de esta doble influencia oriental y centroamericana. Además los Aimarás del Titicaca, engendrados también por la cultura amazónica superpuesta a una civilización anterior, entonces mixta de elementos orientales y centroamericanos, en su expansión por los Andes con Tiahuanaco y los Incas, no habrían hecho otra cosa que volver al occidente, que ya conoció al principio la cultura de sus antepasados del Amazonas.

El Dr. Uhle no admite este predominio de los orientales sobre los centroamericanos a los cuales, como se verá después, se deben casi exclusivamente, las culturas andinas. Ese círculo recorrido por los pueblos del oriente, desde la Baja California hasta Méjico, a través del este sudamericano y de los Andes, parece improbable: lo más natural era que esa cultura se desarrollase también en Centroamérica.

Las civilizaciones del este son coetáneas o posteriores a las más avanzadas culturas del oeste. La fabricación de los objetos de oro, puede más bien tenerse como originaria de Centro América, lo mismo que la industria del cobre; si bien es cierto que, en tiempos modernos, había intercambio de esta clase de objetos entre las Antillas y Venezuela; que hay noticias de un importante centro industrial de oro y tumbaga en el interior

de la Guayana en los años de la conquista; y que, en el sur de Estados Unidos, se han podido encontrar objetos antiguos de oro en donde hubo colonias arawacas.

Probablemente los Chorotegas de Nicaragua fueron los primeros que conocieron los métodos de elaboración del oro. En las excavaciones de La Tolita, cerca de Limones, en el norte de Esmeraldas, entre los restos de una tola que debía atribuirse francamente a los nicaragüenses, encontró Max Uhle pequeños objetos y fragmentos labrados de oro. Después volveremos sobre la industria de los metales.

El tipo de hachas encontrado en la civilización mayoide del Azuay, y el de otras colombianas reconocido por el mismo Rivet, (1) como centroamericano, y los trabajos lingüísticos de Rudolf Schuller que ha encontrado estrechas relaciones entre los Mayas, Caribes y Arawacos, prueban el origen centroamericano de la cultura del noreste y del Brasil: fueron migraciones independientes de las que vinieron al occidente, las que llegaron a las regiones orientales por las aguas del mar Caribe. (2).

El predominio centroamericano sobre el oriental no es posible ponerlo en duda, como iremos viendo a cada paso en las culturas ecuatoria-

(1) Op. cit. 149 y 154.

(2) Uhle—Influencias Mayas en el Alto Ecuador—Bol. Ac. Nac. H.—IV—233 y 234.

nas de la sierra y de la costa y, accidentalmente, en los demás países del Pacífico.

PROTOPANZALEO I.—La primera huella de civilización centroamericana encontró Jacinto Jijón y Caamaño en el valle de Riobamba, en el cerrito Macají, que está al oeste de la ciudad, junto al Chibunga. La decoración de diversos artefactos: ollas globulares, pucos, trípodes, compoteras, vasijas de abertura grande y formadas por un casquete esferoide de más de media esfera, vasijas de pie, grandes cántaros antropomorfos de un tipo particular, platos fabricados con un casquete esférico y una sección cilíndrica baja; mostró que el pueblo fabricante de estos objetos debió conocer los procedimientos centroamericanos.

La decoración de los vasos de Macají es meramente exterior: cuando el barro está fresco se dibujaban en la superficie líneas geométricas paralelas y cortadas con cierto utensillo a modo de peine. En los grandes cántaros se dividía la superficie en paneles decorados con líneas horizontales o verticales, las cuales se cortaban en la parte superior por una banda de líneas del mismo sistema. Esta decoración peinada es característica de ese período, encontrándose distribuída en las provincias de Tungurahua y Chimborazo, lo cual

prueba que hubo en ellas una cultura uniforme. (1).

Las compoteras recuerdan las civilizaciones chibchas y mejicanas, mientras que los trípodes, con su forma especial, eslabonan esta cultura con las que florecieron al norte del istmo de Panamá; siendo la decoración de Protopanzaleo I tan sólo una modificación superficial de un procedimiento propio de la cultura arcaica mejicana, estudiada por Spinden, y considerada como el substratum de las que después se desarrollaron en Centro América, como la de los Mayas, que es la de mayor importancia para la arqueología sudamericana. En Protopanzaleo I no se conoce todavía la decoración pintada ni los elementos figurativos.

Los trípodes son propios de los mejicanos y, en general de Centro América, aún cuando fueron raros entre los Mayas y en las culturas derivadas directamente de ellos, como la mayoide del Azuay que se desarrolló poco después y en la que, por consiguiente, son escasos estos artefactos (2). Los trípodes de Macají tienen los pies cónicos y ahuecados, con una abertura en la pared interior.

Las compoteras y las vasijas de pie son también centroamericanas: las primeras, más frecuentes que los trípodes entre los Mayas, faltan sin embargo en la cultura del Azuay; las otras

(1) Puruhá—J. Jijón y Caamaño—Bol. Ac. Nac. H. III—9—19; 26—27; 58; 60.

(2) Influencias Mayas en el Alto Ecuador—loc. cit. IV—210.

aparecen en Cuenca en los asientos muy rudimentarios. En cuanto a la decoración, encontró Uhle, en esta misma cultura del sur, que la vasija, antes de ser cocida, había sido pulimentada en determinadas partes. (1).

Los artefactos de Ancón, en la costa peruana, corresponden así mismo a una inmigración arcaica original y tienen mucha semejanza con los de Protopanzaleo I, sólo que éstos parecen un tanto inferiores a los peruanos que son de fabricación exclusivamente grabada, como los nuestros, pero con ciertas innovaciones en la técnica de las líneas decorativas. El estilo de Ancón y el de Protopanzaleo son de un mismo origen centroamericano, a pesar de no pertenecer a una misma inmigración.

Según Jijón y Caamaño, Protopanzaleo I representa una faz arcaica de la civilización chibcha surcentroamericana, influida por la cultura maya de más al norte; y, como no es sólo en la sierra en donde se encuentran estos vestigios, sino también en la costa, hasta las comarcas del Daule superior, se ha de suponer que esta cultura debió venir por el mar. Probablemente la expansión de los Cayapa—Colorados tiene que ver con Protopanzaleo I.

Estos indios chibchas, cuyos representantes existen en el noreste ecuatoriano, fueron el primer substratum étnico del Ecuador. El Cayapa—Colorado se habló en todo el cañón interandino has-

(3) Jijón y Caamaño—ib. V—259—261.

ta Loja: los topónimos de esa lengua se pueden reconocer en muchos lugares de las provincias serranas (1), y confirman los datos de la arqueología que ha encontrado en la misma zona restos de la civilización chibcha. Lo mismo pasa con la extensión de la cultura de Panzaleo: la toponimia permite fijar la provincia de Pichincha como límite septentrional de este pueblo, y parece que coincide exactamente con la región en que dejan de encontrarse los montículos artificiales llamados tolas, (2) de que hablaremos luego.

Según el Dr Uhle, Protopanzaleo I corresponde a una cultura chorotega primitiva que no conocía el desarrollo mayoide centroamericano y que llegó, más o menos, al mismo tiempo que, otra civilización, concedora como ella de las computeras de pie ancho, entraba al norte de la provincia de Loja, Santiago y Paquizhapa, por el Jubones y el Túmbez. (3) Los de Protopanzaleo I penetraron a mediados del siglo I de nuestra era hasta los valles de Ambato y Riobamba, siguiendo el curso del Chimbo desde la costa hacia arriba.

(1) Puruhá—loc. cit. VII—193.

Para la provincia del Azuay, Moreno Mora.—Revista del Colegio Nacional, Benigno Malo—1922—I.

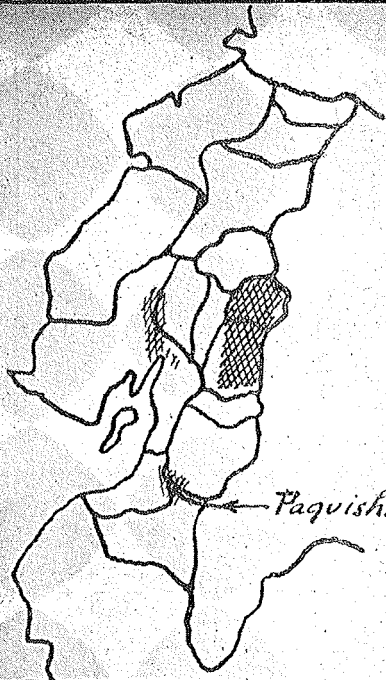
(2) Jijón y Caamaño—ib. V—255.

(3) Las Antiguas Civilizaciones Esmeraldeñas por Max Uhle—Anales de la Universidad Central—XXXVIII—108—111.

PROTOPANZALEO II.—El mismo Jijón y Caamaño verificó en 1919 algunas excavaciones metódicas junto al río y población de Ambato, en el Cerro de Santa Elena, y dió con un antiguo cementerio que guardaba artefactos semejantes a los de Macají, y otros más, con ciertas novedades. Había en esas sepulturas: pucos, ollas globulares o formadas por dos casquetes esféricos, trípodes de plato emisférico y pies cilíndricos, computeras, unas de pies cónicos, gruesos y pequeños, de plato cuadrangular ótras, algunas de pie antropomorfo, y algunas más de pies perforados. La decoración y forma de esta alfarería se asemejan parcialmente a las de Macají, como en los pucos y ollas globulares; pero hay otras particularidades por las cuales esta cultura se revela a un mismo tiempo heredera de la de Protopanzaleo I, e influida de otro lado por una civilización concedora de procedimientos más perfectos.

En los artefactos de Protopanzaleo II, a más de la decoración peinada en la arcilla fresca, asoma ya la pintura, el enlucido brillante, el mejor cocimiento del barro, la representación figurativa como dragones, etc., trabajados con esmero.

Esta cultura pudo ser interpretada, porque coincidieron en ese mismo tiempo los hallazgos del Dr. Uhle en Huancarcucho de la provincia del Azuay, por los cuales se pudo saber que Proto-



Protopenzaleo I
(o Macaji)

Cultura chorotega
primitiva, sin in-
fluencia maya.
Civilización arcaica
centroamericana.

Paquishapa (siglo I)

Cultura análoga: Pa-
quishapa.



Protopenzaleo II
(o Santa Elena)

Civilización chorote-
ga submayoide super-
puesta a una cultura
chorotega arcaica,
Protopenzaleo I, y
continvadora de ella.

(siglo II)

Lámina III

panzaleo II y esa cultura del sur eran una misma cosa, y aún más, que las civilizaciones de Protónazca y Protochimu en las costas del Perú, pertenecían también a este mismo movimiento cultural. (1).

Pero, aún cuando la civilización mayoide del Azuay sea contemporánea de la de Protopanzaleo II, no es enteramente parecida a ella, porque en Santa Elena la influencia maya fue indirecta, es decir, a través de esa cultura, por eso su arte puede ponerse al lado del que tuvieron los pueblos centroamericanos influídos por los Mayas (2); y en un nivel inferior, si se le compara con el del Azuay, a causa de la pobreza de formas y ornamentaciones. Pero entre las dos hay elementos comunes como: la decoración de las ollas en que se imita una cucurbitácea, efecto que se obtiene por la forma plástica de la vasija, en el Azuay, y, mediante la pintura negativa en Protopanzaleo II; la figuración del órgano masculino levantado; la posición de los brazos en las figuras humanas que los tienen cortos, como si fueran de niños, puestos sobre el pecho y en relieve (3); y sobre todo, la figura de dragones en simetría alternada que tanto se repite en las artes de los Chiriqués, al norte de Panamá, Costa Rica y Nicaragua,

-
- (1) Puruhá—loc. cit. V—205; 261—265; 272, III—19—26, 27; 35; 60.
 - (2) Influencias Mayas en el Alto Ecuador—Bol. Ac. Nac. H. IV—227.
 - (3) Uhle—op. cit. 239—240.

unas veces con un moderado realismo y ótras, simplificando la figura y reduciéndola a una ornamentación geométrica. Estos dragones que según se cree son cocodrilos, que se encuentran también entre los Protochimus, no tienen entre los Mayas un antecedente directo, porque ellos empleaban en sus representaciones sólo el dragón de dos cabezas. Los Mayas eran ofiólatras; la serpiente abunda en sus figuraciones, pero, al ir descendiendo al sur de Centro América, la serpiente maya se transforma en el lagarto que, por ejemplo, entre los Chiriquíes, se encuentra en forma bifronte. Para Uhle los dragones de Protopanzaleo II, los del Azuay y los de la cultura peruana tendrían un origen chorotega.

La representación del órgano masculino, tanto en el Azuay, como en Protopanzaleo II, no debe tenérsela por original de los Mayas, porque existe por todas partes en el arte precolombino.

Por las diferencias que hay entre el arte de Ambato y el de Cuenca de esta época, se puede ver mejor la procedencia indirecta del estilo maya de Protopanzaleo II, y su relación directa con los americanos del Centro. La decoración negativa se obtiene cubriendo la superficie que no se quiere decorar, con una sustancia grasa, la cual, al carbonizarse al fuego, da a esa parte un color negro que sirve de fondo al resto del artefacto en que se han grabado los motivos ornamentales. (1) Es-

(1) Parece que también se usaba miel de caña para los efectos negativos.

ta decoración negativa se encuentra en Jalisco, Michoacán, Valle de Toluca, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Ecuador, y es muy propia de los pueblos chibchas; pero entre los mayas aparece rara vez.

En Protopanzaleo II hay abundancia de compoteras, artefactos que, como hemos visto, no se conocen en la cultura del Azuay; lo mismo los trípodes, que son raros en esa región del sur. Mientras en la civilización mayoide del Azuay (1), se encuentran muchas ollas de todo tamaño y ricamente decoradas, en Protopanzaleo II no hay tal variedad, ni tal abundancia; la manera aquella que consta de dos esferoides de distinta curvatura falta en la cultura mayoide. Los platos de paredes formando un ángulo con el fondo, las variedades de fuentes (si se exceptúan las redondas) que imitan a la calabaza, los pucos, las tases, copas y botellas, todo tan bien descrito por Uhle en su estudio sobre la cultura maya del Azuay, no existen tampoco en Protopanzaleo II. Los trípodes y compoteras son herencia de la cultura precedente de Macají, pero la decoración negativa que no existe en el Azuay mayoide, según Jijón, demuestra claramente la influencia chibcha en Protopanzaleo II.

Esta cultura alcanzó en el centro una extensión más grande que la anterior, pues se ha comprobado su presencia desde el Guailabamba hasta el nudo del Azuay, en el cañón interandino,

(1) U. l. e op. cit. IV—211.

siendo de notarse que en las tolas de Imbabura se encuentran también artefactos de este estilo. Parece que Protopanzaleo II se desarrolló especialmente en la propia zona de los Panzaleos.

La cultura de Santa Elena prueba que una nueva migración vino a perfeccionar lo importado por los de Macají; porque Protopanzaleo II es el heredero y continuador de la civilización precedente, pero no sólo a modo de un perfeccionamiento y evolución de ella, como si por un desarrollo interno y progresivo se hubiese llevado a cabo ese perfeccionamiento, sino que una nueva oleada cultural procedente del norte vino a transformar las usanzas de Protopanzaleo I, que no conoció ni la pintura negativa, ni los vasos que imitan melones, ni las figuras draconianas de simetría alternada en la decoración interior de los platos, ni los murciélagos estilizados que adornan los bordes de algunas compoteras.

La cerámica de Protopanzaleo II muestra influencias mayoides del mismo tiempo que las civilizaciones del Cañar, Azuay y Loja, aunque independientemente de ellas (1). De este modo debió venir por su cuenta, sin relacionarse con las ótras, la migración que había sido precedida en el centro de la sierra ecuatoriana por los de Protopanzaleo I.

Más cercanos al arte mayoide del Azuay están los artefactos del Carchi e Imbabura de esta

(1) Las antiguas civilizaciones de Esmeraldas—An. Univ. C. XXXVIII—112.

misma época, y que han sido estudiados por el señor Jijón. Nuestro eminente arqueólogo los coloca en el primer período imbabureño en que debieron usarse las sepulturas con pozos que se encuentran en esa zona del norte. (1)

El Dr. Uhle, que da tanta importancia a los Chorotegas, dice que la pintura negativa debe ser invención de este pueblo de Nicaragua; de esta manera, los dos estilos de Panzaleo serían de un mismo origen centroamericano, con solo la diferencia de que el segundo recibió ciertos elementos mayoides enteramente desconocidos en el arte de Protopanzaleo I. Vino, pues, primero un estilo chorotega primitivo ignorante todavía del desarrollo de la cultura maya; pero, como las relaciones de la colonia que había subido al antiplano por el Chimbo debieron mantenerse en esos tiempos con la antigua patria de Centro América; cuando las influencias mayas se dejaron sentir en la cultura chorotega original, los colonos del Ecuador participaron a poco menester de la novedad, lo mismo que otros de diferentes partes y en especial los de la costa del Pacífico. No sería difícil que los de Protopanzaleo del Chimbo tomaran por el curso del Chanchán pues, en algunas lomas que están

(1) Nueva contribución al conocimiento de los aborígenes de la provincia de Imbabura—Tir. ap. 130.

cerca del río, por la sección de Alausí, hay restos de una cultura mayoide parecida a la del Cerro Narrío.

Protopanzaleo II es, de este modo, una civilización chorotega submayoide, superpuesta a otra chorotega original y arcaica.

LA CULTURA MAYOIDE DEL AZUAY.—

Las excavaciones y estudios que practicó el Dr. Uhle en las provincias del sur, dieron a conocer una civilización antigua de carácter directamente maya, que había dejado en el Cañar, Azuay y Loja, una notable variedad de restos arqueológicos, cuya condición y estado mostraban cuantos siglos habían pasado desde que el pueblo a que pertenecieron desapareció de esos lugares. De Cerro Narrío, los Puntos de Nar, Challuabamba, Huancarcucho, Paute, Chordeleg, Gualaceo, el valle de Yunguilla y el río Jubodes, Rircay y Zaraguro, se extrajeron tiestos y artefactos en abundancia (1),

-
- (1) Más detalladamente, los lugares en que se hicieron excavaciones fueron: Cerro Narrío y sus alrededores, al oeste del Cañar y junto al Zanzam; los puntos del Nar a las orillas del río de este nombre y en el noreste de la misma provincia; la ribera derecha del río de Cuenca, desde Challuabamba, a dos leguas y media de la ciudad, hasta la Hacienda Huancarcucho; el cerro Huahualzuma, por la misma región; la hacienda Santa Marta situada a la orilla izquierda del río de Azogues afluente del Paute; todavía hacia el Oriente, siguiendo el curso de este río en la región de Paute. Luego, así mismo hacia el este,

cuya variedad y número no han podido ser igualados por las civilizaciones prehistóricas anteriores a la de los Incas.

En algunas partes, como en Huancarcucho y Challuabamba, se encontraron cimientos construídos con piedras de río en las que debieron asentarse edificios de la época. En el Cerro Narrío, cerca del Cañar, y en el de Llaver, al norte de Chordeleg, pueden verse todavía unas murallas de dos o tres metros de altura, fabricadas con piedras chatas y que formaban unas terrazas bastante parecidas a las de Copán, la gran ciudad de los Mayas del primer imperio. Estas construcciones son ejemplo único en su género, aún a través de las demás culturas que se sucedieron en el Azuay, como la de los Cañaris y la de los Incas.

A estos últimos se parecen esos viejos moradores del Azuay en la costumbre de enterrar exvotos, pues en muchos lugares se encuentran caracoles, conchas de spondilus, cuentas de diferentes materiales, colores y formas, figuras y artefactos pequeños de concha y piedra labrados artísticamente y que debieron servir a las intenciones del culto. De los altares han quedado vestigios en

Chordeleg, Gualaceo, etc., por la zona del río Zigzig. Al sur y al occidente en la frontera de la provincia de Loja, el valle de Yunguilla, el Jubones, Chahuorurco, la orilla izquierda del Rircay que desemboca en el Jubones; Zaraguro, al sur del valle de Yunguilla y en la parte norte de la ciudad de Loja, a orillas del Zamora.—Uhle—Influencias Mayas en el Alto Ecuador—Bol. Ac. Nac. H. IV—205—240.

algunas partes como en Challuabamba y Chinguilanchi.

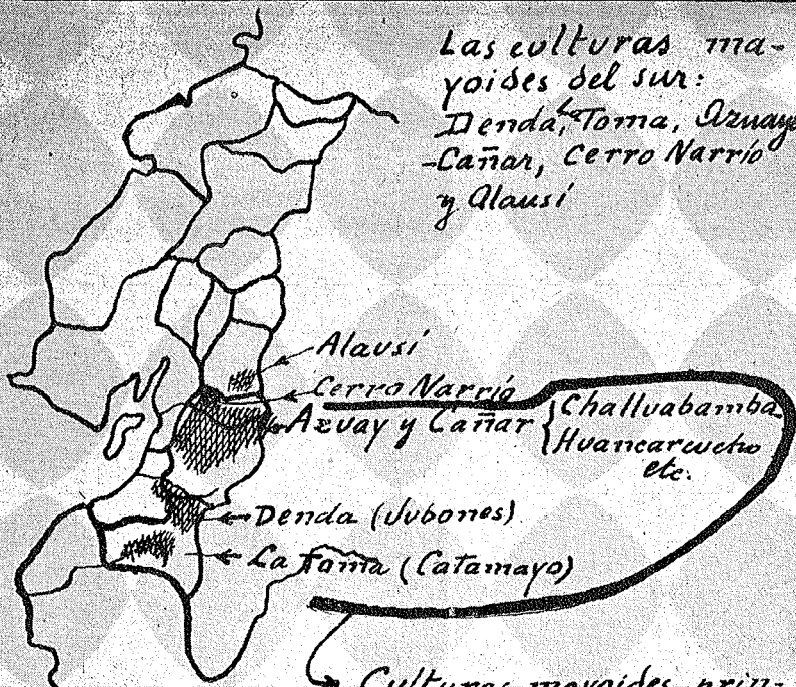
Los objetos de la cultura mayoide del Azuay son artefactos de barro, piedra, hueso y concha, dignos del estudio más escrupuloso, porque se trata de una civilización muy desarrollada.

Los objetos de alfarería son los más finos que se puedan hallar en antigüedades americanas de esta laya. El barro es de color gris y alguna vez rojo, pero siempre de un cocimiento perfecto. "En muchos casos, dice Uhle, se puede comparar en calidad y dureza con la loza europea. Numerosos vasos son de una sutileza como de cartulina. Su redondez exterior es siempre perfecta, como producida con la rueda moderna de los alfareros".

Hay vasijas de coloración clara y ótras, negras. Las primeras son de un color rojo o gris, o llevan sobre un fondo blanco amarillento una pintura rojiza y alguna vez negra y roja a un mismo tiempo, o también negra, blanca y roja. Las vasijas negras tienen una ornamentación típica obtenida por el pulido de la superficie húmeda todavía, en forma de planos y líneas, procedimiento que también se observa en algunos artefactos de Manabí. El lustre es finísimo, de lo más fino que se pudo desear.

Al estudiar la cultura de Protopanzaleo II, pudimos, por la comparación hecha con la cultura mayoide del Azuay, conocer ya algunos

Las culturas ma-
yoides del sur:
Denda, Toma, Oruay
-Cañar, Cerro Nariño
y Alausi



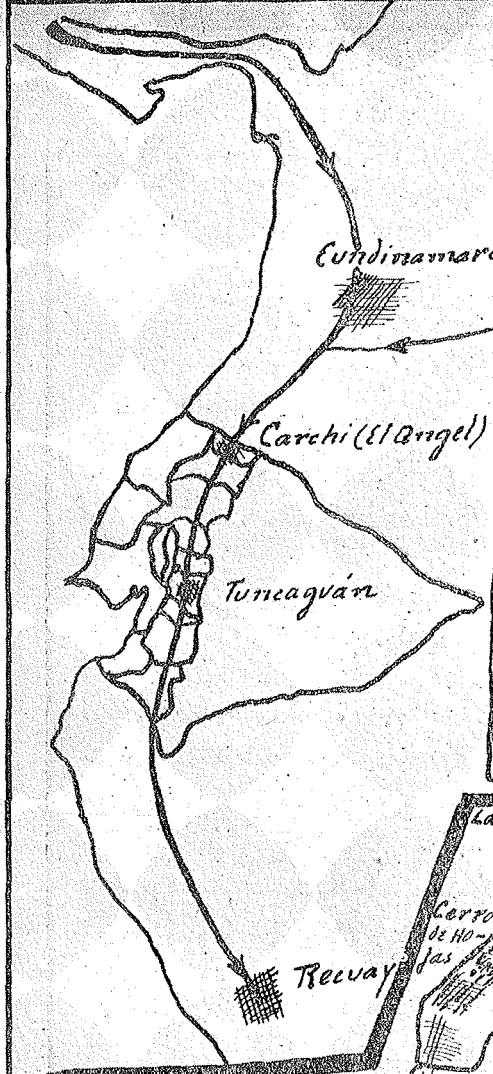
→ Culturas mayoides prin-
cipalmente chorrategas con-
temporáneas de Protopenza,
leo II

Analogías con San Agustín
(niebra) y Protochimú (al-
farería) (siglos II, III...)

Alausi
Cerro Nariño

→ Culturas mayoides chiri-
quies vecinas cronológica-
mente de Tiakuanaco (San
Sebastian
(siglos ... V... VII)

Lámina IV

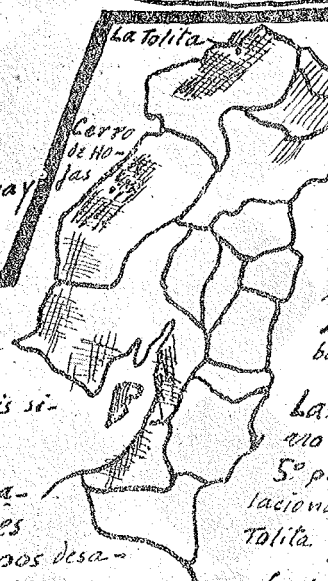


Tuncaquán
 Cultura chibcha, rela-
 cionada con Cundinamarca,
 El Angel, y Recway (Fijón)
 siglo IV.. VII

Corriente chibcha des-
 de Costa Rica y los Chi-
 riquís hasta Recway
 (metales)



Tuncaquán
 según Uhle:
 una cultura
 Panzaleo que
 pasó de Lata-
 cunga al Chi-
 borazo



Culturas o
 Carchi
 Imbabura
 5 tipos me-
 yoides super-
 puestas ante-
 riores al s. VII
 Cuasmal, El
 Angel - Santa
 Lucía - (Cun-
 baya) - Urcuqui

Civilizaciones
 mayoideas de la
 Costa (primeros seis si-
 glos) Ehorotegas etc.
 con caracteres centro-
 americanos mayoideas
 y submayoideas. - Tipos desa-
 rrollados en C. América y poco en
 el Ecuador

Las 3, tipo de C.
 via Montoso; 4.
 5º posteriores re-
 lacionadas con La
 Tolita y la costa.

J. Larrión V

caracteres de ésta; como cuando dijimos que no se encontraban compoteras en toda esa sección del sur, y que los trípodes eran muy raros y de pies pequeños. Por otra parte los objetos de barro en la cerámica azuaya son: ollas de tipos e índole distintos, platos de dos clases, fuentes de diversas formas, tazas, copas, botellas con cuello o sin él, las primeras de tipos muy variados, cántaros, y, rara vez, sartenes.

El estudio de la cerámica azuaya demuestra que estas gentes estuvieron casi en el mismo grado de cultura que los Protochimus del norte peruano, que son los representantes de la civilización sudamericana más desarrollada: las analogías entre la civilización mayoide del Azuy y la protochimu mayoide de Trujillo, son numerosas.

Ollas y botellas eran de uso corriente en esa generación. Las ollas fueron siempre tan decoradas y artísticamente tratadas, que sorprende hayan sido destinados a la cocina objetos de fabricación tan esmerada. Las botellas representan un notable adelanto técnico y artístico, porque, aprovechándose de su forma, los alfareros azuayos modelaron en ellas sus iconas sin la ayuda de molde alguno; así es que pueden admirarse figuras humanas completas, con cabezas de pájaros o de hombre y cuerpos de ranas adosados al cuerpo principal.

Lo mismo que en todos los pueblos indígenas de América, se dieron a los objetos malogrados de cerámica aplicaciones diversas, como de rodelas para hilar, instrumentos destinados a la fabrica-

ción de los mismos objetos de barro o a tantos otros menesteres.

Un rondador de dos flautas, con un agujero colgado del cuello, recuerda los grandes rondadores del período Protonazca del Perú; así como los sellos para estampar, en que se ven caras estilizadas de líneas curvas, figuras geométricas, cabezas de animales con los labios superiores arrollados hacia arriba, jaguares agachados, etc, ponen muy en claro la procedencia de este arte; porque útiles de esta especie son muy conocidos en los países centroamericanos, lo mismo que en Colombia, en la costa del Ecuador, y hasta en Bolivia, junto con otros objetos mayas.

Si bien es cierto que las mejores culturas en piedra del Ecuador prehistórico son las de Manabí, comparables por su técnica y labrado a las obras monumentales de San Agustín en Colombia, y a las de las islas del lago de Nicaragua, tan cerca de los Mayas; sin embargo, el arte de labrar la piedra en el Azuay, en el período que estudiamos, está casi a la misma altura que en Manabí. En los puntos de Nar y Cerro de Narrío pudieron encontrarse unos ídolos en forma de cabezas de animales que esas gentes solían colocar probablemente cerca de los cementerios.

En la hacienda de El Carmen, al norte de la desembocadura del Gualaceo en el Paute, se encontraron cuatro planchitas figurativas de piedra

calcárea, en donde debió existir antes una población. Los dibujos muestran la misma reduplicación, con simetría en diagonales, de la figura original, como sucede en un plato de Protopanaleo II y frecuentemente en la alfarería de los Chorotegas.

Por este y otros detalles se ha concluído que, entre el arte mayoide del Azuay, el de Santa Elena de Ambato, y el Chorotega, existe una relación histórica muy estrecha.

También se descubrió en Huancarcucho un tablero parecido al que estudió González Suárez que se decía encontrado en Chordeleg. (1) Es este artefacto una loseta de piedra arenisca de 9 centímetros en cuadro, con diez casillas de ajedrez grabadas en forma de un triángulo escalonado en una cara y hacia un lado, quedando el resto ocupado por una franja decorativa, junto a la que se ve un agujero, a modo de platillo, de cinco centímetros de hondo, hacia la esquina. Se ha discutido bastante acerca del uso a que podían haber estado destinados estos tableros; pero no todos pueden ser atribuídos a una misma cultura, porque, mientras el de Huancarcucho se clasifica entre los objetos mayoides, el de Chordeleg y los pe-

(1) Matovelle—Cuenca de Tomebamba—60.
Rivet et Verneau—Ethnographie—244—250.
Jesús Arriaga—Apuntes de Arqueología Cañar—61 y sig.

ruanos se atribuyen a Tiahuanaco. El Dr. Uhle, para explicar la posición simétrica de dos partidas de casillas en un mismo tablero, juzga que estos artefactos no tenían fines aritméticos, como se ha creído, sino más bien, que servían para el juego entre dos partidos, como que en el de Chordeleg hay figuras de cabezas de decapitados y quizá en el tablero echarían la suerte los condenados a pena capital o a algún castigo. Uhle atribuye al período Tacalzapa, intermedio entre el de Tiahuanaco y el incaico, los tableros estudiados por Arriaga. (1).

Prescindiendo de los utensillos de alabastro, de los objetos de hueso, de los de piedra, como cabezas de porras, morteros, etc., de los objetos de adorno, como orejeras y collares, las hachas y las conchas deben ser estudiadas por el arqueólogo detenidamente.

Las hachas encontradas en Challuabamba, enmuescadas o de orejas comunes, han sido identificadas como centro americanas de origen. Según Rivet y Verneau, se las encuentra también en regiones de Colombia. (2) Esta observación es de suma importancia, pues corrobora la teoría de la influencia centroamericana como de mayor transcendencia que la amazónica. Hachas de esta naturaleza fueron traídas del norte, no sólo a Colombia y al Ecuador, sino hasta las regiones orientales nortefías, aunque de manera independiente.

(1) Uhle—loc. cit. 230—232.

(2) Op. cit. 149 y 154.

Los antiguos habitantes del Azuay se aprovechaban de los productos del mar para diversos menesteres: alimento, exvotos, supercherías, fabricación de objetos de arte muy variados, etc. En Challuabamba se recibían de las costas del Pacífico grandes cantidades de conchas marinas, como ostras, varias clases de pecten, almejas, mytilus, caracoles de algunas especies, narvales y otras especies de pescados de tamaño mediano, que los moradores de la región occidental del Azuay debieron mandar continuamente a los serranos, porque debieron ser un mismo pueblo con ellos. Así se establecía un comercio continuo entre el interior y la costa.

Las relaciones de los Azuayos serranos, no se limitaban al litoral; iban los comerciantes hasta el mar Caribe, a las playas centroamericanas y a los ríos del oriente ecuatoriano. Del mar Caribe se traían caracoles grandes, como el *Strombus* sp., con los que se hacían las trompetas; se los enterraba además con fines supersticiosos.

Las hermosas conchas rosadas con que se fabricaba un sinnúmero de artefactos, son de las aguas más calientes del norte, las mismas que se han encontrado conservadas en cántaros, entre las ruinas de la antigua ciudad maya de Copán, en Honduras. Por motivos religiosos el uso de estas conchas se extendió por el Pacífico hasta Antofagasta en Chile. Estos productos del mar son un documento de valor que muestra una especie de unidad religiosa entre los pueblos del sur y el de los Mayas.

González Suárez, en su estudio sobre los Cañaris, habla ya de figuritas humanas trabajadas en conchas, pero no sabe a quien atribuir las. Rivet (2) conoció 14 de ellas. Uhle encontró muchas trabajadas en spondylus y en pecten, la mayor parte pequeñas: su tamaño varía entre 2½ y 10 centímetros. Estas figuras no tienen piernas; constan únicamente de una cabeza y dos brazos cortos sobre el pecho; los ojos son profundamente grabados, como si en ellos se hubiera incrustado una madreperla. Muchas veces acompañan a la figurita un animal, como un pescado o serpiente, cuyo relieve se ve en el pecho o reemplaza a uno de los brazos; en otras, uno a modo de tiburón o serpiente sale de la boca; en resumen, hay varias ideas figurativas en un solo cuerpo; y esto es característico del estilo mayoide.

Las figuras monolíticas de San Agustín en Colombia, estudiadas por Preuss, pertenecen indudablemente a la misma clase de civilización mayoide que la Azuaya u otras centroamericanas. Además la ideología mitológica de estos objetos de concha se encuentra también en las vasijas protonazcas.

La civilización maya del Azuay no sabía del arte de trabajar metales. El plaqué con oro que

(1) Op. cit. 246.

se encuentra casi en todo el Ecuador y en diversos tiempos, aparece por primera vez en el período de las sillas de barro de Narrío. En cuanto al dorado por reducción del metal más atacable por los ácidos, debió conocerse en el período de las sillas, empleándose en casi todo el territorio ecuatoriano en el período de Tiahuanaco, pōsteriormente. (1)

Poco después del período de Tuncahuán, sucesor de Protopanzaleo II, se desarrolló en el Azuay esta cultura de las sillas de Barro. Se caracterizó por los asientos redondos y otros objetos decorados según el estilo de la cultura anterior. Las sillas estaban destinadas a fines rituales y su forma tenía un significado místico. (2) En realidad eran tambores y no sillas.

Parece que en estas sillas de barro o sillas de Narrío se dejan notar ciertas influencias de Tiahuanaco; de ser esto verdad, su posición cronológica después de Tuncahuán estaría confirmada: serían contemporáneas de San Sebastián.

Por el mismo tiempo que los Chorotegas llegaban al país de los Panzaleos, trayendo al Ecuador algunas novedades propias y aprendidas, otras gentes, chorotegas también desembarcaban en el Naranjal, subían hasta el valle del Azuay, en don-

(1) Jijón y Caamaño—Puruhá—V—291.

(2) Jijón y Caamaño—Puruhá—V—291 y 206 y nota 207.

de debían estar las tribus orientales vagando por el territorio.

TUNCAHUAN.—La cultura de Tuncahuán se desarrolló inmediatamente después de la de Protopanzaleo II en la extensa zona comprendida entre Carchi y Zuñac, al sur de la provincia de Chimborazo. Sin embargo no se encuentran manifestaciones de Tuncahuán por todo el territorio, sino únicamente en dos centros aislados y con algunas diferenciaciones accidentales: en el Carchi cuyas radiaciones alcanzaron hasta Cundinamarca, y en el Chimborazo de donde partieron las influencias hasta el Azuay.

Este período introdujo en Puruhá un arte nuevo y extraño, del cual nos han quedado pocas muestras en el cementerio de Tuncahuán. En las excavaciones de este sitio se extrajeron, a más de los objetos de alfarería, algunos de metal, de fabricación esmerada.

Lo esencial de esta cultura es la decoración policroma de la alfarería, y el empleo del blanco, desconocido en los demás períodos, junto con el rojo y el negro, aunque éste no puede considerarse como color propiamente dicho, pero como un medio para ornamentaciones a color perdido.

Artefactos propios de Tuncahuán son los pocos hemiesféricos, seis clases diferentes de ollas, compoteras de dos estilos y platos con mango doble. Entre los objetos desenterrados en El Angel

hay también compoteras y vasijas decoradas con técnica negativa y pintura positiva, en que entran simultáneamente el rojo y el negro sobre el fondo amarillento del barro. Dichos artefactos son muy parecidos a los de Tuncahuán, pero hay siempre ligeras diferencias entre las dos culturas, la del norte y la del sur, en estos pormenores de decoración y en las formas; por ejemplo las grandes ánforas alargadas de cuello estrecho y alto, con la base puntona, son propias del norte. Lo mismo las compoteras, son de pie corto en el Carchi, mientras en el sur se usan más las de pie largo. Pero todas estas no son sino modalidades y adaptaciones de un mismo arte y una misma cultura. (1)

Tuncahuán es una corriente cultural del norte, netamente colombiana, sin que tenga, como ótras, sus entronques más o menos directos con Centroamérica. Los trípodés, por ejemplo, tan abundantes en el Ecuador, propios de esta familia del sur y que eslabonan su arte con el centroamericano meridional y el chibcha del norte, diferenciándole a este del estilo colombiano, no se conocen en Tuncahuán. Quizá este hecho tenga relación con la expansión del sebondoy en el callejón interandino, lengua que tiene muchas afinidades con el chibcha de Cundinamarca.

El arte de Tuncahuán representa a menudo figuras de monos con la cola estirada y levantada;

(1) Puruhá.—Jijón.—loc. cit. III.—26—37; 56—60; V—253; 265—272.

y este animal se encuentra entre los Chorotegas y los Mayas, más frecuentemente entre los primeros, por donde se ve la influencia indirecta de la gran cultura de Copán, en el arte de Tuncahuán.

La serpiente es propia de los Mayas, el cocodrilo, de Costa Rica y Panamá, y el mono, de los de Cundinamarca; y así como la serpiente se transformó en el cocodrilo entre los chibchas del norte, entre los del sur, es decir, de Cundinamarca y Tuncahuán, el cocodrilo se transformó en mono.

Durante este período, en el país de los Panzaleos, al norte de Puruhá, se desarrollaba un arte propio de la región, caracterizado por vasijas decoradas negativamente y en las que faltaban ciertas formas peculiares de América Meridional, como los trípodes (1).

En Tuncahuán se conocía ya el cobre, mientras en el Carchi se trabajaban por el mismo tiempo el oro y el cobre dorado (2).

Habíamos dicho que esta cultura chibcha tuvo dos centros de desarrollo en el Ecuador; pero hay que añadir que, así como en el norte encontramos a Tuncahuán en Cundinamarca, también en la parte septentrional del Perú está Cundina-

(1) Puruhá—Jijón—loc. cit. V—206.

(2) Puruhá—Jijón—loc. cit. V—289.

marca en Recuay. Si existen diferencias, son debidas al influjo de las culturas precedentes de Protonazca y Protochimu, que imprimieron algunas novedades en el arte de Recuay, y hacen un poco difícil la comparación con las influencias chibchas del norte. En Tuncahuán, en el Carchi, en Recuay, se nota un mismo dualismo en el procedimiento decorativo: la coloración roja, transparente, no coincide con la decoración negativa a color perdido; unas veces el color se desplaza de las líneas anteriores, ótras, es un nuevo motivo que se superpone haciendo caso omiso de lo hecho anteriormente. Estas identidades de técnica y otros razonamientos y observaciones han traído consigo la conclusión de que el arte de Recuay corresponde al mismo período y al mismo origen que el de Tuncahuán.

Mientras Protopanzaleo I es una modalidad de la cultura arcaica centroamericana, y Protopanzaleo II muestra una civilización submayoide de probable origen chorotega, Tuncahuán es la manifestación de una corriente chibcha que se extendió desde Costa Rica y Chiriquí, hasta Recuay, en el departamento peruano de Ancachs, formando en el sur cuatro núcleos vecinos: Cundinamarca, el Angel, Tuncahuán y Recuay; libres todavía todos ellos del influjo de la civilización de Tiahuanaco que ya se desarrollaba en el Titicaca.

En sus estudios sobre Cumbayá, dice el Dr. Uhle (1) que la civilización de Tuncahuán no es de carácter puruhá o barbacoa, sino más bien panzaleo, y que debió ser propia de Latacunga y sus alrededores: de allí habría pasado al valle de Riobamba. Entre la alfarería de Tuncahuán, el Carchi, Santa Lucía y Elenpata, hay un parentesco fundado en la pintura negativa.

CARCHI E IMBABURA.—En las provincias del Carchi e Imbabura se manifestó, al mismo tiempo que Protopanzaleo II y la primera cultura del Azuay, una civilización mayoide que tiene más afinidades con ésta del sur que con la de Puruhá. Fué aquel el tiempo del primer período imbabureño en que se usaron las sepulturas con pozos anteriores a las famosas tolas.

Las excavaciones del Dr. Uhle llevadas a cabo el año 1927 en Cuasmal y otros lugares (2) de la provincia del Carchi, completaron los estudios de González Suárez y Jijón y Caamaño sobre esta sección del norte.

(1) Loc. cit. 22—29.

(2) Las ruinas de Cuasmal—Anales Univ. C. XL—183—234.

Al mismo tiempo que la civilización mayoide del Azuay y la de Tuncahuán, se sucedieron cinco culturas distintas en el Carchi:

La primera empleaba simultáneamente pintura pasitiva y negativa en sus vasijas que eran, por lo general, botijuelas grandes y platos con pie anular los cuales pueden colocarse paralelamente a los artefactos de Tuncahuán y a alguno de los azuayos. Los de la primera del Carchi usaban decoraciones con muchos motivos de la civilización inicial mayoide centroamericana, poco alterados todavía, y las figuras humanas, motivo principal en los platos chorotegas, están representadas con mayor fidelidad que en las culturas siguientes. Este primer período corresponde a la primera oleada mayoide y se le ha llamado la cultura de Cuasmal.

La segunda cultura carchense, que empleaba platos de la forma de la primera, ollas grandes, ocarinas de forma de caracol, etc.; y la tercera, en que la decoración era menos figurativa y de dibujos lineales, son hermanas de la primera civilización mayoide del Azuay en la ornamentación con figuras en forma de bastones pastorales, la cual se encuentra en ambas partes. La segunda pintaba sus figuras con dibujos rojos o morenos en fondo claro, blanco o amarillento, y sus motivos se pueden reconocer en la cerámica de Protonazca y Protolima, su contemporánea. Por ejemplo, sólo en la segunda carchense y en estas dos peruanas se

encuentran arañas dibujadas en un plato, y la pintura de líneas rojas en fondo claro es propia de los estilos segundo y tercero y de los vasos más antiguos mayoides del Río Verde de Esmeraldas.

La segunda cultura carchense dió origen en Cumbayá a la de Santa Lucía (1), que se extendió al norte de la provincia de Pichincha por Tumbaco, Cayambe, Yaruquí y quizá hasta Caranquí, y también un poco hacia el sur. Santa Lucía es precursora de Chavín derivado de Protonazca: en una y ótra, lo mismo que en Tuncahuán, se encuentra en las figuras el motivo de una segunda boca en la barriga; Santa Lucía, Protonazca y Chavín precedieron a la cultura de Protochimu y, por consiguiente, a la de Tiahuanaco que comenzó por el año 600.

La civilización de Cumbayá toma una posición intermedia entre las primeras culturas del Carchi e Imbabura por una parte, y las de Tuncahuán y Elempata del sur, por ótra, llenando un vacío geográfico para la prehistoria de esos tiempos.

Las gentes de Guápulo y Cumbayá, de origen barbacoa, como las de tantas otras regiones, según apuntamos al hablar de Protopanazgo y de la invasión de los Cayapa—Colorados, fueron colonizadas al principio por gentes de cultura mayoide del tiempo de la primera del Azuay. Luego una nueva migración de los de la cultura segunda

(1) Excavaciones arqueológicas en la región de Cumbayá—
Anales Univ. C. XXXVII—5—37.

del Carchi descendió al sur produciendo el tipo de Santa Lucía.

Los habitantes de ese tiempo vivían en chozas construídas de madera y de paja; criaban cuyes dentro de sus propios hogares; tenían perros domesticados; cazaban venados para alimentarse y dejaban el campo a merced del cielo, porque no conocieron la irrigación. Por los husos y leznas que se han encontrado se sabe que hilaban y tejían. Tallaban la piedra, en especial la obsidiana, y hacían instrumentos con ella puliéndola groseramente, pero conocían ya el oro y el cobre con los que hacían objetos de adorno. Mantenían relaciones amistosas y comerciales con los del norte y sur de la comarca.

Los estudios que se han hecho entre Quito y el Chota son todavía deficientes para darnos una idea cabal acerca de los habitantes de la zona norte de la provincia de Pichincha; sin embargo parece indiscutible que la raza de entonces en las provincias norteñas fue la misma que la del tiempo posterior de las tolas de Imbabura.

La civilización tercera del Carchi se extendió por el sur hasta Ibarra. En las excavaciones que hizo Jijón en la hacienda San José de la parroquia de Urcuquí, al noreste de la capital de Imbabura, se pudieron reconocer vestigios de esa naturaleza. Esta civilización puede considerarse como contemporánea de la de Protochimu del Perú.

La civilización de los pozos, anterior a la de las tolas, se desarrolló al mismo tiempo que la ter-

cera del Carchi; lo mismo, la de Santa Lucía es anterior a las tolas.

Las tres primeras civilizaciones carchenses derivan sus motivos de la alfarería correspondiente a la primera cultura, la más antigua del primer imperio maya, el de Cerro Montoso.

Cuando florecía el tercer estilo, y aún un poco antes, las gentes habitaban en unos bohíos de tierra redondos, cuyo tipo parece no se encuentra en ninguna otra parte de la república fuera del Carchi. El techo de estas habitaciones era de paja. Por las dimensiones de algunas de ellas y por el sistema de agrupación se ha podido colegir que, como en muchas otras tribus, la de los Jíbaros, por ejemplo, convivían algunas familias en una misma choza.

Por lo que se concluye del estudio de los cráneos y otros datos, ese pueblo oriental debió ser de origen betoya-tucano, después se superpusieron elementos de los colonos de Centro América; vivían en población compacta en las faldas orientales de la cordillera, y, más que agricultores, se alimentaban de la caza y de los frutos de las selvas. Los bohíos de techo cónico independiente de la base de tierra, o los de cualquier otro tipo, como los de bajareque, etc., son de origen centroamericano; fueron introducidos en el Carchi por los tipos mayoides que llegaron, probablemente los de la segunda cultura carchense.

Las dos últimas civilizaciones carchenses corresponden al período segundo de las grandes ciudades mayas en el tiempo del primer imperio, cuando la influencia de Cerro Montoso había sido

La quinta cultura emplea la pintura negativa para decoraciones en fondo rojo, correspondiendo a ella la alfarería de Tady, en el Cañar, y la de Bucay, en el Guayas; además sirvió de prototipo a la indígena de Cumbayá.

Estas cinco civilizaciones del Carchi son pues anteriores a Tiahuanaco: corresponden a aquel período comprendido entre los cinco primeros siglos de nuestra era, en que las oleadas culturales mayas llegaron a nuestras costas, y, por el curso de los ríos, subieron a diversas partes, sólo que en el Carchi, en vez de diseminarse o llegar a partes diferentes, se fueron superponiendo y desarrollándose sucesivamente, e influyendo en toda la zona del norte, desde Pasto hasta Quito.

En la sección del Carchi se encontraron, por otra parte, restos de la cultura primitiva anterior a la influencia maya, y en la provincia de Imbabura, huellas de la cultura arcaica diseminadas e independientes entre sí. (1).

CULTURAS DE LA COSTA.—Las civilizaciones del interior de la costa no han podido estudiarse todavía, pero es de suponer que, mas bien que a las serranas, se parecieran y formarían parte de las de la costa baja, dadas las condiciones geográficas y climatéricas. Porque, mucho más que en el Perú, se diferencia en el Ecuador el clima de

(1) Jijón—Nueva contr. Imbabura—156°

la costa del de la sierra. En el Perú siempre ha habido tráfico continuo entre las dos regiones, esta es una de las causas para que hubiera intercambio de civilizaciones en las épocas prehistóricas: la cultura de Tiahuanaco pasó pronto de la sierra a la costa; los Chibchas se adueñaron a poco de la región interandina; los Chimus de Cajamarca y los Incas hicieron tantas construcciones en la costa que parece les agradaba ese clima tanto como el de la sierra.

El clima fue una de las causas de los movimientos de esos pueblos que llegaban de Centro América; y, del mismo modo que en el Perú, más que en la costa se encuentran en Chavín (Ancachs) influencias técnicas y religiosas de Guanacaste de Nicaragua; en el Ecuador, algunos pueblos originarios de clima frío, llegados a las costas, buscaron lugares de mayor frescura y subieron a la altiplanicie; así, los mismos de Guanacaste cuyos vestigios se encontraron en San Isidro, cerca del Chota. De aquí que, para darse cuenta de las culturas serranas procedentes del norte, venidas por mar, es indispensable conocer las de la costa, para relacionar estos estudios. La primera civilización de Protopanzaleo I que se extendió hasta el alto Daule, por ejemplo, vino por el mar; se ha encontrado en la región oriental de Méjico, en Ranchito de las Animas, un vaso exactamente igual al que se halló en esa región del Guayas. En general, la inmigración de las culturas originales se hizo por el mar: las movilizaciones de la sierra de norte a sur, o viceversa, corresponden al desarrollo posterior interandino. El curso de los

ríos señaló la ruta por donde debían ir los inmigrantes; por eso, junto a sus cauces y en las proximidades del mar se encuentran vestigios de las culturas interandinas.

Las civilizaciones antiguas de la costa han sido estudiadas principalmente por el profesor Saville del Haye Museum de Nueva York y por el Dr. Uhle (1), sin embargo los conocimientos adquiridos acerca de esa zona son inferiores a los que tenemos de la sierra, dadas las dificultades que, para estas investigaciones, son mayores en el litoral que en la parte interandina. Los malos caminos, lo insalubre de esas tierras, sobre todo las condiciones geológicas son parte para ello. Como el mar va invadiendo nuestras costas del norte, es muy probable que actualmente haya cementerios en donde, por la marea, no es posible verificar excavaciones; esto sucede en Esmeraldas y Manabí, hasta Bahía. Lo mismo para los ríos en cuyas playas pueden verse huellas de antiguas poblaciones. De todo sólo quedan restos a manera de Kjoekkenmoeddinges (2) casi a flor de tierra o enterrados, como sucede en La Tolita, que debió ser hace algunos siglos uno de los lugares más importantes de la costa, pues allí se han encontrado gran número de tolas, como en ningún otro punto del litoral.

No hubo unidad en la antigua civilización de Esmeraldas. El valle de cada río tenía su carácter propio; la alfarería no era uniforme aún dentro

(1) Las antiguas civilizaciones esmeraldeñas por M. Uhle—*Anales Univ. L. XXXVIII—105—136.*

(2) "Restos de cocina".

de una misma época. Además el tipo de civilización no aparecía constante; mezclábanse estilos diferentes por su origen con otros mayoides. No había pues ningún tipo de civilización esmeraldeña. Esta mezcla de objetos de diverso carácter con los otros mayoides es característica de todas las primeras civilizaciones de la costa pacífica sudamericana. Lo mismo se nota en la primera civilización de Cuenca, en la de Protopanzaleo de Ambato, en la de Cuasmal. Y esto es más acentuado todavía en las culturas de Protonazca y Protochimu, en el Perú. Los tipos originales son raros, y los que hay aparecen como degenerados. De todo se concluye que los tipos y civilizaciones esmeraldeños vinieron de la región centroamericana en las formas con que se presentaron en aquel lugar, sin que en nuestro territorio sufrieran evolución alguna. Por esto, dichas culturas son más independientes de los mayas que las de la sierra.

Uhle da mucha importancia al elemento chorotega. La pintura negativa sería una invención de los Chorotegas; los dos estilos Protopanzaleo son de origen centroamericano, y el segundo sólo se distingue del primero por haber recibido cierto número de elementos nuevos ya mayoides, que en Protopanzaleo I eran completamente desconocidos. Los Chorotegas con sus influencias mayas, emigraron y nos trajeron elementos de esa cultura junto con los suyos propios, que muchas veces fueron los principales, a todas las regiones propicias del litoral sudamericano del Pacífico.

Este es el origen de las primeras civilizaciones ecuatorianas, en la sierra como en la costa, y no

la inmigración pura de la civilización maya, como se suponía al principio.

Son una particularidad del continente americano las construcciones de adobe y tierra, en forma de colinas grandes y pequeñas, distribuídas en gran número al rededor del área maya, en donde han quedado tantas construcciones artísticas de piedra: la gran pirámide de Adobes en Cholula, al sur de México, los mounds de dimensiones colosales en el centro y sur de los Estados Unidos, las tolas de Centro América meridional, de Nicaragua y de Honduras, las del oeste colombiano, las de la costa y sierra del Ecuador, grandes y pequeñas, o en forma de templos como en Manta, las construcciones de la costa del Perú hasta más allá de Pisco de 200 y 300 metros de largo y hasta de 50 de altura, y las otras pequeñas llamadas huacas que sirvieron de adoratorios, o como de terraplenes para las viviendas; todas estas construcciones son imitaciones directas o derivaciones de los modelos arquitectónicos mayas.

En el segundo período de la cultura maya más antigua, los patios interiores de los templos estaban limitados en su área cuadrada por las tolas, y esta disposición se ha observado en toda la región chorotega del sur de Centro América.

La disposición especial de las tolas que limitaban los patios cuadrados de los Chorotegas en todo el sur centroamericano fue aprendida de los Mayas, cuyos templos tenían esa misma manera arquitectónica, en el segundo período de su cultura más antigua. Probadas por otros indicios las inmigraciones chorotegas a nuestro territorio, que-

dan ellas confirmadas con la presencia de las tolas que, especialmente las de Esmeraldas, son derivaciones directas de los nicaragüenses.

Por otra parte, las influencias mayas en los artefactos esmeraldeños se pueden reconocer desde Río Verde hasta Atacames en las tazas campaniforme de tipo escotado, en las fuentes de asiento aollado y pared baja vertical que forma con éste una arista saliente circular, en el pulimento de la superficie fresca de los vasos para los efectos decorativos, en los husos que son exactamente del tipo de los de Vera Cruz y en las figuras pequeñas como la de animales que recuerdan la de Cerro Montoso.

A tiempos posteriores, es decir, al período medio de las ciudades mayas y de las figuritas mejicanas de Ranchito de las Animas, en el estado de Vera Cruz, corresponden ciertas figuritas de La Tolita; los animales representados son los mismos: cocodrilos, antas, monos, lechuzas, osos, perros, etc. De este modo, el tipo cultural de La Tolita y de los ríos inmediatos hacia el sur, está en una posición media entre las civilizaciones centroamericanas y las peruanas en que faltan estos motivos esmeraldeños.

Se encuentran también en Esmeraldas tipos netamente chorotegas (1). Cuando cesó la inmigración centroamericana comenzó el período de decadencia.

(1) Estudios Esmeraldeños por Max Uhle.—Anales Univ. C. XXVIII—219—264.

TIAHUANACO,—En 1918, Jacinto Jijón y Caamaño, infatigable para las excavaciones arqueológicas, comenzó las de San Sebastián, quebrada que cruzaba la población de Guano y que ya gozaba fama de guardar enterradas algunas ruinas. El Dr. Rivet (1) pudo hacer allí algunas observaciones hace pocos años; encontró murallas, fragmentos de alfarería; pero, por circunstancias independientes de su voluntad, tuvo que suspender las excavaciones. El Dr. Rivet no sospechó la importancia del hallazgo, observa Jijón.

Por las ruinas estudiadas se sabe que en este sitio existió una población muy antigua que fue destruída por una erupción volcánica del Tungurahua o del Sangay, y que los moradores alcanzaron a huír; no se encontró entre las ruinas ningún esqueleto.

Dos construcciones independientes pudieron reconocerse en San Sebastián; una de ellas resultó complicadísima, por ser de las viviendas del tipo colmena, en que se agrupan algunas células al rededor de un núcleo principal. Las paredes eran de tapia febricada con barro muy resistente traído de algún lugar lejano, y con un revestimiento de piedra en el un edificio; el ótro estaba hecho con cangahua dura. Esta disposición celular de las habitaciones da a entender cómo debieron vivir aquellas sociedades organizadas en clanes, al igual que los pueblos de Norte América y tantos ótros, y cómo no fueron únicamente behetrías, sino naciones fuertes que degeneraron después. Aquellos

(1) Op. cit. 130—132.

regímenes y costumbres no hallaron ya los Incas cuando conquistaron a los Puruháes, (1).

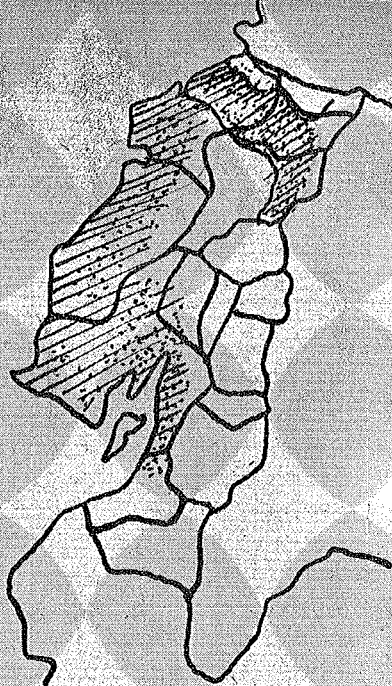
Las formas de las vasijas usadas por los de San Sebastián son casi idénticas a las de los sucesores, hasta la conquista incaica. Aunque en estado fragmentario la mayor parte, se encontraron en esta cultura: ollas globulares, pucos hemiesféricos profundos, vasijas formadas por un casquete esférico y un cono truncado, cántaros antropomorfos del modelo característico de Puruhá, trípodes de varias clases, compoteras, recipientes a modo de pucos con asas, y platos con mango. Todos estos artefactos no dejan de ser de material rústico y poroso, sin pulimento; sin embargo las formas aparecen elegantes y la decoración exclusivamente gravada o en relieve. Llaman la atención las vasijas de forma enroscada que no se encuentran sino en la cerámica de San Sebastián y tienen semejanza con un tipo de vasijas del sur-este de los Estados Unidos; lo mismo otras particularidades; pero lo esencial es la huella de Tiahuanaco en esta cultura.

El timbal, por ejemplo, es siempre indicio de una cultura andoperuana: no se le encuentra en el Ecuador sino como representante de un estilo del sur. Los Protochimus no lo conocieron; en el Perú se generalizó sólo desde los tiempos de Tiahuanaco, si bien es cierto que es muy común en Protonazca y Protolima. En San Sebastián se encuentran tímboles de indudable influencia tiahuanaqueña.

(1) Puruhá.—Jijón—loc. cit. III; 37—90; V 253; 272—278.

La zona de las
tolas:

Desde el Chota hasta
el Guayllabamba y el
Antisana; y desde
el río Santiago hasta
el Jubones en la
Costa.

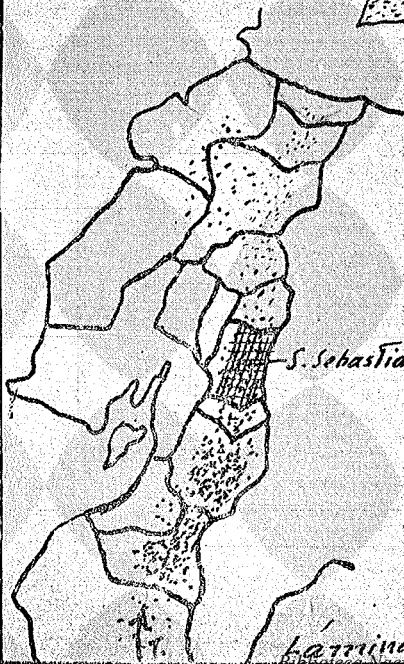


San Sebastián

(Tiaguanao)
(siglo VII a VIII)

Después del desarrollo de
las culturas mayoides se dejó
sentir la influencia estilística
de Tiaguanao hasta el país
de los Pastos.

Principian los Puruhás.



////// El Empata: la más grande
cultura de las de Puruhá
Continuación de S. Sebastián
(siglo IX a XIII)

==== Huavalac: período de
degeneración estilística, in-
(s. XIII - XIV) mediatamen-
te anterior a la cultura

Larrina VI

incaica

En Tuncahuán se inicia ligeramente la civilización propiamente puruháes; en San Sebastián hay ya características más notables, por esto se ha considerado que los primitivos Puruháes se establecieron en esta época en la provincia de Chimborazo, es decir, por el siglo VIII de nuestra era, aproximadamente. Ni en Macají y Santa Elena, ni en Tuncahuán, se encuentran los cántaros antropomorfos, ni los trípodas con soportes a modo de hojas de cabuyo, o de cintas de barro que imitan patas de animales, que son peculiares de Puruhá, y se los encuentra hasta el tiempo de la conquista incaica. Parece ser que los nuevos invasores adoptaron varias maneras de vivir de los antiguos habitantes de nuestro territorio, y que este período está relacionado con el anterior de Tuncahuán, de cuya época debe datar la antigua ciudad de Guano.

Podemos figurarnos como vivían estos habitantes. Sus casas eran pequeñas moradas cubiertas de paja y agrupadas al rededor de un patio común, al igual que las viviendas de los Pueblos del sudoeste de los Estados Unidos, o de los Calchaquies, en el noreste de la Argentina. Había además hogares comunes.

Este sistema de habitación existió desde el tiempo de la cultura arcaica de Protopanzaleo I. ¿Qué relaciones hay entre esta arquitectura y la de los Pueblos y Calchaquies? Pero encontramos que este sistema de casas colmenas usaban también los pueblos centroamericanos, y entonces parece probable que la primera oleada cultural del norte trajo semejante sistema de construcciones y

costumbres. La existencia de los platos con mango en San Sebastián, después que ya se encontraron en la cerámica tuncahuana, advirtiendo que no se conocieron ni en Cundinamarca, ni en Chiriquí, pero sí en Costa Rica, ha llevado a Jijón a la sospecha de que hayan tenido estos objetos el mismo uso que unas vasijas parecidas empleadas por los aztecas como incensarios. Se trataría, pues, de una influencia nahua. Sea de esto lo que fuere, los platos con mango son hechos a imitación de los de Costa Rica, así como los cántaros antropomorfos son característicos del valle del Cauca.

En cuanto a los timbales hay que añadir que, siendo esta forma desconocida por los Chibchas, y, apareciendo en San Sebastián sólo en tiempo de Tiahuanaco, únicamente recuerdan el arte del sur en la decoración y en algunos detalles de la forma, pero en general tienen mayor semejanza con los timbales de Protonazca y Protolima. Esto se explica fácilmente si se considera que, por la cultura mayoide del Azuay, se estableció ya el origen de esas culturas del norte peruano. Los timbales fueron, pues, traídos a esas costas por los centroamericanos del norte, y se conocieron mucho antes que los Tiahuanacs vinieran al altiplano.

La cultura de Tiahuanaco influyó poderosamente en la región de los Cañaris, y, más todavía en Loja, según lo ha demostrado Uhle. En Guano la influencia fué más débil, pues faltan objetos y ornamentaciones del período clásico de Tiahuanaco, pero los elementos derivados son evidentes; parece que fueran indirectos. Por otra parte, la

influencia de Tiahuanaco se extendió hasta el país de los Pastos.

La ola cultural que llegó a San Sebastián había también partido del norte colombiano, casi con seguridad del valle del Cauca; por lo menos estas dos culturas son afines y demuestran proceder de un mismo centro de cultura, si es que la una, la del sur, no procede de la otra.

El sebondoy es un idioma chibcha muy cercano a los de Cundinamarca, mientras que el Cayapa—Colorado pertenece al grupo Talamanca, y precisamente el territorio en donde se desarrolló la civilización de los Cayapa—Colorados, era contiguo al de los pueblos Talamancas, de los cuales se separaron más tarde, emigrando hacia el sur. Impedidos por algún pueblo vigoroso, los Barba-coas vinieron a establecerse en el Ecuador siguiendo la ribera del mar y talvez arrastrando consigo una porción de gentes paniquitas. Quizá esta migración coincidió con el establecimiento de los Chocoes en su actual territorio (I). Este pueblo del oeste de Colombia, con sus afinidades étnicas aún poco determinadas, interrumpe en la costa del Pacífico la serie de los pueblos chibchas o sea su unidad. Deben ser los Chocoes inmigrantes venidos del este y, relativamente a los Chibchas, gentes nuevas en la ocupación de ese territorio.

Además de los Chocoes se establecieron varios otros pueblos en el territorio chibcha. Una

(1) Jijón y Caamaño—Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas—Ensayo provisional.

inmigración Chorotega llegó al Darien, pocos años antes de la venida de los españoles. Anteriormente, en Centro América, se habían establecido también pueblos nahuas y chorotegas. Como consecuencia de estas invasiones vino el desplazamiento de los pueblos aborígenes, es decir, de los Chibchas allí radicados, los cuales se extendieron al sur e invadieron algunas veces el territorio ecuatoriano. He aquí explicada la posición intermedia del Ecuador entre Colombia y Centro América.

ELENPATA.—Elenpata representa el más grande desarrollo de las culturas que se sucedieron en Puruhá, siendo enteramente exclusivo de esta región del Ecuador que ya después de poco fue dominada por los Incas. Su arte corresponde al pueblo que hablaba el Puruhá, al pueblo de los Duchicelas de Velasco, al que peleó con Tupac Yupanqui, y que se limitaba por el Sanancajas y el Azuay. Pertenece más directamente al pasado histórico de esa llanura del Chimborazo que había tenido relaciones de unidad con el norte y la costa, como en los tiempos de la cultura de Protopanzaleo I, o que estuvo comprendida en el largo territorio que va desde el Guailabamba hasta el Azuay, como en Protopanzaleo II. En los extensos cementerios de Elenpata, pueblecito junto al río de Guano, se ha encontrado el variado y rico ajuar funerario y doméstico de esta cultura que debió

comenzar a florecer por el siglo IX de nuestra era.

Elenpata es una continuación de San Sebastián. Se advierte en ella el influjo de Tiahuanaco. La única diferencia está en la decoración pintada que antes no había; por lo demás, los otros pormenores son solamente modalidades y variaciones o perfeccionamientos del mismo tipo anterior en los diversos artefactos. La decoración grabada cedió a la negativa su lugar, sobreviviendo sólo en la decoración exterior de ciertos objetos, desapareciendo los dibujos más ricos y complicados. Durante el período de San Sebastián había dejado de emplearse la pintura a color perdido usada en Protopanzaleo II y en Tuncahuán, en este último, junto con la pintura positiva; pero se continuó usando en el norte de la sierra ecuatoriana y en el valle de Yunguilla y Loja, mientras la ignoraban las culturas mayoides del Azuay y de las sillas de barro, y probablemente también las de la costa.

De esto se puede concluir que las gentes del Cauca no conocían la pintura negativa, como no la conocieron los primitivos Puruháes emparentados con ellos o quizá procedentes de ellos, y que otras gentes del norte, antes que ellos vinieran, la habían generalizado, en la sierra del Ecuador. Una vez establecidos los Puruháes en el valle del Chimborazo, aprendieron la decoración a color perdido, por esto encontraremos en Elenpata el influjo de Protopanzaleo I, al mismo tiempo que el de Tiahuanaco y de la cultura mayoide del Azuay.

Las culturas sucesivas que venían del norte

se interpenetraban fácilmente, porque tenían relaciones de parentesco, como que su origen arranca de una misma región. Así como entre Proto-panzaleo I y II hay íntima relación, del mismo modo, entre San Sebastián y Elenpata, la dependencia es inmediata. Sin embargo de que aparece de nuevo la decoración a color perdido, el procedimiento anterior continúa usándose, pero siguen siendo propias de Guano la técnica y decoración enroscada en sus vasijas, sistema idéntico al de los Pueblos.

Los triángulos escalerados son, por ejemplo, uno de aquellos ornamentos que la civilización de Elenpata heredó de los Mayas por medio de los de Manabí o de las sillas de barro de Narrío.

En Elenpata se encuentran en las vasijas curiosas decoraciones de ponchos. Esta prenda de vestido es de origen andoperuano: según Nordenskiöld. No se sabe si en Puruhá se usaba antes de Tiahuanaco; pero, los habitantes del período de Elenpata la gastaban corrientemente, si hemos de juzgar por su frecuencia en las representaciones de las vasijas. Los ponchos de esa época eran hermosamente adornados con variedad de dibujos y largos flecos. El dibujo en grandes campos indica la influencia de Tiahuanaco.

Además del cementerio de Elenpata se hicieron excavaciones en los cementerios vecinos de Chocón, Santús y Chillacís. (1)

En Elenpata no se conocía el bronce. El Dr.

(1) Puruhá—Jijón—V—205—259; 278—288—289.

Uhle, en sus estudios sobre Cumbayá, opina que Elenpata no es una civilización uniforme, y que hay cierto parentesco con Santa Lucía, el Carchi y Tuncahuán, por la pintura negativa. (1)

HUAVALAC.—Huavalac es también un lugar cercano a Elenpata.

Esta cultura no es de mayor importancia; manifiesta claramente una degeneración de las artes anteriores; la ornamentación negativa se esfuma, pierde su carácter, y desaparecen los dibujos típicos. Es la herencia de una tradición que desaparece. La decoración negativa se conoce, pero no se saca de ella el efecto artístico que supieron obtener los Puruháes de Elenpata.

Se emplea también la decoración grabada mediante incisiones de figuras geométricas hechas en el barro antes de la cocción. Se hacen incisiones circulares dispuestas en hileras, procedimiento por el cual Huavalac está relacionado con la cerámica puruhá-incaica, del mismo modo que por la pintura negativa, aparece como heredero de Elenpata.

Empleábase además otro sistema de decoración, exclusivo de este período, o sea el repulgado; ya se decoraba con sucesivas impresiones de uñas una superficie más o menos extensa, ya se hacía un adorno como de pastelería así mismo con las uñas

(1) 25—29.

en las narices que ornamentaban las vasijas. Este procedimiento decorativo es sumamente raro en el Ecuador; no se lo conoce ni en la costa ni en la sierra en otra parte que en Puruhá, en el sur de la civilización mayoide del Azuay, y en algunas vasijas de Loja correspondientes al último período anterior a los Incas.

Los artefactos encontrados en Huavalac pueden reducirse a ollas, platos, compoteras y trípodes de diversos tamaños y clases, platos trípodes con pies hechos con cordones de barro, y cántaros antropomorfos en que la simplificación de los procedimientos, la pobreza de la ornamentación y la degeneración estilística saltan a la vista. Si se comparan estos artefactos con los de Elenpata se los ve primitivos; y esta decadencia va acentuándose cada vez más.

En la cerámica lojana anterior a los Incas se advierten decoraciones hechas con uñas y narices como los artefactos de Huavalac. (1)

Huavalac debió comenzar a principios del siglo XIV y durar hasta fines del XV.

(1) Jijón sugiere la hipótesis de una invasión amazónica que hubiera traído esta novedad, si bien es cierto que la civilización antigua del Napo en nada puede compararse con la de Loja, ni con la de Huavalac.
Puruhá—Jijón—loc. cit. VI—32—39; 65; 66.

GENEALOGIA DE LAS PRIMERAS CULTURAS

LOS MAYAS.—Casi sin antecedentes apareció en Centro América este pueblo que, en los primeros siglos de nuestra era, construyó monumentos dejando estricta en ellos su historia: lo que se sabe acerca de su origen es muy incompleto todavía. En la vieja estatua de Tuxtla, en el estado de Vera Cruz, ha quedado la fecha correspondiente al año 100 antes de Jesucristo, pero parece que debió ser allá por el siglo X de la era pasada, cuando este pueblo reemplazó a la raza arcaica que habitaba esas regiones centroamericanas y que era talvez de los caribes.

La historia de los mayas se reduce al desarrollo de dos imperios; a revoluciones intensas; a la fundación de la liga de Mayapán para conjurar los males; la anarquía; la invasión de los caribes; y luego la de los españoles.

El primer imperio se extendía desde Tehuan-tepec, es decir, desde el extremo sur de Vera Cruz hasta Tegucigalpa, en el centro de Honduras, sin ocupar las costas del pacífico ni subir al Yucatán; floreció desde el siglo I de nuestra era en Chiapas, Tabasco, Peten, Guatemala y las fronteras de Honduras. Fue aquel el tiempo de las ciudades célebres de Copán y de Palenque. Pero vinieron los revolucionarios, y una parte de esos indios subió hacia el norte en el siglo V, después de un movimiento migratorio se había dirigido hacia el este. Esta es la época del segundo imperio y de las ciudades de Chitchen Itzá y Uxmal. La liga de Mayapán unió a los Quichés del sur que se habían separado y procuró conjurar todas las disenciones. Mas, a pesar de todo, por el siglo X el imperio de los Maya—Quichés estaba en decadencia. En realidad el gran período del desarrollo arquitectural va desde el siglo III hasta el VII de nuestra era.

El primer imperio maya tuvo dos épocas: la de la civilización de Cerro Montoso descubierta por Strebel en Vera Cruz, cuyas huellas directas encontramos en la cultura mayoide de Cuenca, y que floreció en los dos primeros siglos de nuestra era, y la de las grandes ciudades del sur, como Copán, Quirigua y Palenque, que, según Spinden, terminó el año 630.

La cultura de los Mayas tuvo un doble radio de influencia o acción: colonizaron ellos y enseñaron sus artes a los pueblos del sur hasta el istmo de Panamá, y de un modo especial a los cho-rotegas, y emigraron también por el mar, ya a

causa de las revoluciones, ya en busca de los países en que hubiera caza y pesca en abundancia. De esta suerte pueblos contagiados de la cultura maya, en oleadas sucesivas desembarcaron en las costas ecuatorianas y peruanas y, subiendo por el curso de los ríos, llegaron a la altiplanicie andina, en donde de colonos pasaron a ser habitantes definitivos del país, confundiendo a poco menester con los indígenas.

Tanto los Mayas como los pueblos preaztecas tenían códigos religiosos, el Código de la Ley, tratados de Astronomía, y hasta un catastro. Conocían una escritura con signos ideográficos que los sabios estudian ahora escrupulosamente. La escritura maya es, sin embargo, distinta de la mejicana y superior a ella: según Schellhaas, en los jeroglíficos se había introducido un número notable de signos fonéticos. Los Mayas conocieron además algunas leyes mecánicas: los planos y la ejecución de sus monumentos requerían cierta ciencia, pero lo más importante es que, merced a lo que sabían de Astronomía, llegaron a tener un calendario que representaba la ciencia de los sacerdotes, y que ha servido de punto de apoyo para la cronología sudamericana de los tiempos prehistóricos.

La cerámica que es de tanto interés para nosotros, porque en nuestros artefactos arqueológicos se ve a cada paso la influencia directa o indirecta de la alfarería maya, fue muy adelantada: el gusto artístico del Yucatán es más complicado que el de Méjico; la arcilla que parece llevaban de los países del sur, por carecer de ella en la penín-

sula, era tratada por un procedimiento técnico. La variedad en la forma de los utensillos que imitan generalmente motivos vegetales y animales, la decoración sencilla algunas veces o en relieve y con sus efectos policromos, son de un pueblo bastante avanzado que debió tener muchos siglos de desarrollo talvez lejos del Yucatán.

El período arcaico centroamericano debió comenzar hace unos dos mil años y terminarse en el siglo II de nuestra era; porque no podía ser menor la duración indispensable para el progreso de esos pueblos hasta que culminaron en la cultura maya. (1) Esta preparación secular terminó con las invenciones de la escritura y del calendario y la fundación de las grandes ciudades; todo este progreso, según aparece hasta ahora, fue autóctono.

Por razones estilísticas, estudiando los restos de Pedregal de San Angel, de la planicie de Atzacozalco, y otros, se ha podido establecer la transición histórica del período arcaico al maya; pero, de esta cultura inicial arcaica, cuyos restos encontrados corresponden al último período de evolución, no se sabe en qué país o en qué países fue

(1) Orígenes centroamericanos.—Bol. Ac. Nac. H. IV;1—6. Uhle.

desarrollándose. El Dr. Uhle no admite el origen nahua defendido por Spinden.

El tipo arcaico se encuentra diseminado en la América Central; y se ha descubierto restos de él, en la costa peruana de Ancón, en las bocas del Amazonas, en las costas del Brasil, etc. El tipo peruano corresponde a una inmigración arcaica original y no tiene ninguna vinculación particular ni con la civilización protonazca, ni con la protochimu de la misma costa, aunque todas tengan un mismo origen pero no simultáneamente. El período protonazca corresponde al período de las primeras ciudades mayas; y el Protochimu al período siguiente de las construcciones de Copán. El estilo arcaico debió ser traído a América del Sur a fines de la era anterior. (1).

Todas las civilizaciones superiores sudamericanas y de Centro América tienen origen directa o indirectamente en la cultura maya. Las culturas de Protonazca, Protochimu, la mayoide de Cuenca, por ejemplo, son de origen directo; (2) el estilo draconiano de la Argentina es de origen indirecto, o sea, derivado del mayoide de Protonazca; y son numerosas las culturas submayoides, es decir las derivadas de elementos mayoideos directos o indirectos, pero no muy desarrollados, que han dejado por eso una huella borrosa en el arte de otros pueblos. Nicaragua, Costa Rica,

-
- (1) Cf. Toltecas, Mayas y Civilizaciones Sudamericanas; id., ib: VII; 1—33.
 - (2) Cronología y relaciones de las antiguas civilizaciones panameñas.—Uhle—loc. cit. IX; 190—207.

Panamá, estaban saturados de estas culturas. Lo mismo Méjico, Guatemala, Honduras; sólo que no están suficientemente estudiados aquellos elementos en estos países. En la costa del Pacífico, durante los cinco primeros siglos, se desarrollaron algunas civilizaciones submayoides, como hemos visto ya en el Ecuador.

En la provincia de Chiriquí, vecina de Costa Rica, en Panamá, Holmes y Mac Curd llegaron a distinguirse unos diez tipos distintos de alfarería, correspondientes a un número más o menos igual de civilizaciones. Allí hay vasos policromos que no son otros que los de Cerro Montoso, el famoso cementerio de Vera Cruz, y que corresponden al siglo II o III. En otros vasos se advierte el paso de la cultura por la región de los Chorotegas, más al norte. Aquí en el Ecuador encontraremos también vasos que nos recuerdan las civilizaciones chorotegas y chiriquíes.

En Panamá, como aquí y en otros lugares, los cinco primeros siglos de nuestra era parecen haber sido el período floreciente de las culturas mayoides. Las influencias de las primeras civilizaciones centroamericanas pasaron por el istmo de Panamá hacia el sur y llegaron hasta el Perú. En el norte de Centro América se formaron varias culturas mayoides, una de las principales fue la de los Chorotegas, y al venir ellas a Sud América, unas habían pasado a través de muchas influencias hasta llegar por tierra a Panamá y seguir hacia el sur, entre tanto que otras arribaron directamente por el mar; de aquí la variedad de tipos, de culturas e influencias mayoides que se encuentran tanto en

Centro América, como en las costas del Pacífico, al sur. Los de Chiriquí, por ejemplo, debieron venir directamente al Cañar: las sillas de Narrío tienen una estrecha semejanza formal y ornamental con las sillas de ese territorio. En Cerro Narrío se encontraron unas doce "sillas de barro", (tambores) de una pulgada de espesor y de color natural, algunas de ellas sólo grabadas, exactamente como las de Chiriquí. Las culturas mayoides eran de diferentes grados, por esto no se desarrollaron en Centro América y en el sur, progresivamente las civilizaciones. A veces los pueblos no asimilaban todo lo de los colonos; apenas emigrados éstos, perdían mucho de lo adquirido; o los colonos, confundidos con los indígenas, iban degenerando, hasta que venía una nueva oleada de cultura a cambiar los estilos y las costumbres.

LOS CHIBCHAS.— Toda Costa Rica, Colombia y el Ecuador hasta las regiones del sur, estaban ocupados por una misma familia de pueblos, o, más bien, por un número de civilizaciones unidas con muchos lazos de parentesco y semejanzas, a las cuales se da el nombre genérico de Chibchas.

Estas culturas tienen una importancia geográfica apenas igualada por las civilizaciones peruanas del sur del continente. La familia lingüística chibcha se extendía desde el sur de Nicaragua hasta el Ecuador meridional: comprendía los pueblos de Costa Rica, Panamá, Colombia y E-

cuador hasta la provincia de Loja, Los Talamancas y Guatuzos de Costa Rica, los Guaymis de la cordillera de Veragua, los Güetares de la península de Nicoya, los de Darien en Panamá, los Cunas de la frontera panameña, los Aruacos del norte de Colombia, los Chibchas propiamente dichos del valle de Bogotá, los Paeces y Paniquitas del oeste y centro de Colombia, al sur de los Chibchas, los Coconucos del sudeste, los Barbacoas, los Cayapa-Colorados que ocuparon en tiempos remotos la sierra y la costa ecuatorianas, todos estos son pueblos chibchas que debieron descender poco a poco del norte hacia el sur. (1)

Como la forma de los timbales que después heredaron los Quichuas, es típica para la civilización de Tiahuanaco, así mismo los trípodés son uno de los artefactos más característicos de los chibchas; la forma de estos objetos se puede seguir estudiando aún en el norte del Perú hasta la región de Recuay, en el sur de Huánuco. La decoración negativa a color perdido de los vasos de Recuay, período algo más nuevo que la civilización de Chavín, es un recuerdo de la técnica, de las civilizaciones chibchas que se extendían desde Costa Rica hasta el Ecuador. Las formas de las culturas chibchas de Costa Rica, del oeste de Colombia, etc., pasaron a las Antillas, siguieron toda la costa septentrional de Sud América hacia el este por Venezuela, las Guayanas y el Brasil, pe-

(1) V. adelante: Los indios de Imbabura—Caranquis y Cayapa-Colorados—Los Panzaleos.

netraron por los ríos, como el Orinoco, y ocuparon la isla Marajó en las bocas del Amazonas; subieron después hacia las faldas orientales de las cordilleras caminando para el oeste, y luego, por el sur se fueron hasta Mojos y el Paraguay; de este modo tomaron posesión de todo el oriente de América del sur.

Estas civilizaciones americanas orientales, procedentes de las chibchas del noreste no son muy antiguas, pues algunas por sus formas, alcanzaron el período de Tiahuanaco muy apenas, y el resto son contemporáneas de períodos todavía más recientes de la antigüedad peruana. Flotan en todo el oriente las formas chibchas que caracterizan el período común de las civilizaciones americanas. Tanto en Mojos, cuyos artefactos pertenecen a una época posterior a Tiahuanaco, como en el Cauca, en la costa del Ecuador, etc., se encuentran grandes sellos de barro usados en la decoración del cuerpo y que son característicos de varias civilizaciones chibchas.

En el río Napo, más arriba de la desembocadura del Aguarico, (1) se encontraron tres objetos figurativos de buen tamaño y un plato grande de alfarería, que el Dr. Uhle considera como un verdadero tesoro. Después de haberlos estudiado separadamente y comparado entre ellos, el arqueólogo ha visto en estos artefactos una íntima relación estilística con los hallazgos de la isla Marajó, y ha concluido que los del Napo y los de las

(1) Bol. Soc. III, 7 y 8; 187 y 203.

bocas del Amazonas son representantes de un mismo estilo, un mismo carácter y un mismo período. Igualmente se han reconocido semejanzas entre la técnica de los antiguos Mojos y de los indios del Paraguay y la de estos artefactos de nuestro Oriente; y, al lado de todo, como anticipamos ya, tanto los del Napo, como los de la Marajó recuerdan cercanamente la técnica chibcha del Cauca, Cundinamarca, Carchi e Imbabura, y también de las Antillas. Las figuras del Valle del Cauca y de las provincias de Carchi e Imbabura datan de un período antiguo que se puede identificar cronológicamente, en gran parte, con el período de los vasos blancos, negros y rojos de la costa peruana que aparecen en Lima-Lurín desde el siglo X hasta la venida de los Incas.

Jijón cree que Marajó influyó en la altiplanicie; (1) pero, según lo de Uhle, no se puede sostener esta influencia; porque, además de lo dicho, entre la Guayana Francesa y el norte brasilero, en el río Cunany, se encontraron compoteras chatas y otros artefactos como los del Valle del Cauca, de la provincia del Carchi, del Cañar, de Puerto Rico, etc. Las civilizaciones chibchas siguieron pues por las costas del norte hacia el este.

(1) Aborígenes de Imbabura—105.

TIAHUANACO.—El señor Tello descubrió cerca de Chavín de Huantar un pilar de piedra, cuyo estudio, así como el del famoso relieve de Chavín o “piedra de Raimondi” y de otras figuras esculpidas en la misma materia, llevaron a Uhle a aclarar algunos puntos de la arqueología americana: el pilar era de influencia centroamericana directa; y el relieve de Chavín, no obstante sus relaciones directas con el estilo Protonazca, mostraba la influencia centroamericana en muchos pormenores. Ahora bien, para la explicación completa de Tiahuanaco, faltaba la del origen de sus grandes monumentos de piedra y trabajos esculturales; y la civilización de Chavín, considerada ahora como precursora de la de Tiahuanaco, nos da la explicación de la gran ciudad del lago. Así pues, ya no sorprende la semejanza por la forma y la composición, entre los jeroglíficos que existen en el friso de la gran portada de Tiahuanaco y los tipos de la escritura maya. Lo que falta es conocer el camino por donde vino al altiplano esta cultura desde Centro América.

El relieve de Chavín pertenece al estilo protonazca que se extendió desde los valles del sur, Nazca, Ica, Pisco, Chincha, por los del centro, Lurín, Rímac, Ancón, Chancay, Supe, hasta la proximidad de Chavín, situado en el valle de Huarmey, un poco más al norte. El relieve de

Chavin no es una copia, sino un predecesor estilístico de la portada de Tiahuanaco.

Las ruinas de piedra de esta ciudad, al sur del lago de Titicaca, han sido atribuídas, hasta hace poco, a la cultura aymará y a la de los Uros: el mismo Uhle pensaba antes que esos monumentos debieron ser construídos unos 1.500 o 1.000 años antes de Jesucristo; ahora creen que datan del siglo IV de nuestra era, siendo contemporáneos de la cultura de los protochimus.

Los Aymaraes han sido durante un milenio uno de los pueblos más importantes de la región andina; todavía ocupan en nuestros días la mayor parte del altiplano de Bolivia; pero al principio parece que toda esa zona estaba habitada por tribus primitivas, y que ellos vivían dentro de límites muy estrechos, en el sur del territorio, padeciendo las influencias de las tribus de la costa. Pronto los Atacameños, marchando hacia el septentrión, impusieron su dominio y el sello de su raza en el norte de Chile y al mismo tiempo en la parte meridional y en el occidente de la altiplanicie boliviana, hasta el río Desaguadero y la hoya del Titicaca, y avanzaron por el sur del Perú hasta Ica, en la costa, y Ayacucho, en la sierra. (1)

(1) La Arqueología de Arica y Tacna—Uhle—Bol. Soc. III; 1-48.

Eran los Atacameños gente sencilla, dueña de numerosos rebaños, usaban campanas de madera, etc., se alimentaban con los productos del mar y de la tierra, y labraban los campos con mucho conocimiento de la agricultura; pero el tipo de este pueblo no es un tipo andino el que se nota reproducido en las figuras de perfil representadas en el gran relieve de la portada de Tiahuanaco (1). Lo único que sucedió con la invasión atacameña fue que con ella quedó preparado el estrado de naciones que debían recibir las culturas del norte en la región del altiplano, y que en los monumentos de Tiahuanaco cooperaron con su estilo los Atacameños.

Las civilizaciones del tipo de Protonazca y Chavín de Huantar, que vinieron del norte, inundaron la altiplanicie, dando origen en la hoya del Titicaca a esa nueva cultura de Tiahuanaco que en el mismo suelo no tuvo ningún predecesor, porque allí en el altiplano faltan los elementos étnicos que hubieran podido darle vida; lo mismo, las regiones circunvecinas carecían de una cultura elevada hasta que llegaron las grandes civilizaciones procedentes del norte. En cuanto a los primitivos serranos del Perú, se sabe que cazaban las vicuñas e hilaban su lana, y que a esa sierra llegaron culturas orientales: en la toponimia del norte se encuentran restos aruacos. Pero todas las manifestaciones culturales serranas, anteriores al pe-

(1) Fundamentos étnicos de la región de Tacna y Arica. Id ib. II; 1-37.

riodo clásico de Tiahuanaco, no fueron sino puramente arcaicas, instigadas por la aproximación de las civilizaciones centroamericanas. (1)

LAS INMIGRACIONES.— El Ecuador, a principios de nuestra era, estaba ocupado por tribus chibchas y jíbaras, las primeras en el norte y el centro, y las ótras, en las provincias meridionales, cuando aparecieron en las costas los inmigrantes. Desde entonces y durante seis siglos, fueron llegando diversas oleadas culturales, lo mismo que a los demás países del Pacífico. Pasado ese período, las tribus serranas ya establecidas quedaron entregadas a sus propias iniciativas y siguieron desarrollándose en los valles cerrados por los nudos de las cordilleras. Lo mismo sucedió en la costa, a pesar de que las culturas interandinas hayan sido de carácter y tipo más definido, a causa de la relativa incómunicación en que debieron vivir, al revés de los costeños que, de cuando en cuando, veían en el litoral a extranjeros.

Entre Méjico y el Perú, los dos focos de mayor importancia de donde se propagaron las culturas antiguas, se encuentra el Ecuador como en un término medio, por eso su arqueología ha sido indispensable para poder determinar la concatena-

(1) Los principios de la civilización en la sierra peruana—Uhle—Bol. Ac. Nac. H. I; 44-56.

ción de las culturas sudamericanas. “Una civilización mayoide, descubierta en la región de Cuenca, como principio de las civilizaciones de aquella comarca, se ha transformado para nosotros en la llave, no sólo del origen de las antiguas civilizaciones ecuatorianas, sino también del de las peruanas, y aún más, en la llave del origen de todas las civilizaciones antiguas americanas” dice el Dr. Uhle. Y, en efecto, una vez que se supo que la cultura de Cuenca era idéntica por su técnica, ornamentación, etc., a la civilización maya de Cerro Montoso descubierta por Strebel, y que, por otra parte, era estrecha la afinidad entre las culturas de Protonazca y Protochimu en el Perú y la del Azuay, se pudo concluir que eran todas, más o menos, del mismo tiempo, y que procedían de una misma fuente.

Ahora tenemos ya establecida la unidad histórica de las antiguas culturas sudamericanas y, gracias a los estudios de Uhle, poseemos ya una cronología de todos esos movimientos culturales, la cual está fundada, en último término, en los estudios de los mejicanistas que han descifrado el calendario maya.

Las tribus primitivas vivían en la barbarie, vistiéndose con tejidos de totora y pieles de lobos marinos y de otros animales. No conocían el tejido de lana ni la alfarería: los utensilios de piedra tallada eran su único ajuar. En el siglo primero

antes de nuestra era apareció la cultura primitiva de los pescadores de Ancón en la región de Lima-Lurín, y casi al mismo tiempo, en la sección de Ica, la civilización de Protonazca que, pocos años más tarde se extendió hacia el norte y que produjo tipos derivados, como el de Chavín de Huantar, precursor, según ya lo hemos dicho, de Tiahuanaco. La cultura de Protonazca era el resultado del establecimiento de colonos conocedores del arte ya en esa parte del Perú, y corresponde al período de Cerro Montoso.

Al mismo tiempo, una colonia chorotega, que aún no había sufrido la influencia maya, desembarcaba en las costas ecuatorianas del sur, y, siguiendo hacia arriba el curso del Chimbo, atravesó la cordillera y llegó al altiplano, en donde se desarrolló en las provincias de Tungurahua y Chimborazo. Los artefactos de Ancón con sus caracteres arcaicos originales tienen mucha semejanza con los de Protopanzaleo I, si bien es cierto que los de Puruhá son un tanto inferiores a los peruanos. Trajeron los chorotegas los famosos trípodes mejicanos y las compoteras tan conocidas entre los chibchas, pero todo este arte arcaico ignoraba todavía la pintura y la representación de figuras en sus decoraciones caracterizadas por la técnica peinada.

Independientes de estos primeros inmigrantes chorotegas, llegaban un poco más al sur los colonos que, por el Jubones y Saraguro y por el Tumbéz, se establecieron en la región montañosa de Paquizapa y Santiago, al norte de la provincia de Loja; y traían las compoteras de pie ancho y también la pintura roja como los de Protopanzaleo I. Estas dos culturas primitivas fueron en el Ecuador el movimiento vanguardista que precedió a la llegada de los colonos conocedores del arte maya.

Por ese mismo tiempo, en el siglo II de nuestra era, mientras en el Perú asomaba el tipo serrano y protonazca de Chavín, derivado del de la costa, y se desarrollaba la alfarería de Recuay, llegaba el golfo del Guayas una colonia mayoide y por el Naranjal se dirigía a la sierra. Este tipo correspondiente, como el de protonazca, al de Cerro Montoso y al tiempo de los edificios de Tikal, fue la primera cultura del Azuay. En esta provincia y en la del Cañar encontraron los inmigrantes a los jíbaros y a alguna que otra colonia de los barbacoas, los cuales tallaban hachas de piedra lo mismo que los orientales; lucharon con ellos ocupando en seguida el territorio. El hecho de haberse establecido a orillas de los ríos estas gentes

prueba que fueron agricultoras; por lo demás, su civilización fué la más desarrollada de las que ha estudiado hasta aquí la prehistoria ecuatoriana, aún cuando no se conocieron todavía los metales. Los colonos del Azuay fabricaban una alfarería finísima, de lo más fino que en toda la América nos han dejado las culturas antiguas. Sólo los artefactos de los Chimus en el Perú pueden superar a los del Azuay.

En realidad este movimiento colonizador se extendió desde el Chanchán hasta el Catamayo, o sea, desde el sur de la provincia del Chimborazo, hasta el centro de la de Loja; pero hay sus ligeras diferencias modales desde el norte hasta el sur de esa región. De esta suerte se pueden distinguir: la cultura del Jubones que entró por ese río y es la de Denda al oeste de Saraguro y la del valle de Loja; la de la Toma del valle del Catamayo que quizá vino por ese río, idéntica a la anterior; y la del Azuay, llamada también la del Cañar, porque vino por el río Cañar que en la costa se llama Naranjal, desarrollándose en sus orillas y en el sistema del Paute, más al sur: esta es la cultura de Chordoleg, de Challuabamba y Guancarcucho, la civilización del Paute y del Cañar; y, por último la cultura de Alausí que debió entrar por el Chimbo y el Chanchán, o sea por el mismo camino que los chorotegas de los Protopanzaleos, y que dejó sus restos en algunas lomas cerca del río.

Recordemos el paralelo que hicimos entre la cultura mayoide del Azuay y la de Protopanzaleo II, así como las relaciones que existen con los Pro-

tochimus del norte peruano: lo mismo que la huella chorotega que se advierte en todas estas tres culturas.

Los Protopanzaleo II, independientemente de los del Azuay, y siguiendo el camino de sus antepasados, llegaron a la provincia del Tungurahua con las novedades aprendidas de los mayas. Estos colonos chorotegas se dispersaron desde el Guailabamba hasta el nudo del Azuay, introduciendo en las artes cerámicas la pintura negativa junto con la representación figurativa. Aparecen los dragones, los lobos marinos, los artefactos en forma de melón; pero esta cultura maya indirecta es inferior a la mayoide del Azuay.

Al mismo tiempo y a la misma cultura corresponden los restos encontrados en la costa de Manabí: las sillas de piedra que talvez sirvieron de altares para el culto del dios Fuego, traído de Méjico y Vera Cruz, atestiguan la excelente disposición que para la talla en piedra tuvieron las culturas derivadas de los mayas. Porque a esta misma ideología corresponden: los monumentos de San Agustín de Colombia, que debieron ser esculpidos por los colonos que entraron al lugar y a Ibagué por el puerto natural de San Buenaventura; las esculturas de Esmeraldas; y las de la civilización mayoide de Cuenca. Después veremos como continúa la escultura en Tiahuanaco que por medio de Chavín recibió de Prototazca mayoide esta herencia.

Los Protochimus, por su lado, y mientras se desarrollaban los Protopanzaleos II y los del Azuay, colonizaban la sección de Trujillo y Santa, enseñando las artes mayas en el norte del Perú. Estos no son ya de los tiempos de Cerro Montoso, sino de las grandes ciudades, y corresponden a los monumentos de Copán en el siglo IV. En cuanto a las esculturas de Esmeraldas, son del tipo de las ruinas de Palenque en Tubasco, Méjico, es decir del siglo VI; pero las ruinas del cementerio de la Cuadra, en Loja, son exactamente contemporáneas de los Protochimus: el Dr. Uhle que descubrió este cementerio lo encontró en muy malas condiciones.

También en Guailabamba son de esta primera oleada mayoide las botellas de cuello cónico angosto y platos parecidos a los artefactos de la cultura de Protolima, que, en la región de Lima Lurín en donde se habían establecido los de Ancón y luego se extendieron los de Protonazca costños, se desarrollaron desde el Siglo II hasta el VII, con su estilo del período siguiente al de Cerro Montoso. Estos colonos de Guailabamba entraron por el río de Esmeraldas.

Por último la primera cultura carchense, que ha sido llamada de Cuasmal; que vino por el

Mira y el Chota, y se la puede reconocer desde Urcuquí hasta Tulcán, tiene ciertas relaciones con las del Azuay, siendo una derivación de Cerro Montoso, lo mismo que las dos culturas siguientes del Carchi.

De Guanacaste, en Nicaragua, es la cerámica pintada, negativa y positivamente a un mismo tiempo, que está abundantemente representada en la región de San Isidro, al norte del Chota, y en algunos lugares más hacia el Oriente.

Por otra parte, hizo su aparición esta cultura en Santa Rosa, cerca de Chunchi, al lado del río Chanchán, en donde pueden verse algunas muestras de sillas de piedra, como las de Manta, y utensillos para raspar con incrustaciones de piedra que también se hallan en toda la provincia de Esmeraldas y Manabí. Desgraciadamente muchas sillas de piedra se han destruído, porque sus pedazos se emplearon en la construcción de la línea del ferrocarril de Cuenca.

Ya en el Siglo II la colonia chorotega desembarcaba en nuestras costas y subía al país de los panzaleos trayendo como hemos dicho, ciertos elementos mayoides al lado de los suyos propios.

Esto nos indicaba cómo en Centro América al mismo tiempo que las culturas mayoides invadían las costas del Pacífico, comenzaban a formarse de la misma manera colonias y culturas mayoides en Centro América, especialmente al sur. Los

centroamericanos conocedores de la civilización maya, principiaron por su parte a invadir también las costas del sur y mezclar sus culturas con las mayoides originales. Las inmigraciones mayoides del sur de Centro América se difundieron tanto por el mar, como descendiendo al sur por las sierras, y dieron lugar a la formación de tipos submayoides.

La segunda cultura del Carchi, que dió origen al tipo de Santa Lucía, fué importada del valle del Cauca.

Tuncahuán es de un estilo chibcha que se repite desde Costa Rica y Chiriquí hasta Recuay, pasando por los dos grandes centros Cundinamarca y el Carchi. En este arte traído por las sierras, aparecen la pintura polícroma y el color blanco, la figura del mono, la segunda boca en la barriga de las figuras humanas como en Santa Lucía.

Luego, de nuevo por el mar, así como de Guanacaste vino la cultura de San Isidro, arribó también a las costas del sur una colonia chiriquí; los panameños subieron por el curso del Naranjal y se establecieron en el Cañar. Esta fué la cultura de las Sillas de Narrío, las de los ornamentos triangulares, las de los motivos ornamentales de-

rivados de la figura del pulpo. Entonces llegaron los procedimientos para elaboración del oro y del cobre dorado.

Los restos de la Cuadra de Loja corresponden al siglo IV: en ese cementerio se encontraron un león de cobre y varios objetos del mismo metal y de concha, que recuerdan los hallazgos de Moche de la civilización Protochimu.

De este mismo tiempo son las últimas culturas del Carchi: recordemos las cuentas de oro de Puchués semejantes a las de los collares de Moche. Esta influencia maya se extendió a los dos lados del Chota, entre El Angel, en el Carchi y Urcuquí, en Ibarra: allí se repiten las mismas representaciones de animales, de figuras humanas, de vasos en forma de pies de hombre, etc., como en la civilización mayoide Protochimu de la costa del Perú; lo mismo las figuras de hombres que se abrazan, las representaciones fálicas, etc., no son sino repeticiones de la ideología de los peruanos de Trujillo; por esta razón es indudable que los de la cuarta del Carchi y los Protochimus tuvieron un mismo origen mayoide.

De esta misma época datan los ricos objetos de oro del Carchi, que se encontraron con las figuritas humanas sentadas en sillas, que son ni más ni menos del estilo de las representaciones figurativas de Costa Rica.

En el siglo VI, en el tiempo de la ciudad de Palenque, se desarrolló, como apuntamos antes, la civilización mayoide de Esmeraldas. Ya en el período de Cerro Montoso, se formaban las primeras colonias chorotegas en la costa y sierra ecuatorianas.

Todas nuestras civilizaciones primitivas tienen objetos que, entre los caracteres generales propiamente chorotegas, muestran el tipo secundario de influencia maya. De este mismo tiempo son los artefactos que se encuentran en La Tolita, como en todos los valles y ríos esmeraldeños, ya sean de estilo de derivación inmediata, ya de tipo degenerado como los de Río Verde, Tiaone, Atacames, etc. En cuanto al estilo posterior de las culturas esmeraldeñas en que aparecen las figuras pequeñas de barro, como las encontradas en gran número en La Tolita, corresponde aquel casi exclusivamente al tiempo de las ciudades de la segunda época del primer imperio maya, Copán, Quirigua, Palenque.

Los restos del río San Juan, en Manta, atestiguan, como tantos otros, la presencia de los colonos chorotegas, conocedores del arte maya, en la costa ecuatoriana.

La civilización de Esmeraldas parece que declinó pronto: seguramente el clima no favorecía ese desarrollo local; entre tanto en Manta, de donde probablemente se originó la civilización posterior de los Chimus, duró más que en Esmeraldas.

Los movimientos de las colonias que llegaban a la costa desde Centro América se dirigían, unos

al este, y ótros descendían por tierra y por la costa hacia el sur, hasta el territorio peruano. La mejor prueba son las numerosas coincidencias de los tipos de la primera civilización de Cuenca, tanto mayoides como chorotegas, con los esmeraldeños.

El foco de origen del estilo especial de la civilización cuencana estuvo seguramente en la región de Naranjal, al lado sur del Guayas.

La inmigración de los caras fué una de tantas y no tiene la importancia excepcional que le da Velasco: toda la región de la costa hasta el pie de los Andes estaba ocupada por los tipos de civilizaciones antiguas.

Lo mismo que las ecuatorianas, las primeras civilizaciones peruanas dejan ver en sus fundamentos generales la composición de elementos mayoides originales y de otro estilo chorotega.

Las civilizaciones orientales no ocuparon únicamente los valles de los ríos que se dirigen al Pacífico, sino también de los que corren al Amazonas, como lo prueban los restos encontrados cerca de Loja y en Ambato.

Por los datos de la arqueología parece que las culturas orientales no alcanzaron hasta el altiplano, pero sí llegaron por el Napo hasta el Aguarico, en donde se encontraron restos semejantes a los de la Isla Marajó en la desembocadura del Amazonas. Las civilizaciones del altiplano se de-

ben, pues, exclusivamente, al movimiento occidental,

Naturalmente, el advenimiento de nuevas culturas significa la llegada de nuevas razas y de distintas costumbres; el tipo de nuestras poblaciones sufrió algunas modificaciones a causa de los inmigrantes.

Según el Dr. Herbert Spinden de la Universidad de Harvard, las antiguas culturas que encontramos en Costa Rica y Panamá en donde habitan ahora tribus chibchas: Talamancas, Guamis, etc.; no pertenecen sino a los Chorotegas, los grandes colonizadores centroamericanos que viven actualmente más al norte. ¿Qué significa esto? O que los Chorotegas habitaron antes en toda Costa Rica y Panamá, y que después fueron expulsados por otras tribus más primitivas, como dice Spinden, o, como cree Uhle, que esas tribus primitivas estuvieron siempre allí reprimidas en aquellos tiempos por los colonos Chorotegas, a quienes les obligaron a desalojar el territorio, recobrando ellos su independencia. El caso es exactamente igual en la costa ecuatoriana. Actualmente en el litoral vagan tribus salvajes en donde florecieron antes culturas a veces superiores a las serranas. Los cayapas y los esmeraldeños, casi extinguidos ahora, no presentan ni el rasgo más pequeño de que algún tiempo hubieran podido ser los portadores de las civilizaciones.

Lo que sucedió fué que los extranjeros vinieron y colonizaron la región, más o menos como hacen ahora los ingleses y franceses en las colonias africanas. Lo mismo, en la sierra, en donde

han podido reconocerse civilizaciones originales en forma nada adulterada. Naturalmente el tipo original pasado por otras manos siempre cambia de carácter; así, en la sierra, los inmigrantes se mezclaron con los indígenas, dando por resultado tipos de cultura que, originales al principio y propios del pueblo que los trajo, cambiaron de fisonomía y llegaron a ser indígenas. Este fué el origen de las civilizaciones posteriores que en este sentido podemos considerarlas como genuinamente ecuatorianas.

Entretanto en la costa desaparecieron las civilizaciones importadas de afuera, los indígenas recuperaron el territorio, y continuaron en su vida primitiva. En Cuenca la civilización mayoide conservó el timbre original como en pocas partes de la sierra; la migración debió ser numerosa, por esto aparece que, aún ahora, puede reconocerse antropológicamente este incremento de la población indígena por una raza diferente, prescindiendo de la mitimaitización incaica.

Llama la atención cómo las civilizaciones submayoideas centroamericanas: Chorotegas, etc., invadieron simultáneamente el norte del Perú, tanto por tierra como por mar. En el departamento de Ancachs tenemos el famoso relieve de Chavín que se conserva en el Museo de Lima, y que procede, como indicamos antes, del estilo Protonazca; y la fina alfarería de Recuay, con su téc-

nica y formas ecuatorianas. También en Bolivia no son raras las decoraciones en la cerámica de ese tiempo con motivos submayoides, hasta poco antes de la época de Tiahuanaco. Esto para la sierra.

En la costa, un estilo relacionado íntimamente con los primeros submayoides centroamericanos, bajó, poco a poco, hasta el valle de Chíncha, y produjo el tipo de tres colores de los Chínchas, el cual había sido un verdadero enigma, hasta que pudo explicarse gracias a los descubrimientos de la arqueología ecuatoriana. Igual cosa sucedió con la civilización de los Chimus, que posteriormente erigieron un imperio en la región de Trujillo, el cual fué después poderosísimo rival de los Incas: no sólo se explicó por la arqueología ecuatoriana, sino que esta cultura resultó ser de origen ecuatoriano. Las primeras decoraciones de los Chimus representan aves marinas sentadas, y los tipos submayoides nicaragüenses se relacionan con el arte de los Chimus. Desde Manabí hasta Trujillo se encuentran esos alcatraces sentados en el mar.

Parece que los Cañaris descendieron a esa zona del Perú y establecieron la cultura de los Chimus, después de la expansión de Tiahuanaco, por el siglo X. La toponimia corrobora los datos arqueológicos. La desinencia *ñang*, que en chimu significa *oriente*, se encuentra en nombres del Cañar y el Azuay, como Guasañang, y lo mismo y numerosamente cerca de Lambayeque. Chan-chán es el nombre de la antigua capital de Truji-

llo, y así se llama el río que desemboca en el Chimbo, al sur de Alausí.

La gran cultura de Tiahuanaco, procedente del norte, pero la más sudamericana de todas, después de desarrollarse en el Titicaca allá por el siglo V, se difundió por el Cuzco, Ica, Lima-Lurín, y en el siglo VI se le encuentra ya en Trujillo y en la sierra norte del Perú. En el VII, en Puruhá, el tipo de San Sebastián muestra la influencia de Tiahuanaco con la aparición de los timbales. En este mismo tiempo debió ser cuando se introdujo en el Chimborazo el uso del poncho. Pero la cultura del lago no hizo sino dejar algunas huellas en San Sebastián, que parece procedía del valle del Cauca, y era, por consiguiente, como Tuncahuán, su predecesor, chibcha. Tiahuanaco continúa su influencia en la cultura de Elenpata, la más grande en todas cuantas se sucedieron en Puruhá, la cual comenzó por el siglo IX con sus elementos diversos, con sus reminiscencias mayas y sus caracteres diversificados que le emparentan con Tuncahuán, Santa Lucía y el Carchi, y le hacen aparecer, por otro lado, como una continuación de San Sebastián. La huella de Tiahuanaco se reconoce hasta el país de los Pastos.

Después de Elenpata aparece en Puruhá el período de Huavalac, el de la decadencia estilística, inmediatamente anterior a los Incas. Huavalac principió en el siglo XIV.

En el siglo IX comenzó la decadencia estilística de Tiahuanaco en todo el Perú. Los Chimus de Trujillo desde entonces, parece atravesaron por dos etapas, la segunda de las cuales comenzó en el siglo XIX. Lo mismo pasó en la sección de Lima-Lurín: se sucedieron los dos estilos de los vasos decorados con blanco, negro y rojo.

Por el siglo XI, en los territorios de Ica, Cuzco y Tiahuanaco, se verificó la gran expansión Chincha-Atacameña, mientras en la sierra del norte peruano, en donde antes de Tiahuanaco se presentó el estilo de Recuay, se trabajaba una alfarería decorada con blanco, negro y rojo, al mismo tiempo que en el Cuzco aparecían ya los Incas, y en Tiahuanaco, enseguida de la expansión Chincha-Atacameña, se desarrollaba la cultura Colla-Chullpa. Después veremos cómo los incas tuvieron que luchar con esas poderosas confederaciones de los Chinchas y de los Chimus, y al norte, en el Ecuador, con los Cañaris, los del Reyno de Quito, etc.

LA METALURGIA.—Hemos visto ya como el Dr. Uhle (1) defiende en contra de Rivet que la

(1) Los elementos constitutivos de las civilizaciones sudamericanas.

fabricación de objetos de oro debe tenerse como procedente de Centro América, y no de los Arawacos de la Guayana; y que con toda probabilidad, fueron los Chorotegas los primeros en conocer y difundir esa técnica del oro y la tumbaga.

La civilización mayoide del Azuay, a pesar de haber sido la más adelantada de cuantas florecieron en el Ecuador, no conoció el arte de trabajar los metales, como no supieron de él los pescadores de Ancón, y, en general, las primeras culturas del Pacífico, en el litoral. La civilización arcaica de los de Protapanzaleo I estaba en las mismas condiciones.

Pero, desde hace muchos años, se han hecho en la provincia del Azuay hallazgos de oro y la codicia de los *huaqueros*, ha buscado por todas partes el metal precioso (1). ¿Quiénes fueron los autores de estos entierros? El oro debió comenzar a ser explotado en esa provincia poco tiempo después del período mayoide; así lo prueban los pozos áureos del Cerro de Narrío, correspondientes al período de las Sillas. El oro se traía de los lavaderos del río de Santa Bárbara, a seis leguas de Sigsig y de Maila, en las faldas de la cordillera, al este de Chordeleg, lugar que también se ha hecho célebre por sus ricas sepulturas. Los objetos de oro desenterrados en esta región deben atribuirse unos a la época de Tiahuanaco y otros, en gran parte, al período intermedio entre Tiahua-

(1) Sepulturas ricas en oro de la provincia del Azuay.— Uhe.—Bol. Ac. Nac. H. IV.—108-114.

naco y los Incas, al cual se le ha llamado de *Tacalzapa*, por las sepulturas características descubiertas en este lugar poco distante de Cuenca.

En cuanto a los Incas, no dejaron vestigios de oro en la provincia del *Azuay*.

Generalmente se ha encontrado oro elaborado más frecuentemente en el Ecuador que en el Perú. En algunas sepulturas cerca de *Sigsig* se sacaron hasta cuatro quintales entre objetos de oro y cobre dorado, y en ocasiones se desenterraron escudos macizos de un centímetro de espesor. También en el norte esta clase de hallazgos ha sido frecuente, continuándose en el valle del Cauca, en *Chiriquí* y *Costa Rica*, pero éstos corresponden a los cinco primeros siglos, entre tanto que los de *Sigsig* son posteriores, (1)

Todos estos objetos de oro tienen a veces mezcla de plata o de cobre y casi siempre son trabajados a martillo; los de fundición resultan bastante raros. La decoración se hacía con punzones o pequeños cinceles; pero lo que hasta aquí es enigmático, es el sistema de dorar el cobre por la aplicación al fuego de láminas finísimas de oro, y la descoloración de este metal por un procedimiento artificial que es también para nosotros un verdadero misterio.

El platino que se encuentra en algunos ríos del norte se lo labraba del mismo modo en esa región.

(1) Estado actual de la prehistoria ecuatoriana.—Conferencias del Dr. Uhle.—23 y 24.

En cuanto a la plata, tan conocida en Méjico como en el Perú, y, según la opinión de Rivet y Arsandaux, primero en el Perú que en el Anahuac, opina Jijón que, antes de la venida de los Incas, era completamente desconocida en el Ecuador, (1) pero Uhle cree indudablemente que ya en épocas anteriores se empleaba este metal aunque no con mucha frecuencia. Los protochimus fabricaban en abundancia objetos de plata, y, en El Valle, cerca de Cuenca, encontró Uhle pequeños artefactos de este metal correspondientes a los tiempos de la figura negativa del Carchi (2). En todo caso, en la época de la dominación incaica, se generalizó el uso de objetos de plata.

El plaqué con oro fué conocido en Colombia, Chiriquí, Costa Rica, Méjico y la Costa norte del Perú, pero no en la sierra (1). En el Ecuador se lo encuentra por distintas partes y en diversos tiempos, pero parece que los objetos más antiguos que hasta ahora han podido comprobarse, son los de las Sillas de Narrío.

El plaqué con plata era empleado sólo en la costa del Perú y en Ancachs, en la sierra del norte. En Colombia no se lo conocía; entre nosotros era practicado en algunos tincullpas por los tiempos de Elenpata.

-
- (1) Puruhá—Jijón y Caamaño—loc. cit. 288—291.
Id—Contribución al con. ab. Imbabura 1914—20.
Id—La edad de Bronce en la América del Sur.—Bol. Ac. Nac. H. IV—121.
 - (2) Los elementos constitutivos de las antiguas civilizaciones americanas—10.

El dorado por reducción del metal más atacable por los ácidos, debió conocerse en el Ecuador en tiempo de las Sillas de Narrío; de esta manera están hechos algunos objetos que se llaman de oro o de plata y que los encontró Uhle. Este procedimiento era empleado en la época de Tiahuanaco. El dorado del cobre por este método se conocía también en Colombia y Chiriquí; en la costa del Perú se plateaban objetos de la misma materia.

En el período de Sillas de Barro de Narrío, se empleaban simultáneamente el oro, la plata y el cobre que se lo doraba. Rara vez se encuentra el repujado, pero es frecuente una filigrana primitiva y el intercalado en las narigueras, zarcillos, figuritas de pájaros que ornamentaban el extremo de cetros y bastones, patenas, cintas, etc. A más de dorar el cobre se empleaba el procedimiento de la coloración artificial de las aleaciones auríferas. En Tuncahuán se trabajaba el cobre y, seguramente, al mismo tiempo, en el Carchi, el oro y el cobre dorado.

El arte metalúrgico de los Pueblos del sur es siempre rústico comparado con el de Narrío.

El cobre no fué muy conocido en el Ecuador antes del siglo IV, pero, desde entonces su uso se hizo muy común a algunos períodos. Las hachas de diferentes formas y tipos, patenas, cascabeles, armas, etc., eran los objetos fabricados con este

metal. En un montículo de Imbabura de la época de Protobanzaleo II, es decir el siglo II, se encontró sin embargo un cincel de cobre (1). Parece, pues, que, mientras la cultura mayoide del Azuay desconocía ese metal, los del norte comenzaban ya a usarlo en el primer período imbabureño de las tolas de pozos.

En el Perú, la cultura de Protonazca no conoció el cobre, pero los Protochimus lo empleaban para fines ornamentales y útiles y ellos debieron ser los que propagaron el uso de este metal.

Los tincullpas son unas placas de cobre más o menos circulares y cóncavas, con una cara saliente, convencional, repujada en el centro, con dos pequeños agujeros de suspensión en la parte superior de la imagen y otros dos en la boca de ésta; servían de sonajas y pectorales. La cabeza que representan es felina. Se encuentran en gran parte del territorio ecuatoriano y parece que, por su estilo, son originales de la costa de Manabí, de donde, por el Guailabamba, se los traía como objetos de comercio. Los tincullpas del Cañar son de estilo independiente del de la costa.

Parece demostrado que el bronce no se conoció antes de la conquista de los incas, porque los

(1) Los elem. constitutivos de las civ. sudamericanas.— Uhle—9.

objetos encontrados de este metal, corresponden todos al estilo incaico. En cuanto al cobre, es probable no era traído ni del sur ni del norte, fuera del territorio ecuatoriano, y que su lugar de dispersión eran las provincias del Azuay, Cañar, Guayas y Chimborazo. Es de notarse que el cobre ha predominado desde el norte del Perú hacia el septentrión y, desde esa misma zona, hacia el sur, el bronce. ¿Cómo conocieron estos pueblos meridionales la aleación que trajeron los Incas hacia el norte? He aquí un problema. (1).

El período de Tuncahuán y el de las Sillas de Barro, como el de Protochimu, pertenecen a la edad del cobre; pero en Méjico, en Chiriquí, en el Perú, se conocía desde mucho antes el bronce, mientras que en el Ecuador no se tuvo noticia de él sino con la venida de los Incas. (2).

Es probable que el bronce haya nacido en Bolivia, en donde las minas de estaño son abundantes, y que, de allí se haya divulgado por el resto del continente sudamericano.

No tenemos pruebas, pero si indicios, de que la cultura de Tiahuanaco conoció el bronce; quizá la invención de esta liga metálica data de ese mismo tiempo, y sucedió a una época en que sólo se trabajaba el cobre en las alturas de Bolivia. En cuanto a los objetos de bronce del Paraná-Guazú

(1) Los Tincullpas y notas acerca de la Metalurgia de los aborígenes del Ecuador—Jijón—Bol. Ac. Nac. H. I—4—40.

(2) La edad de Bronce en la América del Sur.—Jijón y Caamaño.—119—126.

son relativamente modernos, siendo los de la Argentina anteriores a la conquista incaica debidos a la influencia Chincha-Atacameña.

Esta cultura de los Chincha-Atacameños, que nos ha sido revelada por Uhle en sus estudios sobre Tacna y Arica, que invadió los territorios de Tiahuanaco, y sirvió de base a la civilización de los Incas, conoció el bronce antes que los del Cuzco, y trabajaba muchos objetos de metal.

Debemos, pues, concluir, que la cultura Colla-Chullpa, anterior a la expansión Incaica, recibió el conocimiento del bronce de la civilización Chincha-Atacameña, y que fué en los tiempos de Tiahuanaco cuando, probablemente, comenzó a difundirse la técnica de la aleación del cobre con el estaño.

MOSAICO DE LOS PREINCAICOS

LOS PASTOS.—Habitaban el territorio comprendido entre el Chota y Pasto, o sea, la actual provincia del Carchi, rebasando los linderos del norte. Al oeste estaban en contacto con los Barbacoas del río Mira y del Alto Patía, y por el oriente, con los pueblos amazónicos del alto Aguarico llamados de Cofanes y también con los Quillacingas que vivían al este de Pasto, lugar en donde residía el cacique o jefe del pueblo pastense. (1).

(1) Ethnographie Ancienne de l'Equateur—Rivet et Verneau—11—14.

Estos indios del norte eran agricultores, cultivaban preferentemente el maíz y la cebada, y apacentaban en los páramos sus rebaños. Por los bohíos de Cuasmal, y por otras habitaciones posteriores, se puede creer que vivían varias familias en una misma casa colmena, y que su organización social era la de pequeños clanes.

Los Pastos no deben ser confundidos con los Quillacingas, que eran Chibchas (1); sus lenguas eran diferentes (2); los Quillacingas eran antropófagos y belicosos, en tanto que los Pastos no lo eran, al contrario, su natural pacífico les inclinaba al ocio y a la tranquilidad en el temperamento frío de sus comarcas; como consecuencia, sus armas fueron muy primitivas: hachas de piedra, paños en forma de cayados y, alguna vez, lanzas.

La lengua de los Pastos que se decía era muy distinta de la de los de Quito, difícil de aprenderse, y que se hablaba todavía medio siglo después de la conquista, fué de la familia Tucano, un dialecto del Encabellado. La final *quer* es frecuente en los topónimos de esa región: *Cuaiquer*, el afluente del Mira; *Tulcanquer*, el nombre antiguo de Tulcán; *Yahuanquer*, población del Carchi; *Túqueres* que está en Colombia, etc. *Quero* en Tucano

(1) González Suárez en su estudio sobre los Aborígenes de Imbabura y el Carchi, llamó Quillacingas a los indios de esta provincia.

(2) Según Buchwald, a los Sebondoyes se los debe considerar como Quillacingas y su idioma como uno de los dialectos de estos indios. Quizá los Mocoas y Sebondoyes son dos tribus de una misma nación que por el oeste eran vecinos de los Barbacoas.—Bol. Soc. E. H. 9—205.

significa pueblo. Otra final conocida principalmente alrededor de Pasto es *les: Iles, Pupiales, e Ipiiales* están al sur de Colombia; *Chiles* es el volcán de la frontera.

La familia lingüística Tucano comprende numerosas tribus desparramadas en un inmenso territorio de las selvas orientales. (I)

Las Pastos tenían la costumbre de mascar la coca que traían del valle de Pimampiro; fué ésta una costumbre de todas las tribus ecuatorianas que tenía que ver con ciertas supersticiones, pero después los misioneros la fueron desterrando poco a poco.

Por las numerosas excavaciones que se han practicado en la provincia del Carchi, se pueden conocer las costumbres funerarias de este pueblo. Los muertos eran enterrados en unas sepulturas de pozos que generalmente tenían una galería lateral (2) a 2, 4, 5 metros de profundidad, y aún más, y en la que descansaban acompañados de algunos objetos que componen el ajuar funerario. En los pozos de Huaca y el Angel se ha encontrado a los difuntos en cuclillas, alguna vez extendidos, y generalmente con víveres, un poco de chicha, utensillos de cocina, armas, etc., al rededor. Las tumbas eran abiertas en la casa misma del muerto, en todo el centro, o a cada lado de la puerta; los so-

(1) Jijón y Caamaño.—Contribución al conocimiento de las lenguas indígenas que se hablaron en el Ecuador interandino y occidental con anterioridad a la conquista española. Ed. esp. 2-4.

(2) Rivet et Verneau—op. cit. 115.

brevivientes abandonaban la morada inmediatamente después del sepelio.

Los Pastos, como los Quillacingas y tantas tribus ecuatorianas, enterraban con los jefes o personajes principales a algunas mujeres y domésticos del difunto; porque ellos debieron creer en la supervivencia de las almas, o mejor, de los muertos, y en otra vida en que había necesidad de alimentos y útiles para los menesteres, y de concubinas y sirvientes, pero sus nociones religiosas no llegaron ni al totemismo; no tuvieron ídolos, sólo creían en la virtud sobrehumana de los brujos.

Volviendo a las sepulturas de pozos, se las encuentra en todo el valle interandino desde el norte hasta Loja; las usaban también los Mantas y los Huancavilcas de la costa. Los Quimbayas del río Cauca de Colombia, los Chibchas de Bogotá, las tribus del Sinú, en Colombia, la civilización Nazca del primer período, la última civilización costeña en el valle de Chincha, y aún los de Ancón y del valle de Lima tenían igual sistema de sepulturas.

Según Velasco, el reino de los Caras iba hasta Huaca y San Gabriel. Después los Pastos se sometieron a los Incas, pero fueron pocos años los que tuvieron que sufrir esa dominación.

La raza de los Pastos no pertenece a la de los Cayapa-Colorados, al gran grupo Chibcha, sino que es de origen amazónico; pero las culturas del Carchi anteriores al siglo VI, en que aparecen tipos de Cerro Montoso, del Cauca, de Nicaragua, y de la cultura maya contemporánea de los Protochimus, significaban un cierto mestizaje, en pe-

queñas proporciones, de la raza aborigen con la de los colonos centroamericanos y colombianos.

La cerámica de los Carchis ha sido siempre más perfecta que la de los imbaburas; los antiguos habitantes del Chota mezclaban arena muy fina con el barro y, si hemos de creer a González Suárez, no se servían para nada del torno, ni lo conocían.

En algunas sepulturas de El Angel se encontraron cuentas o granos artificiales trabajados con una masa arcillosa en diversos tamaños y colores. Estas eran las monedas de los indígenas, las cuales, como a otros habitantes del oriente con quienes parece estuvieron siempre en relaciones, les servían para facilitar el comercio, aunque la moneda fué prerrogativa de los régulos y curacas y no de todo el pueblo.

González Suárez ha visto semejanzas entre los habitantes del Carchi y los Quimbayas de Antioquia en Colombia (1). Jijón anota los caracteres étnicos de los Pastos diciendo que eran hiperbraquicéfalos, hipocicéfalos, mesorrinos. hipsiconquios.

**LOS INDIOS DE IMBABURA—CARAN-
QUIS Y CAYAPA—COLORADOS.**—El Guayllabamba ha mantenido en comunicación la pro-

(1) Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi 63 72; 84; 87.

vincia de Imbabura con la de Esmeraldas, y la mayor parte de las inmigraciones que han llegado al norte de nuestras costas han visitado el territorio comprendido entre Quito y el lado sur del Chota. En la toponimia imbabureña se encuentran nombres esmeraldeños.

En el tiempo de la conquista incaica los Caranquis o Imbabureños hablaban una lengua del grupo Barbacoa, muy parecida al Colorado. Las lenguas barbacoas conocidas son tres: el Caiquer, el Cayapa y el Colorado; los Caiqueres habitan la hoya superior del Patía y del Mira, en el sur de la costa colombiana; los Cayapas viven en las orillas del Cayapas y de sus tributarios, en la provincia de Esmeraldas, y conservan relaciones con los de la Tola y los de Imbabura: han vivido siempre en estado de salvajismo; y los Colorados de Santo Domingo y San Miguel de los Colorados, al oeste de la provincia de Pichincha, que han solido ir continuamente a Quevedo y bajar por el Daule hasta Balzar y Guayaquil, viven también como salvajes conservando ciertas costumbres tradicionales, como la de deformarse el cráneo achatándolo, la de pintarse el cuerpo de rojo, y los dientes de negro, la de perforarse la ternilla de la nariz para adornarse con narigueras, la de enterrar a sus muertos en el centro de la casa que queda abandonada inmediatamente.

El Cayapa y el Colorado tienen una extraordinaria semejanza con la lengua de los Talamancas hablada en Costa Rica, y representan con el

Dorasco, el Guaymi y el Cuna, la forma más primitiva de las lenguas Chibchas. (1).

Como anticipamos ya, al hablar de ProtoPan-zaleo I, Jijón juzgaba había sido una inmigración chibcha relacionada probablemente con la expansión del Cayapa—Colorado, y que Uhle cree es mas bien una cultura chorotega; estos dos idiomas, o mejor, lenguas de la familia Barbacoa, se hablaron en tiempos muy antiguos en todo el cañón interandino y en la costa ecuatoriana. La invasión de los Barbacoas no fué una sólo, sino que, en diversas épocas fueron ellos descendiendo al sur del territorio ecuatoriano: el grupo que vino a Imbabura no trajo una cultura autóctona sino importada de otro pueblo.

Los Cayapa—Colorados aprendieron de los Atacameños de Esmeraldas a construir los montículos artificiales llamados tolas, y parece que su llegada a Imbabura con estas usanzas, era relativamente moderna, en tiempo de la conquista incaica.

En el territorio del Puruhá existen topónimos que corresponden a la lengua que hablaban los Caranquis en la época de la conquista incaica; de lo que se puede deducir que los Barbacoas eran inmigrantes modernos en Imbabura, en donde introdujeron un arte nuevo; Jijón cree que las Tolas datan de un período posterior a Elenpata. (2).

(1) Jijón—Contrib. al con. de las lenguas... 4—38; 31.

(2) Puruhá—VII—188.

Los Quichuas debieron encontrar mezclados elementos esmeraldeños con otros que se podían llamar propiamente imbabureños; en el país de los Caranquis. Durante la dominación quichua y después, en los primeros años de la conquista, todavía se construían tolas en la provincia de Imbabura.

Las huellas de la expansión de los Cayapa—Colorados se puede notar en toda la costa, desde el Patía hasta el desierto de Túrbuz. En el callejón interandino se establecieron estas gentes en el sur de Colombia y norte de la provincia del Carchi, en toda la provincia de Imbabura y nordeste de la de Pichincha, en la hoya del Pastaza y sus afluentes, en la región de Angamarca, en el valle de Zamora, en el del Quinchi y en el del Macará.

La final *pi* o *bi*, cuya dispersión en la toponimia ecuatoriana llamó la atención a Wolf, da la idea de río o de agua en Cayapa—Colorado, reconociéndosela en los sistemas fluviales del Guayas, del Patía, del Guayllabamba y Esmemaldas, y por último en la hoya del Pastaza: *Alambi*, tributario del Guayllabamba; *Yambi*, afluente del Blanco; *Pucalpi*, río en la región de Santo Domingo de los Colorados; *Isinlibí*, caserío cerca de Sigchos; *Illinchisi*, cerca de San Felipe de Latacunga; *Cubi*, río que desemboca en la ensenada de Atacames; *Guambi*, afluente del Guayllabamba, etc., etc. La partícula *pi* sirve también de prepóstica, otras veces de prepóstica y final: *Pifo*, *Pintag*, *Pilaló*, *Piña*, *Pinantura*, *Pichincha*, *Piura*, *Pillaro*, *Pilahuín*, *Penipe*, etc. La final *biro* o *piro*, que significa

laguna, es Colorada: *Pimampiro*, laguna grande; *Tumbabiro*, laguna de los patos; ambas poblaciones son de la provincia de Imbabura.

La final *qui* es muy frecuente: *Caranqui*, *Urcuquí*, *Yaruquí*, *Unguí*, *Sangolquí*, *Pomasqui*, etc.; o *que*, que es lo mismo: *Alaques*, *Caragues*, *Palenque*. La final *ango* es común de muchos apellidos de Imbabura y de algunos lugares en la misma provincia, en León y Manabí, Tumbes y Loja. Apellidos: *Cabascango*, *Apoango*, *Ango*, apellido del Cacique de Otavalo, *Cuchuango*, del de Cotacachi, *Gualiapango*, del de Licta; lugares: *Cusiguango*, *Chiguango*, *Cachiguango*, *Culaguango*, y otros.

Final *buru*; *Caraburo*, *Imbabura*, *Mindaburu*; *uela*: *Colimbuela*, *Puela*, *Carpuela*; base *pue*: *Puela*, *Puemo*, *Puéllaro*; base *qui*: *Quito*, *Quitumba*, *Quinindé*, *Quilotoa*, *Quilindaña*, *Quilualó*, *Quinche*, etc.; final *chi*: *Carchi*, *Cotacachi*, *Machachi*, *Salachi*, *Isinchi*, *Cutuchi*, *Illuchi*, *Nacsichi*, *Quinche*, *Toachi*, *Guachi*, *Yaguachi*. Luego las finales *ara*: *Quinara*; *chib* o *chip*: *Chibunga*, *Chinchipe*; *apan*: *Guapante*; *gua*: *Zumbagua*, *Pangua*; *igua*: *Lligua*; *oya*: *oyo*: *Babahoyo*, *Saloya*; *mba*: *Izamba*; *la*: *Chula*; las bases *chig*, *chin*, *chil*, *chill*: *Chinchipe*, *Chiles*, *Chillanes*, *Guaya*, *Guayaquil*, *Guayas*; *puca*, *timbal*, *sa*, *su*.

Es lástima no tengamos todavía un Diccionario Toponímico y patronímico indígena. El Ensayo Provisional de las Lenguas habladas en el Ecuador interandino occidental antes de la conquista española, completado con los últimos capítulos de Puruhá, es casi lo único y de mucho mérito y

valor, que se ha escrito en esta materia de tanta laboriosidad. (1)

Los Cayapa-Colorados fueron llegando a las regiones ecuatorianas de la costa y de la sierra en diversas épocas, de suerte que no impusieron en el país una cultura uniforme, sino que los diversos grupos fueron desarrollándose aisladamente, evolucionando, padeciendo diversas influencias en su arte y cultura primitivos, hasta que, en muchos lugares, se dejaron absorber completamente por nuevos invasores que los colonizaron e impusieron sus usos y costumbres.

En el litoral se desarrolló una cultura mayor, especialmente en las secciones ribereñas; en la hoya del Pastaza y sus afluentes, se dejaron absorber por los Tacungas y Puruháes; en la provincia de Loja no pudieron desarrollarse, por las colonias extranjeras que llegaron del occidente a las vecindades, y por las invasiones de los jíbaros del oriente.

Como se verá en seguida, el grupo panzaleo es chibcha como el barbaoca. De este modo, desde la frontera de Costa Rica y Nicaragua, hasta el desierto de Tumbes y Marañón, y, desde el Océano Pacífico hasta las pendientes orientales de los Andes, si se exceptúan los Chocoes y Pastos en el occidente de Colombia y norte del Ecuador, y los Puruháes y Cañaris, en nuestro territorio, se habló una misma lengua, la Chibcha, en la diver-

(1) Consúltese, además, la interesantísima Monografía general del Cantón Píllaro por el Presbítero José María Coba Robalino (1929).

sidad de sus dialectos. Además en la región oriental, los Betoymas del Casanare, hablaban un dialecto chibcha.

La gran familia lingüística chibcha se divide en dos grupos: el Dorasco-Guaymi y el Talamanca-Barbacoa (1). El primero se hablaba en el norte de Panamá y sur de Costa Rica; el segundo era el de los Guatusos, Cunas, Bruncas, Cabecares, Tirribis, Terrabas, Bribis y Güetaros de Costa Rica y sur de Panamá. Y, cosa curiosa, teniendo muchas afinidades el Talamanco con el Barbacoa, encontramos que estas dos lenguas se hablaban en los dos extremos de la expansión Chibcha. Esto sólo se explica por la vecindad en que debieron vivir un tiempo, los Cayapa-Colorados y los Talamancas.

Con esta afinidad lingüística de los Cayapa-Colorados del sur y los indios de Centro América meridional, coinciden la unidad del arte cerámico y otros puntos de contacto entre la cultura de los Imbabureños y los pueblos de Panamá, Costa Rica y Nicaragua.

Así, pues, se tiene ahora como una verdad firmemente establecida, que los Cayapa-Colorados, hace muchos años, se separaron los Talamancas,

(1) Nueva contrib. al con. abor. de Imbabura—Jijón—161 y sig.

sus próximos parientes, y emigraron hacia el sur, llevando consigo a las costas occidentales del Pacífico, hasta el sur del Ecuador, los adelantos de la cultura arcaica mejicana. Lo mismo hicieron los chorotegas de Protopanzaleo I, sólo que ellos se vinieron directamente al Ecuador.

Jijón y Caamaño compara la misión de los Cayapa-Colorados en el occidente con la de los arawacos en el oriente. En efecto, estos indios, que en las Antillas fueron llamados Taínos y que habitaron con los Caribes esas islas y el noreste de la América meridional, en donde parece debe colocarse el centro de su difusión, llegaron a ocupar una inmensa porción de América del sur en las regiones orientales, pero de manera disgregada. En la Guayana trabajaban el oro; habitaron así mismo la isla Marajó, y, por el Amazonas, el Orinoco, el Meta y el Casanare, en tribus aisladas, ocuparon principalmente el oeste del Brasil y el oriente del Ecuador, Perú y Colombia. Algunas parcialidades descendieron hasta el Paraná. Entretanto, por el norte, la expansión se había ido más allá de las Antillas, alcanzando la Florida y el Sureste de Norte América.

¿Qué relación hay entre la expansión arawaca y la chibcha por el noreste y Centro de la América del Sur? Jijón dice que el sello centroamericano de los Arawacos puede talvez explicarse por el contacto con los Chibchas de la costa atlántica de Colombia (1). Pero, según Uhle, los Chibchas llega-

(1) Nueva contribución. 164-168.

ron hasta la Marajó, penetraron en el oriente, por el mismo camino que acabamos de indicar para la expansión arawaca, hasta Mojos y nuestro Napo, y por el norte alcanzaron probablemente a las Antillas. ¿Habrán sido los Arawacos los portadores del estilo Chibcha o se trata de dos expansiones distintas? Seguramente lo segundo. La expansión chibcha oriental se verificó en el período postiahuanaco, más o menos en el siglo X, entre tanto que los Arawacos debieron descender al oriente en tiempos más remotos.

Al hablar de las culturas de la costa vimos cómo las tolas, pirámides de adobes, y construcciones semejantes, eran derivaciones de los modelos arquitectónicos mayas y que las tolas de Esmeraldas eran muy parecidas a las de Nicaragua, debiendo haber sido introducido su uso en nuestras costas por los Chorotegas.

Las tolas son hacinamientos de tierra de forma muy variada, circulares, piramidales, etc., unas con coronamientos de piedra, ótras con una terraza llana o con una particularidad. En el Ecuador es inmensa el área en que están dispersos estos montículos; en la sierra se los encuentra exclusivamente en el norte, en la Zona de Imbabura, desde el Chota hasta el Guayllabamba y el Antisana; el límite oriental es difícil de señalarse pero parece no va más allá de Pimampiro. En la ribera meridional del Guayllabamba, en Pomasqui,

Quito, Chillo, Cumbayá, no se encuentran tolas. En el Quinche son numerosas; en el valle de Tumabaco, escasas. En la costa las tolas son más abundantes que en la sierra: Saville, Buchwald, han excavado muchas de ellas; así ha podido fijarse la extensión en que están dispersas entre el río Santiago, en la provincia de Esmeraldas y el Jubones en el Oro. (1)

Las tolas se levantaban por muchos obreros que se reunían para ello sin ser pagados, pero con la obligación mutua de ayudarse en parecidas circunstancias. La *minga* de indios debió celebrar su fiesta con motivo de la erección de una tola, al rededor de la cual se habrán organizado bailes y regocijos, como sucede todavía entre los indios nuestros, cuando levantan una casa.

¿Qué fin tenían estos montecitos artificiales? Unos servían de adoratorios, otros de terrazas sobre las cuales se erigían las viviendas, algunos de fortalezas o de lugares consagrados por ciertos ritos o ceremonias, como banquetes, etc., y los más de sepulturas. Unas tolas tienen pozos en el

(1) González Suárez—Los aborígenes de Imbabura y del Carchi; 11 y 72 y sig.

Contribución al con. de los abor. de Imbabura—Jijón—293-301.

Nueva contribución. id 130.

El P. Le Gouhir dice le han asegurado que en el occidente de la provincia de Tungurahua han podido reconocerse montículos artificiales, y afirma, así mismo, que le parece probable que, en la zona del norte de Quito, ha debido haber tolas, las cuales debieron ser destruidas por los huaqueros.—Revista del Centro de Estudios Históricos y Geográficos de Cuenca—Entr. 9a.—Tesis de Prehistoria Ecuatoriana—442.

centro y en el fondo yace el cadáver; otras son verdaderas terrazas.

La cronología de las sepulturas imbabureñas indica la sucesión de las culturas en esa provincia. Pueden distinguirse tres períodos: el primero, el de los vasos pintados, en el que debieron usarse las tolas con pozos; el segundo, el de los sepulcros en pozos como los que estudiamos en el Carchi, y el tercero, de las habitaciones y sepulturas en montículos artificiales.

El período de las sepulturas en pozos, como acostumbraban los del Carchi, corresponde a los tiempos de Protopanzaleo II y de la cultura mayoide del Azuay. No olvidemos que la segunda cultura del Carchi produjo el tipo de Santa Lucía, y que la tercera se extendió hasta Ibarra, según pudo comprobarse por las excavaciones de Urcuquí, y que la cuarta mayoide llegó también hasta esa ciudad.

Según todo esto, antes del siglo V, estaban en boga las sepulturas con pozos y la población chibcha de Imbabura se impregnaba de la cultura maya que llegaba de Esmeraldas por el Guayllabamba.

Durante muchos años debieron emplearse los pozos sencillos como sepulturas hasta que una inmigración de Esmeraldas introdujo la costumbre de las tolas que permaneció durante el dominio de

los incas hasta los primeros años de la conquista. (1) Es probable que en el período de los pozos, si no se hablaba el Coyapa-Colorado, se hablase algún otro dialecto del Barbacoa; en los primeros siglos de nuestra era, al sur, en el país de los Panzaleos existía una lengua de la misma familia Chibcha, del grupo Paniquita, mientras en el norte se usaban las sepulturas de pozos.

Toda la civilización de Imbabura se farmó por la superposición de elementos culturales procedentes de Nicaragua, Costa Rica y Panamá.

Eran los constructores de tolas hombres de mediana robustez, largos de piernas, de cráneo ancho y achatado, pómulos salientes; y se deformaban la cabeza por presiones artificiales de la frente y del hueso occipital.

Los del período de los pozos eran de estatura mayor que los constructores de tolas, asemejándose más a la raza actual.

Los indios del tiempo inmediatamente anterior a la invasión quichua muestran profundas diferencias étnicas, porque el mestizaje debió ser entonces más acentuado que en ningún otro período.

En el siglo XV, los indígenas de Imbabura se dedicaban al comercio con los del litoral, como lo hacían sus antepasados, y conservaban relaciones

(1) P. Le Gouhir—op. cit. 441.

con los Pastos y con los de Quito; vestían una camisa de mangas de un solo ancho de arriba abajo; su calzado consistía en una especie de alpargatas de suela y ataduras de cuero. Las artes textiles fueron introducidas por los constructores de tolas; los Caranquis hilaban la cabuya y el algodón que cultivaban con esmero, lo mismo que los del Carchi. Había cazadores de oficio que iban por los páramos en busca de venados; pero la principal ocupación de los habitantes era la agricultura: el maíz se sembraba en grandes extensiones. La tierra se labraba con palas de madera o de piedra y es muy probable que se conociesen los métodos primitivos de irrigación.

El oro y el cobre se trabajaron desde la época de las primeras inmigraciones mayoides; el primero se encuentra tanto en las tolas como en las sepulturas de pozos y en las tolas de pozos; el segundo se halla en abundancia en objetos de diversas clases: llegaban a Imbabura los mercaderes de tincullpas y de otros artefactos, y se regresaban con cargas de maíz y otros objetos de comercio.

Los Imbaburas, al contrario de los Pastos, fueron soldados aguerridos: sus armas eran la estólica, el hacha, la honda, la lanza, la macana, el rompecabezas estrellado, y, en los tiempos antiguos, la voleadera, aquella arma temible hecha con dos o tres piedras y tan usada por los indios del Gran Chaco, los de las Pampas, los Araucanos, Quichuas, Aymaraes y otros.

Como en su organización social cada pueblo tenía un jefe, eran frecuentes las rivalidades y guerras entre los caciques; así, los Litas y Caram-

quis, los Otavalos y Cayambis, fueron indios terribles, indomables. Algunos años se pasó el Inca en el norte para someterlos, y muchos de los Imbabureños se remontaron por el oriente, antes que someterse, o molestaron en continuas guerrillas a los ejércitos del Cuzco.

Los caciques formaban alianzas; eran dueños y señores de todo. Sancho de Paz Ponce de León cuenta que los indios no tenían cosa alguna más de lo que el cacique les quería dejar, y que, mujeres, hijos, e hijas, y tierras, todo era del soberano.

Los ayllus cultivaban sus tierras y erigían sus tolas en comunidad, pero, según el testimonio del cronista arriba citado, existía la propiedad particular inmueble que se heredaba de padres a hijos y que al principio había sido asignada por el cacique. Se conocía además el contrato de alquiler de trabajo. Como consecuencia de toda esta organización social, había la desigualdad económica, unos poseían más que otros; los había verdaderos latifundistas que eran la aristocracia del país. El poder del cacique estaba fundado en la extensión de tierras que poseía, era un oligarca autoritario este señor, famoso guerrero además, en quien estaba confiada la suerte de las batallas. El cacique daba de comer a mucha gente, les entretenía con abundancia de bebida y regalo, y, todos por temor, interés o respeto le servían y obedecían. El cacicazgo llegó a ser hereditario; el cacique se casaba con una pariente suya, sin que esto le impidiera tener muchas otras mujeres.

Las casas cacicales eran más grandes que las ordinarias; en el medio tenían una viga para sos-

tener la techumbre. Por lo demás en las viviendas de los indios se gastaba un menaje muy modesto; el hogar con unas cuantas piedras en el centro de la casa, cántaros, otros objetos de barro y las piedras de moler, de los cuales algunos modelos son propios de la región.

Eran los indios de Imbabura enamoradizos y sombríos, altaneros y divertidos; cantaban y bailaban disfrazados con caretas de barro, acompañándose con el monótono tañer de sus instrumentos; al cabo de seis u ocho días de borrachera descansaban para volver a sus labores agrícolas. Sus instrumentos musicales eran flautas, silbatos en forma de caracoles, de testículos, de animales o redondos, trompetas hechas de caracoles marinos, como las que encontramos en Cuenca llamadas quipas, cascabeles, sonajas de cobre, etc.

Los Imbabureños adoraban a los cerros y a las huacas, y hacían sacrificios con chicha, maíz y coca, en diferentes circunstancias, como cuando erigían una tola. Los Caranquis tenían un templo de forma exagonal perfecta; su puerta daba al occidente; los muros eran de piedras muy grandes sin labrarse. Se conserva todavía este edificio formando parte de la iglesia parroquial de Caranqui. (1) Los de Pimampiro eran ofióltras, adoración desconocida por los Incas.

Decían los del lugar que en el valle del Coaque había una culebra con unos ojos muy grandes y una corona como de fraile, y que a veces se apa-

(1) González Suárez—op. cit. 79.

recía tan delgada que tardaba todo un día en pasar. Generalmente el indio que la veía quedaba hipnotizado y moría, pero, si lograba escapar, debía huir al monte, comer un poco de sal y coca y ayunar siete u ocho días hasta que los parientes lo traían medio muerto. (1) Los viciosos de la coca invocaban a la serpiente.

El culto de este reptil estaba muy practicado en el Chincaysuyu; en el Cañar y Manabí, algo menos; en el Cuzco se celebraba un baile ritual con una maroma de lana de cuatro colores que representaba una serpiente.

Los habitantes del período de los pozos enterraban ritualmente a los venados rodeados del ajuar funerario, como si se hubiera tratado de un miembro de la tribu; lo mismo pasaba en Pachacamac con la puma y en Manabí con la danta.

LOS QUITUS.— El P. Velasco escribió en su historia del Reino de Quito: “El primitivo Reino de Quito, considerado en su primera época, se halla situado bajo la línea, desde el un grado de altura septentrional, hasta el otro grado de la meridional, entre los grados 80 y 82 de longitud de París.... Este espacio de país.... fué poblado en su más remota antigüedad por la nación llamada Quito.

(1) Jijón—Nueva Contribución....133.

Se ignora si todas las ramas extendidas en el descrito espacio, eran de un solo origen, o si acaso llegaron a esa extensión conquistando diversas naciones que llegaron a unirse en aquel considerable cuerpo.....

Se ignora quienes y cuantos fueron los Régu-los que por tantos siglos dominaron ese país, a excepción del último llamado Quito, de quien tomó la denominación el Reino. La religión, las leyes y las costumbres de éstos son igualmente ignoradas, si bien debe suponerse que eran bárbaros, rústicos e incultos, como la mayor parte de las naciones que poblaron el Nuevo Mundo. Se hallaba situado este pequeño Reino al centro de más de cincuenta provincias o estados mayores y menores casi todos independientes, los cuales tenían sus Señores particulares que se hacían continuas guerras.

Algunos de estos estados podían reputarse como otros pequeños Reinos iguales o poco menores que el de Quito. Tales eran los cuatro de Imbaya, Latacunga, Puruhá y Cañar. Todo este número de estados llegó a unirse a fines de la 3a época, en sólo un cuerpo, parte por conquistas y parte por confederaciones". Y viene la lista de los 27 estados principales e independientes en medio de los cuales estaba el primitivo Reino de Quito. Los Imbayas eran los Caranquis o Imbaburas.

Este primitivo Reino de Quito que se extendió desde Tulcán hasta Latacunga, en la sierra, es más que probable que no existió como tal. Los Quitus fueron un pueblo chibcha de cuyo idioma nada sabemos: estuvieron tan poco civilizados que

se dejaron absorber completamente por los Incas, aprendiendo muy pronto su idioma; de modo que, en la conquista, la mayor parte de los indios de la provincia de Pichincha hablaba el quichua, sin que recordasen la lengua de sus antepasados. Pero los Quitus, por los datos de la arqueología, porque sus artefactos y cráneos son distintos de los de Imbabura y de los de la zona noreste de Pichincha, y no se encuentran en esta provincia las tolas características de los del norte, formaban un pueblo distinto de los de Imbabura. Los cráneos de los Quitus son mesaticéfalos o dolicocéfalos y no tienen nunca el tipo de los que se encuentran en las tolas, el cual perdura todavía en los indios de Chillo. Aún ahora, entre los indios de Pichincha e Imbabura hay grandes diferencias en el vestido y las costumbres. Por otra parte, tan poco pueden ser asimilados los Quitus a los Panzaleos del sur.

Los Quitus debieron ser al principio un pueblo chibcha, como sus vecinos del norte y del sur. Vivieron aislados, porque en la provincia de Pichincha no hay ningún río de comunicación directa con el mar: el Mira y el Guayllabamba en el norte, y el Chimbo en el sur, cambiaron el tipo de cultura de los del Carchi e Imbabura, de los de Chimborazo, Tungurahua y León. La zona de Quito fué una especie de zona neutra, o, mejor, sometida a la doble influencia de los Imbaburas y de los Panzaleos, Esta razón geográfica explica cómo no se haya presentado en la Provincia de Pichincha una grande cultura o sucesión de culturas. En los tiempos primitivos, en los tiempos de la expansión chibcha, cuando todavía en Cen-

tro América se estaba en el período arcaico, los Quitus vinieron con los Imbaburas y Panzaleos, Cayapa-Colorados los unos y Paniquitas los otros. ¿A cuál de los dos grupos pertenecían los de Pichincha? Es probable que a los primeros, porque el sistema del Esmeraldas o Guayllabamba principia en el San Pedro que nace al suroeste de Quito. La provincia de Pichincha forma una sección geográfica con la de Imbabura y Esmeraldas.

Los primitivos Quitus, chibchas como los Imbaburas y Esmeraldeños, debieron venir por el mismo camino que sus vecinos del norte, y no sería imposible hayan formado una sola provincia con ellos, hasta cuando vinieron las nuevas inmigraciones que cambiaron la faz cultural de los Imbabureños y dejaron rezagados a los Quiteños.

En el siglo II, los Protopanaleo II se extendían desde el Guayllabamba, el límite de las tolas, hacia el sur; pero la cultura Panzaleo, en los tiempos de la conquista incaica, no alcanzaba sino hasta el valle de Machachi.

El P. Velasco dice después, en la Tabla Cronológica de los Reyes de Quito: "Omito enteramente los Reyes de la primera época de antigüedad, por ignorarse cuando comenzaron, cuantos fueron, y cómo se llamaron, sino es el último Quito, el cual murió hacia los años de 980 de la era cristiana", Entonces vino de la costa la invasión cara y la segunda época del reino de Quito.

La palabra *Quitú* es de origen chibcha. *Quitú*, *Quitumbe*, *Quitumbita*, son topónimos que se encuentran también en Imbabura, y los nombres de varios caciques de la misma región del norte:

Quicumbe, Quingo, Quillumbaquin, Quinango, Quingalagua, Quispe, etc., tienen la misma raíz que de Quito. Además, como hemos visto al hablar de la extensión del Cayapa-Colorado, nombres como *Tumbaco, Cumbaya, Lumbisi, Pungasí*, etc., que están cerca de Quito, son del mismo origen que tantos otros nombres de Imbabura. (1) Ahora, que *Quito* no haya sido sólo topónimo, sino verdadero nombre de persona, no es difícil; muchos topónimos tienen ese mismo origen. Habrá habido algún cacique o familia de caciques que se llamaban *Quitus*, y después la región se llamó el país de los *Quitus*. Pero que haya habido un reino en Tulcán, Imbabura, Pichincha y parte de León, con sucesión de reyes, no cabe admitir. En donde hay reyes, en donde hay un reino que abarca cuatro grandes provincias, debe haber siquiera una regular organización, y una cultura uniforme que deje huellas para el arqueólogo, y que haya estado en cierto nivel superior para suponer que el pueblo aquel había pasado ya de la etapa de los clanes a la de los ensayos monárquicos. Pero el mismo P. Velasco escribe que debe suponerse que los *Quitus* eran rústicos, bárbaros e incultos, y la arqueología no dice otra cosa.

El tal primitivo reino de Quito no existió, ni hubo tal sucesión de reyes; pero el P. Velasco no era inventor, sino bastante sencillo y dió el nombre de reino a una unidad de raza o de pueblos que

(1) Consúltese el Reino de Quito, por Max Uhle. Bol. Ac. Nac. H.—10.

se extendía en la parte norte del cañón interandino. Quizá recogió la tradición como él nos la cuenta, en ese caso debió haber algún cacique de nombre Quito, que se hizo famoso por estas regiones y cuya fama había pasado los límites del valle del Pichincha. Después hay que figurarse la evolución de la tradición en la mente de los indios que no sabían la escritura. Adelante continuaremos tratando del reino de Quito.

LOS PANZALEOS O TACUNGAS.—Nunca se debe perder de vista que son cosas enteramente diferentes la cultura, la raza y la lengua: en una misma raza se pueden desarrollar algunas culturas, variadas influencias, y haber cambios de idiomas y de costumbres; una misma lengua puede extenderse sobre diversas razas y pueblos de distintas costumbres; un estilo, una costumbre puede ser propia simultáneamente de varias razas; una misma raza puede disgregarse o dividirse en diferentes culturas y lenguas. En nuestra prehistoria se deben tener muy en cuenta estas diferencias. Por las huellas que ha dejado el idioma en la geografía, hemos concluído que los Barbacoas ocuparon en tiempos muy remotos la sierra y la costa ecuatorianas, y hemos considerado a ese grupo chibcha como el substratum étnico de la parte interandina y del litoral de la república; por la arqueología sabemos de las diversas culturas centroamericanas, mayoides o submayoides, que colonizaron nuestro

suelo y enseñaron nuevos procedimientos a la gente chibcha; por el análisis de los cráneos y restos humanos, se puede notar la diferencia de razas, el mestizaje de los indios: así en Imbabura, los habitantes del tiempo de los pozos son diferentes de los inmigrantes posteriores del tiempo de las tolas; y en medio de todo, cuán variados los lazos de parentesco estilístico entre las diversas culturas ecuatorianas y peruanas y colombianas y centroamericanas, sin que por esto las civilizaciones del Ecuador dejen de tener sus caracteres propios.

Al tratarse de la provincia de León, desgraciadamente contamos con escasos documentos arqueológicos: esta es una zona del cañón interandino menos estudiada. Lo que sabemos del pueblo que habitaba el valle comprendido entre el Ticpuullo y Sanancajas es muy poco, y lo debemos a las relaciones accidentales de los cronistas, y a los pocos topónimos que han sido estudiados.

Casi la misma observación que hicimos para los Quitus, cabe hacer para los Panzaleos del norte; estaban en un territorio neutro; no pudieron llegar nunca al grado de progreso de los de Puruhá más cercanos a la Costa por el Chimbo, ni al de los Imbaburas del Guayllabamba.

Los Panzaleos fueron pronto absorbidos por los Incas: mientras Huaina-Cápac guerreaba en el norte para someter a los Caranquis, ellos veían sus tierras continuamente cruzadas por las tropas del Cuzco; a los Hambatos y Tacungas les obligaron, como a los demás indígenas, a aprender la lengua quichua, y así, cuando aparecieron los españoles se

hablaba poco el dialecto paniquita de los Panzaleos.

Los indios pobladores de la provincia de León y Tungurahua, fueron muy numerosos. La cultura primitiva de Protopanzaleo I se desarrolló en Tungurahua y León, pero la de Protopanzaleo II alcanzó desde el Guayllabamba hasta el Azuay. Luego apareció en el Chimborazo una cultura aparte, la de Puruhá, en la época de Tiahuanaco. Ya indicamos cómo el Dr. Uhle cree que Tuncahuán es también una cultura de Latacunga y sus alrededores que después pasó a Riobamba. El caso es que los Panzaleos, cuando la conquista española y seguramente desde mucho antes, ocupaban el valle de Machachi y toda la provincia de León y Tungurahua hasta Sanancajas. Sus principales centros de población y de agrupaciones tribales eran: Latacunga, Mulahaló, Mollambato, Hambato, Sigchos, Tigualó, Panzaleo, Mocha y Píllaro.

La cerámica de los Panzaleos es muy rudimentaria y semejante a la de los Quitus, sólo que nos presenta como la de éstos influencias imbabureñas. La lanza, la estólica, la honda, servían de armas a estos indios que eran de natural menos levantiscos que los Imbaburas o los Puruháes. Los caciques tenían el derecho de casarse con muchas mujeres, pero una sola era tenida como la esposa legítima, cuyo primogénito heredaba el cacicazgo. Cuando moría un jefe se lo enterraba en

el suelo vestido con su mejor indumentaria, sus alhajas, armas, copiosas provisiones y acompañado de alguna de sus mujeres. Le lloraban mucho tiempo sus deudos y servidumbre y los parientes de las concubinas que no habían sido sacrificadas, y se rasuraban la cabeza en señal de duelo.

De su religión nada se sabe; porque la adoración al sol de que habla Cieza, fué introducida por los mitimaes quichuas. Entre los Latacungas se encontró por primera vez la tradición del hombre blanco: los indios de la llanura de Callo adornaban con flores, en signo de adoración, una piedra en que había dejado la huella del pie desnudo el misterioso visitante; a una media legua de Hambato se veneraba otra piedra con huellas humanas. (1)

Los indios de Píllaro y Hambato se decían descendientes de la montaña de Llanganate en donde, según la leyenda, hubo ingentes tesoros áureos. Es lástima no hayan podido llegar hasta nosotros las tradiciones y mitos de estos indígenas los cuales las referían cantando y bailando en círculo en las bacanales. ¡Cómo habrán sido las historias de esas tribus, y la música de sus canciones y el rituario de sus ceremonias sociales de las que alguna vez se puede sorprender un rastro entre los indios de las cordilleras!

Los caciques de los pueblos panzaleos eran emparentados entre sí. En el tiempo de la conquista había los Hacho de Latacunga y los Ati

(1) Jiménez de la Espada—V. Rivet et Verneau—op. cit. 23.

de Píllaro. (1) Los Hacho eran emparentados con los de Quijos; los Atis, originarios de Tigualó (Salcedo, antes San Miguel), eran régulos poderosos que andaban llevados en andas por sus vasallos. Parece por estos datos que los Panzaleos tenían sus colonias en la región oriental, y es muy explicable, porque, por la garganta de la cordillera por donde corre el Pastaza hacia el Marañón, es muy fácil el tránsito a las regiones orientales, lo mismo por los páramos del este de Latacunga, no es difícil trasmontar a las selvas del Napo.

El idioma de los Panzaleos parece era muy parecido al de los Paeces del Cauca, los cuales hablaban una lengua de los grupos en que se dividen las lenguas chibchas. Los pueblos Paniquitas rodeaban el territorio de los Chibchas de Bogotá. Sus lenguas tienen mayor semejanza con las conucas y guaymis que con las barbacoas. Los Panzaleos son los únicos paniquitas en el Ecuador; debieron venir enseguida de la gran inmigración barbacoa o cayapa-colorada. Sus hermanos, los Paeces, se quedaron en Colombia en los tiempos de la gran expansión chibcha que salió de Centro América y del noreste de Colombia; los Panzaleos vinieron por el mar independientemente de los Cayapa-Colorados, y entraron por el Naranjal y el Chimbo, o por Pilaló

(1) González Suarez—Notas Arqueológicas 42; 122—cit. Jijón. Contribución Lenguas 30.

y Quevedo, navegando por el Vinces, a las Provincias de León y Tungurahua.

La final *lo* es la más característica en la toponimia panzaleo: *Ilaló*, monte de la provincia de Pichincha; *Poaló*, *Tilipulo*, *Tagualó*, *Tanialó*, *Tigualó*, *Pilaló*, *Quilualó*, *Mulaló*, en la provincia de León; *Pataló*, *Cotaló*, *Guambaló*, en la de Tungurahua; *Guangcpolo*, al pie del *Ilaló*. Las finales *lagua* y *oa*, son frecuentes: *Tangalagua*, *Sincholagua*, *Gualilagua*, *Tunguragua*; *Pasochoa*, *Quilotoa*, *Patoa*, *Lloa*, *Aloag*. Finales *tagua*, *cazo* e *ica*: *Cuzatagua*, *Atacazo*, *Toacazo*, *Gatazo*; *Pachanlica*, *Miñarica*. Las finales *lagua*, *tagua*, *oa* y *panza* no se encuentran en la provincia de Chimborazo. Bases *min* y *su*: *Mindo*, *Zumbagua*, *Zuñag*, *Zuleta*. Nombres como *Lloa* y otros demuestran que los Panzaleos habitaron en pueblos aislados desde la hoya del Guayllabamba. Por el sur llegaron como límite fijo a Sanancajas, sin embargo un tiempo se extendieron por el Chimborazo, como lo prueba la toponimia de esa provincia; los límites orientales y occidentales deben ser fijados en las faldas de la cordillera que dan a las selvas del oriente y a las de la costa. (1)

Al norte y oeste de los Panzaleos se hablaba el Cayapa-Colorado; al sur, el puruhá; al noreste, el tucano y el cofane que talvez fué también un

(1) Jijón propone como probables las finales paniquitas anteriores, al menos en parte. Cf. op. cit. 29—33.—
Acerca de la toponimia panzaleo en el Chimborazo véase Jijón—Puruhá VII—285—291.

idioma chibcha; al este, el záparo; y al sureste, el jíbaro.

LOS PURUHAES.— Hasta fines del siglo XVIII se hablaba en el Chimborazo, junto con el quichua, la lengua propia de los Puruháes; pero en la toponimia de la región se encuentran frecuentemente nombres cayapa-colorados. Los Barbacoas colonizaron esa parte del cañón interandino antes que apareciera la cultura propiamente puruhá, y no es difícil que también después haya habido relaciones con los Imbaburas y otros pueblos barbacoas. Por otra parte, los nombres geográficos panzaleos son numerosos: el idioma de los de la provincia de León y Tungurahua se habló en un tiempo hasta el Sanancajas, pero la cultura de Tuncahuán apareció en el Chimborazo, explicando la existencia de esos topónimos panzaleos en Puruhá. El Panzaleo, aunque no tanto tiempo como en el Tungurahua y León, debió ser hablado también en el Chimborazo. ¿En qué época? En San Sebastián aparecen ya los caracteres estilísticos propios de Puruhá, y es de suponer que entonces comenzó a hablarse el puruhá en el Chimborazo. Jijón decía que Protopanzaleo I era una cultura chibcha, Protopanzaleo II, una civilización chorotega y que Tuncahuán correspondía probablemente a una colonización colom-

biana de Cundinamarca, netamente chibcha. A Uhle le parece que los dos estilos Protopanzaleo son chorotegas, arcaico el uno y mayoide el ótro, y que Tuncahuán es netamente panzaleo. ¿Cómo compaginar estos datos con los de la lingüística? Diferenciando la cultura de la lengua y la raza. Los Protopanzaleos fueron probablemente Barbacoas de Centro América, vecinos de los Talamancas, colonizados por los Chorotegas, y trajeron al Ecuador la lengua cayapa-colorada junto con el estilo chorotega que se reconoce en los artefactos de Macají y Santa Elena; siendo Barbacoas, es decir Chibchas, no es difícil se encuentren en Protopanzaleo I caracteres arcaicos chibchas, como dice Jijón, y también chorotegas, como opina el Dr. Uhle. Los dos estilos protopanzaleos corresponden de este modo a la introducción del Cayapa-Colorado en gran parte del territorio ecuatoriano, así como a la del primer estilo submayoide. En los tiempos de Protopanzaleo II no se conocía todavía el panzaleo.

¿Tuncahuán es una cultura panzaleo o chibcha de Cundinamarca? En uno y otro caso es cultura colombiana, y el panzaleo es lengua colombiana también. Jijón dice que Protopanzaleo I sería del tiempo de la expansión cayapa-colorada y que Protopanzaleo II, cuya extensión corresponde al límite máximo de expansión de la lengua panzaleo, sería quizá el que trajo el idioma panzaleo. “Esta es una hipótesis, añade con verdadera modestia, que, a título de etiqueta provisional, pue-

de servir para futuras investigaciones" (1). Pero, si en ambos estilos de Protopanzaleo se encuentran huellas de la cultura chorotega, como dice Uhle, debemos concluir que ambas culturas de Protopanzaleo son centroamericanas, chibchas por la lengua y por la raza, y chorotegas por el estilo.

Ahora bien, sabemos que Tuncahuán tiene su parentesco con Cundinamarca, el Carchi y Recuay, y que, por otra parte, quizá es una cultura panzaleo. En Cundinamarca y el sur se hablaban las lenguas paniquitas, y pudiera ser que los mismos que trajeron la cultura nueva, trajeron también simultáneamente la lengua panzaleo. Según la hipótesis de Jijón los Cayapa-Colorados habrían arrastrado consigo una porción de pueblos paniquitas; pero, al ser esto así, al ser simultáneas las dos inmigraciones, no se encontrarían superpuestos dos idiomas en Puruhá, Tungurahua y León, el cayapa-colorado y el panzaleo; se habría hablado únicamente el panzaleo, a menos que los dos pueblos, o grupos de pueblos, se hubieran entremezclado, lo cual es más difícil de suponer.

Jijón dice que es posible exista alguna relación entre la inmigración paniquita en el Ecuador, la cultura de Protopanzaleo II, y las ruinas de San Agustín, que están tan cerca de los actuales Paeces y que tienen influjo chorotega (2); pero, quizá, el centro de dispersión de las lenguas pani-

(1) Puruhá VII—291—Ensayo de Análisis de las lenguas habladas en Puruhá.

(2) ib. 291.

quitas esté también al norte, entre Centro América y Colombia: el Guaymi de Panamá tiene muchas afinidades con la lengua de los Paeces. De allá habrá partido la cultura chibcha que abarca la grande extensión que va desde Costa Rica y Chiriquí hasta Recuay, y que produjo los cuatro núcleos de Cundinamarca, el Carchi, Tuncahuán y Recuay. Los de Cundinamarca y Tuncahuán eran Paniquitas, los del Carchi y Recuay pudieron haber sido gentes de distinta lengua, pero de la misma cultura: en Centro América, en aquellos tiempos primitivos una cultura se extendía y propagaba sobre gentes de diversos idiomas.

A Jijón le induce a creer que los Protopanzaleo II serían los portadores del Panzaleo, el hecho de coincidir los límites de esta cultura con los de la toponimia panzaleo: en donde terminan las tolas principian los nombres panzaleos y las huellas de Protopanzaleo II; en la Provincia de Chimborazo se reconocen topónimos panzaleos, mientras Protopanzaleo II se extiende hasta el nudo del Azuay. Pero si, estilísticamente, Protopanzaleo II es heredero y continuador de Protopanzaleo I, y, sobre todo, si hay razones para creer que el mismo pueblo produjo estas dos modalidades de cultura; mejor que decir que los de Protopanzaleo I son los Cayapa-Colorados y los de Protopanzaleo II, los Paniquitas, parece opinar que los de Tuncahuán, netamente colombianos, y de un estilo extraño comparado con los dos anteriores, sean contemporáneos de las lenguas panzaleas. Antes se había visto más bien una relación entre Tunca-

huán y la expansión del sebondoy chibcha en el callejón interandino.

Con el puruhá entramos en otro grupo de lenguas que se hablaron en las provincias de Chimborazo y Bolívar, en la del Cañar, en Loja, en la del Guayas y Manabí y en el norte del Perú, descendiendo hasta el grado 14, en Cajamarca, Piura, Lambayeque, Libertad, parte de Loreto, Ancachs, Huánuco, Lima y Junín. A este grupo lingüístico le ha bautizado Jijón con el nombre de Puruhá Mochica, que designa los dos extremos norte y sur en que fué hablado. (1) Por la parte meridional tocamos con la región norte hasta donde avanzaron los atacameños.

El Puruhá-Mochica es una familia de idiomas que no tienen relaciones o afinidades con el resto de las lenguas americanas, forman un grupo separado que no puede englobarse en ninguno de los conocidos hasta ahora.

Los dialectos del Puruhá-Mochica son: el Manabita o Manteño que se habló en la provincia de Manabí; el Puruhá del Chimborazo y Bolívar; el Huancavilca del litoral del Guayas; el Cañari de las provincias del Cañar, Azuay y parte de Loja y el Oro; el Yunga de los Mochicas del norte

(1) Puruhá—IX—267—406—El Puruhá.—id. Contribución. . . 33-36.

del Perú; el Mochica hablado al sur del Yunga; y algunos otros dialectos de la sierra peruana, principalmente el de Ancachs.

El Puruhá que conocieron los misioneros españoles se extendía desde el Igualata hasta Chimbo y el Chanchán. En Alausí y Chunchi se hablaban tres lenguas: el Cañar, el Puruhá, y otra lengua propia de la región, probablemente el Cayapa-Colorado. La hoya del Chimbo es poco conocida arqueológicamente, pero parece indiscutible que se habló allí el Puruhá, mientras al occidente había Cayapa-Colorados. Los Puruháes tenían relaciones con los Cañaris del sur y los Huancavilcas del oeste por la hoya del Yaguachi; por otra parte los Cañaris tenían las suyas con los Huancavilcas vecinos y emparentados con los de Manabí, y se extendían hasta el norte de la provincia de Loja. Allí venía una barrera de división entre esos pueblos de lengua parecida. De esta suerte, el grupo lingüístico Puruhá-Mochica se dividía en dos geográficamente: puruhá, cañari, huancavilca y manabita, en el Ecuador; y tunga, mochica y otros dialectos en el Perú.

Formaban la barrera de división los jíbaros y tallanas de casi toda la provincia de Loja. El jíbaro o palta debió hablarse en Loja y en buena parte del Ecuador meridional antes de la expansión cayapa-colorada; luego se superpuso en esa provincia un dialecto del puruhá; pero volvieron los jíbaros a ocupar el territorio y desapareció la lengua puruhá, más o menos por el tiempo de Tiaguanaco.

Mientras estaba en auge el puruhá-mochica,

en los bosques de la costa ecuatoriana, en las comarcas más o menos cercanas a las cordilleras, se hablaba el cayapa-colorado, el cual se introducía alguna vez en la sierra, como sucedió en Alausí; después estos indios se fueron replegando hacia el norte, a las orillas del Cayapas y Santo Domingo de los Colorados, sobre todo cuando ya vino la civilización europea a Guayaquil y la costa. Sin embargo, como en tiempos antiguos, cuando se iban retirando hacia el norte, hasta hace pocos años, los Colorados descendían a Quevedo y Babahoyo. Los Puruhá-Mochicas del Ecuador desarrollaron una cultura ecuatoriana y peculiar al mismo tiempo de cada grupo; la del Guayas se diferencia un tanto de la de Manabí; la de Puruhá, a pesar del influjo manabita, como se vió en el período de Elenpata, es netamente regional, y se diferencia tanto de la del litoral como de la del Cañar. Para los españoles de la conquista eran dos lenguas diferentes la Cañari y la Puruhá.

Los Chimus, Mochicas o Yungas del Perú, los de la ciudad de Chanchán del mismo nombre que nuestro río del sur, son un pueblo relativamente moderno: los arqueólogos están acordes para considerarlos como inmigrantes de raza distinta de los antiguos habitantes de ese territorio; los Chimus no son una continuación de los Protochimus sino que aparecieron después en Moche.

Markham formuló la hipótesis de que los Yungas eran descendientes de los Huancavilcas y Mantas del Ecuador, pero le faltaban los datos lingüísticos que ahora ya tenemos, los cuales han confirmado, junto con la metalurgia que es igual

en ambas partes. La hipótesis de Markham, Rivet, Crequi-Mantfort y Arsandaux han demostrado que el arte de trabajar metales en la costa norte del Perú, no es más que una continuación de la técnica ecuatoriana y colombiana, diferenciándose completamente del arte metalúrgico andoperuano. Hrdlicka cree haber probado que los Protochimus eran dolicocefalos que no se deformaban el cráneo, y los que le sucedieron, o sea los Chimus, braquicefalos: hubo pues un cambio de razas juntamente con la cultura; el cambio de lengua debió suceder también al mismo tiempo. Los emigrantes partieron probablemente del sur del Ecuador por tierra y por mar, y llegaron a la costa norte del Perú y a las serranías comarcanas, en donde introdujeron ciertos elementos culturales relativos a la irrigación de las tierras y la agricultura. Quizá la emigración serrana fué anterior, en el período de Recuay, y la marítima, contemporánea de Tiaguanaco. Como la cerámica de Recuay es la fusión de las culturas de Tuncaguán y de Protonazca mayoide, Jijón cree en una larga migración andina correspondiente a la difusión del puruhá-mochica: los de Tuncahuán, según esto, eran ya los puruhá-mochica: los de Tuncaguán, según esto, eran ya los puruhás.

El establecimiento de los puruhás en la provincia de Chimborazo data del período de Guano o Tiaguanaco de San Sebastián y se continúa en Elenpata, Huavalac, Puruhá incaico hasta algunos años después de la conquista española. El puruhá comenzó a hablarse por el siglo VIII y duró hasta el XVII.

Ejemplos toponímicos puruháes: final *an*: *Lican*, cerca de Riobamba; *Tixán*, al N. de Alausí; *Biblián*, al noreste de Azogues; *Chanchán*, río en la región de Alausí; *Licán*, *Guaslán*, etc. Finales en *ug u og*: *Talabuğ*, *Yuibuğ*, *Chuyuğ*, montes; final *lag*, *ñag*, *nag*: *Zuñag*, afluente del Pastaza, *Cuquínac*, en Bolívar, *Zalamalag* y *Zaquimalag*, en León; base *el*: *Elén*, *Elenpata*, *Ela*, cerca de Guano. (1)

A pesar de haberse hablado un idioma parecido en el Cañar, Chimborazo y Manabí, las culturas de estas tres provincias han sido diferentes, salvo las influencias mayoides de Manabí en el Cañar, la de la misma sección de la costa en Elenpata, y antes el período de Tuncahuán.

¿Pero qué idioma hablaban los de la civilización mayoide del Azuay? ¿Talvez una lengua semejante al Cañari? ¿Qué relación puede haber entre el idioma de los Chorotegas y el de los Panzaleos, incluyendo entre éstos a los de Tuncaguán? Y si los de Tuncaguán eran Chibchas, ¿qué tiene que ver el puruhá-mochica con esos habitantes de Cundinamarca? Pero Jijón cree que los de Tuncaguán encontraron ya el puruhá-mochica en el sur del Ecuador, y que los indios que lo hablaban adoptaron la nueva cultura que la difundieron junto con su idioma en el norte del Perú. Y entonces, ¿cuándo vinieron los Puruhá-Mochicas, y qué cultura tenían? Quizá no están nuestros conocimientos en un grado de progreso capaz de esta-

(1) Jijón—loc. cit, 284—406.

blecer la sincronización entre las culturas, las lenguas y las razas. Cuando conozcamos mejor las lenguas prehistóricas colombianas, ecuatorianas y peruanas, podremos saber en qué grupo se puede englobar el Puruhá-Mochica; de qué parte de Centro América o Colombia partió hacia el sur; y con cuales idiomas del norte sudamericano está emparentado. Quedan muchos problemas por resolverse, pero es necesario se formulen y defiendan hipótesis, y se tienten relaciones entre las culturas y lenguas, para que la prehistoria se afirme en el terreno histórico o cronológico, y no se contente con los paralelismos y métodos descriptivos de los estilos y de las lenguas.

No se conocen relaciones entre los idiomas paniquitas y los puruhá-mochicas. No se podría decir que en el tiempo de Tuncaguán comenzaron a hablarse en el cañón interandino estas dos lenguas. Al panzaleo parece haberse superpuesto el puruhá en la provincia de Chimborazo, pero, si hemos de creer al Dr. Uhle, Tuncaguán y Elenpata son culturas un poco difíciles de definirse todavía. Quizá el advenimiento del puruhá-mochica date de los tiempos de la cultura mayoide de Manabí y del Azuay que no fué, según parece, solo una colonización, sino, en todo el sentido de la palabra, una inmigración que cambió hasta el tipo racial de la región e incrementó notablemente la población. Estos inmigrantes debieron hablar el cañari en el Azuay, y el manteño en Manabí, mientras los de Protopanzaleo hablaban el cayapacolorado. Luego vinieron los Paniquitas, antes de la expansión del puruhá-mochica hacia el norte,

en la sierra; por último un grupo lingüístico de los Cañaris subió al Chimborazo, mientras otro por el mar se fué a Moche, en donde ya debieron estar algunos navegantes manabitas. Algún día se conocerán las relaciones entre las lenguas de Centro América, las que hablaron Chorotegas y Chiriquies colonizados por los Mayas, y las nuestras del sur prehistórico.

Los Puruháes eran mesaticéfalos, de raza muy parecida a la de los Panzaleos, y se organizaban en muchas tribus, cada una con su jefe solidario y aliado de los demás. La poligamia existía, a lo menos para los caciques. Cuando un joven pretendía casarse, se llegaba a la caída de la tarde a la casa de su enamorada, llevando leña, paja y un poco de chicha, las cuales cosas se depositaban delante de la puerta. El mancebo llamaba, salían los padres, y él les hacía la petición mostrándoles humildemente que tenía todo lo necesario para abrigarse, acostarse y beber, prometiéndoles cuidar celosamente de su mujer y cultivar sus campos. Si a los padres les agradaba la propuesta, tomaban ellos la mano de su hija y se la daban al pretendiente; la muchacha llorosa debía reprocharles, porque la echaban por la puerta. Si el pretendiente no era admitido, se le rechazaban los regalos y se le cerraba la entrada.

Hombres y mujeres llevaban la cabellera larga y trenzada; pero las muchachas, cuando per-

dían la virginidad o daban a luz por primera vez, se la cortaban. A la edad de seis años bautizaban al chiquillo, o, mejor, le ponían un nombre, llevándole enseguida de casa en casa para que sus deudos le fueran haciendo regalos.

Los Puruháes habitaban en casas que tenían unos ligeros cimientos de piedra y la techumbre de paja; se vestían de lana, rara vez de algodón; labraban las tierras, regándolas, y pastoreaban sus rebaños en las alturas de los páramos que eran bienes de comunidad. Igual que los indios de Tungurahua y León cultivaban el cabuyo o agabe americano cuya miel aguada les servía de alimento, y las fibras, para las industrias textiles. Excelentes guerreros como los del norte, desde la mocedad se adiestraban en el manejo de las armas, porque sus pleitos con los Huancavilcas y Cañaris eran muy frecuentes. Se servían para esas guerras de la macana o espadón de madera, de la lanza, la honda o guaraca, la huicopa o mazo de madera, que se lo arrojaba muy lejos, una especie de boomerang como el de los Manabitas.

Cuando moría un indio, sus mujeres recogían sus pasos, llorando por los caminos que anduvo el difunto, refiriendo sus cualidades y buenas acciones, en un cantado triste a modo de lamentación. Se bebía después al rededor del cadáver que era inhumado en su propia casa, o en el campo; en este caso se lo sacaba por una brecha abierta en

el costado de la choza que quedaba abandonada.

Los Puruháes adoraban al Chimborazo y Tungurahua, los dos grandes volcanes que dominan el valle de la provincia: el primero era dios varón y diosa el Tungurahua, de los dos montes habían nacido ellos. Este totemismo fué respetado por los Incas. Se cuenta que cerca de las nieves perpetuas se había erigido un templo al Chimborazo en donde se sacrificaban llamas y hasta vírgenes de lo mejor de la rribu; los sacrificios se continuaron después por los mismos quichuas. En los páramos de la montaña vagaban las llamas sagradas que nadie podía matar.

En Liribamba, la capital de los puruháes, hubo un templo, pero talvez date del tiempo de los Incas. (1)

Como los Panzaleos y Cañaris y varios otros indios, tenían mucho temor al arco iris: cuando el meteoro tocaba una casa, todos huían de ella, porque el que se quedaba moría. Cuando florecían los papales, a fin de evitar que la cosecha se malograra, antes de entrar en el campo, se hortigaban los pies y las pantorrillas.

Los brujos del Chimborazo fueron famosos hasta después; aún ahora los hay en algunos pueblos de la sierra y el litoral como sucede en Otavalo, por ejemplo, adonde acuden los indigenas desde comarcas lejanas con ofrendas y vestigios de los robos etc., para que el adivino descubra al

(1) Rivet et Verneau—op. cit. 23-29.

ladrón o cure algún "mal oscuro", que ha sido "hechura" de un enemigo

Las diversiones públicas y la vida social de los de Puruhá eran parecidas a las de los Panzaleos; todos esos pueblos interioranos bebían la chicha de maíz y la del cabuyo en sus grandes borracheras. En el tiempo en que las mazorcas comenzaban a granar, se le vestía a un indio del traje de guerra, para que fuera por las colinas de los contornos amenazando y desafiando a un enemigo imaginario. Cuando regresaba el guerrero y aseguraba a todos que ningún peligro amenazaba a la comarca, comenzaban las libaciones, los bailes y la orgía.

La provincia de Chimborazo fué repoblada por los Incas. Los mitimaes del Collao y del Condesuyo ocuparon las tierras de los expatriados libibambas y a poco menester cambiaron el carácter de la provincia puruhá. En los años de la conquista española, se hablaban en ella tres lenguas, el puruhá, el quichua y el aimará.

Los Tiquizambis del sur del Chimborazo y norte del Cañar, deben ser considerados más bien como Puruháes que como Cañaris.

LOS CAÑARIS.—El estudio sobre los habi-

tantes antiguos del Azuay que publicó González Suárez en 1878, es el primer ensayo histórico del gran arqueólogo e historiador ecuatoriano; desde ese tiempo los aficionados a las antigüedades en esa provincia, se han preocupado con añadir datos al Estudio Histórico sobre los Cañaris pobladores de la antigua provincia del Azuay. Los descubrimientos de la cultura mayoide que se hicieron hace pocos años en la región por el Dr. Uhle, aclararon muchos puntos oscuros acerca de las antigüedades cuencanas. El estudio histórico sobre los Cañaris estuvo a la altura de los conocimientos de la época: ya entonces comenzó González Suárez a dudar de la autoridad del Padre Velasco cuando escribía: “Una crítica ilustrada no puede dar pleno asentimiento a la narración del historiador de Quito...”

Es muy notable que en el primer ensayo prehistórico del Azuay se hablara del origen maya-quiché de esos habitantes. ¿“Los Cañaris, antiguos pobladores de la provincia del Azuay, descendían talvez del mismo origen de los Mayas, esos célebres moradores del Yucatán, venidos también ellos a la América de partes remotas?—La serie de nuestro estudio no dejará de presentarnos ocasión para robustecer esta conjetura”. (1) Más tarde en el estudio sobre los Aborígenes de Imbabura y del Carchi se lee: “Los Quichés son los que en la historia de la conquista del Reino de Quito

(1) Cf. Carlos Manuel Larrea.—Introducción al estudio sobre los Cañaris de González Suárez—ed. 1922—XXI.

se llaman Cañaris, y estos poblaban la comarca que se designa ahora con los nombres de la provincia del Cañar y provincia del Azuay: los límites de esta región en lo antiguo eran, el gran nudo del Azuay al norte; el nudo de Saraguro al sur; la cordillera de los Andes al oriente; las playas y bosques de la costa al occidente.

En cuanto a los Mayas estos no poblaban más que una parte de la provincia de Manabí, es decir: los cantones de Manta, Portoviejo, Santa Ana y Jipijapa, la isla de la Puná y el cantón de Santa Elena, en la provincia de Guayaquil². González Suárez cree que la inmigración de los Quichés fué muy anterior a la de los Mayas. (1)

Los primeros habitantes del Azuay y Cañar debieron ser tribus orientales, luego vino la cultura mayoide del Azuay, cuando comenzaban a penetrar en el país los colonos chibchas que llevaron a la región el cayapa-colorado; después vinieron los Chiriquíes a Narrío, se sintieron las influencias de Tiaguanaco y, tras la cultura estilística de Tacalzapa, se verificó la conquista incaica. Los Cañaris son centroamericanos, orientales y chibchas. Pasados los cinco primeros siglos de nuestra era cesaron las colonizaciones, pero su organización perduró hasta el tiempo de los Incas a cuyas tropas se opusieron ellos heroicamente. Por el siglo X los colonos cañaris fueron al Perú a la región de Moche.

Los Cañaris que tenían muchas relaciones con

(2) op. cit. 4-6.

los de Manabí, se extendían desde el sur de la provincia de Chimborazo, hasta el norte de Loja en el cañón interandino, en parte de la provincia del Oro y de los Ríos, y continuamente hacían sus incursiones hacia el Guayas.

Las interpretaciones lingüísticas de González Suárez acerca de las derivaciones quichés del cañari, están ahora desechadas. El cañari es una lengua emparentada con el puruhá y el manteño o manabita. (1) Las finales *cay* y *ay* son características de este idioma: *Rircay, Chilcay, Laucay, Burgay, Gualmincay, Jocay*, nombre antiguo de Manta en Manabí, *Guacay, Pacay, Pucay, Sichacay, Yanuncay, Sangay*, volcán y río, *Azuay, Collay, Santay*. Finales *te, ante* y *on*: *Socarte, Silante, Chongón, Zamborondón, Nabón, Bestión, Déleg*, en composición: *Deleg, Chordeleg, Huapondeleg*, nombre antiguo de Cuenca. Base *chur* y *guar*: *Churcay, Guare, Guarumal, Guara*.

En Panamá existe la sierra Cañara que va en el corte del canal en culebra. *Can*, significa culebra, y, *ara*, loro o guacamaya. (2) Se explica este nombre por la leyenda del origen de los Cañaris:

Este pueblo guardaba en sus tradiciones la del diluvio que, según lo atestiguan los cronistas y viajeros, era creencia bastante universal en las gentes antiguas de América y últimamente en los Incas. Decían los Cañaris que, hacía muchísimo tiempo, una espantosa inundación cubrió la tierra;

(1) Véase el párrafo anterior.

(2) Apuntes de Arqueología Cañari por Jesús Arriaga—81.

los habitantes de Cañaribamba que eran numerosos perecieron ahogados; pero dos hermanos escaparon a la catástrofe, refugiándose en las alturas del Huacayñan, o camino del llanto, como se le llamó después a ese monte. Los Cañaribambas habían subido a los cerros, pero las aguas iban creciendo más y más, hasta que sepultaron a todos los hombres. El Huacayñan, a medida que subía el nivel del gran océano, iba creciendo en altura, como si sobrenadase. Los dos hermanos, únicos sobrevivientes de la catástrofe, salieron de su cueva en busca de alimento, y, al regresar a ella, encontraron manjares listos y aparejados. Este milagro sucedió durante tres días. En el cuarto, uno de los hermanos se quedó escondido en la cueva, mientras el otro fué en busca de alimento, y, cuando vió que dos guacamayas con caras de mujer preparaban el maíz y viandas para la comida, quiso apoderarse de una de ellas, pero no logró hacerlo, porque huían las aves ariscas. Se cambiaron los hermanos en el espionaje, el menor pudo apoderarse de la guacamaya menor, se casó con ella, y tuvo, con el tiempo, seis hijos, tres varones y tres hembras, los cuales, a su vez se desposaron entre ellos, y así llegó a multiplicarse la familia hasta llegar a formar la nación de los Cañaris.

Llevaban las guacamayas el cabello largo y atado, usanza que quedó tradicional en la mujeres del Cañar. Estas mismas aves fueron las que trajeron las semillas. En los artefactos arqueológicos de la región se encuentran frecuentemente representaciones de estas guacamayas. En Hua-

pán, cerca de Azoguez, se sacaron de un sepulcro muchísimas hachas de cobre con figuras grabadas entre las cuales la principal era la de la guacamaya. (1) Este tótem era muy venerado por los Mayas que veían en él al representante del sol.

Otra tradición de los Cañariz era la de la culebra grande y misteriosa de la que descendían todos ellos, la cual acabó por suicidarse en una laguna solitaria de aguas heladas, situada en Sigsig, en la cordillera. El lugar era consagrado y se arrojaban al agua, en señal de veneración, figuritas pequeñas o idolitos de oro al agua.

Esta doble tradición acerca de los orígenes llevó a González Suárez a la conjetura de que procedían de dos partes distintas los cañariz; pero, en realidad, no hay duplicación, porque la una se refiere a los orígenes primitivos, y la otra, al segundo origen después del diluvio. (2).

Ya hemos visto como los Mayas eran idólatras, tanto que su imperio era llamado el imperio de las serpientes, y no era menor el culto que les tributaban a estos reptiles los nahuas y otros pueblos centroamericanos. En cuanto a las guacamayas, abundaban en las antillas y figuraban en los mitos y leyendas de Yucatán y Centroamérica.

(1) González Suárez—*Historia General de la República del Ecuador*—I—125—132.

(2) Carlos Manuel Larrea—loc. cit. XIX.

Los Cañaris se dividían en los Hurinsuyus que eran los del norte, y los Hanansuyus, los del sur; pero estas denominaciones debieron ser recientes, del tiempo de los Incas. En las mujeres, la cabellera arrollada al rededor de la cabeza dando dos vueltas, en los hombres formaba el mismo tocado pero con una sola vuelta. Los pueblos vecinos les llamaban a los Cañaris matihumas por su costumbre de llevar un aro de calabaza a manera de sombrero.

Las casas de los Cañaris eran de bahareque, renovándose cada cinco años porque el material de construcción no daba para que durasen más tiempo. El vestido se fabricaba de lana, algodón y aún de cabuya; se cultivaba la patata, el maíz, la quinua, el melloco, el camote, el zapallo, la mashua, la yuca, la granadilla y otras frutas. En los valles calientes del Chunchi, Alausí y el Jubones, había plantaciones de coca. Con las calabazas se fabricaban algunos utensillos decorados.

Las armas de los Cañaris eran: hachas, macanas, lanzas, propulsores, hondas, rompecabezas de piedra y las famosas voleaderas. Para entrar en batalla los guerreros se pintaban y afeaban los rostros, los brazos y las piernas para inspirar temor al enemigo.

Cada tribu tenía un jefe especial rodeado de numerosa servidumbre que cultivaba sus campos, construía su casa y le servía de cortejo. La poli-

gamia le permitía tener un buen número de mujeres, pero, al igual de otras tribus, una sólo era la legítima y su primogénito estaba llamado a la sucesión en el poder. El jefe llevaba a los soldados a la guerra y hacía las paces o treguas con los enemigos que eran generalmente los vecinos de otras tribus o los jíbaros del oriente, los puruháes del norte, los Paltas y Zaraguros del sur, o los Huancavilcas de Guayaquil; en cuyo caso, para sostener la guerra con el extranjero se aliaba con otros jefes; cuando la invasión incaica los Cañaris tenían un solo general en jefe que se llamaba Dumma, aún cuando algunos creen que este nombre correspondía al nombre hereditario del curaca o a la palabra de jefe o curaca.

No se sabe si el culto del sol y de la luna fué anterior a la llegada de los cuzqueños, o si fueron éstos los que impusieron las divinidades siderales entre los del Cañar. Los árboles del cielo, las rocas, las piedras jaspeadas, los volcanes y los cerros, las confluencias de los ríos, las lagunas, todas estas cosas naturales eran objetos de adoración. En la cumbre del Curitaquí, a la entrada de una caverna, sacrificaban los Cañaris cien chiquillos antes de las cosechas. Esta costumbre persistió durante la colonización española; en el siglo XVIII todavía se hacían los sacrificios cada año. El cerro de Curitaquí se llamaba también supayrcu o montaña del diablo.

Los Cañaris encargaban a sus mujeres la labranza de los campos, mientras los hombres se quedaban en sus casas, tejiendo e hilando o preparando sus armas, vestidos y ornamentos.

Los mitimaes cuzqueños traídos por el Inca al Cañar y Azuay, introdujeron en el país muchas innovaciones; Huayna Cápac amaba con predilección a Tomebamba su ciudad natal en donde pasaba largas temporadas. Después, en las guerras de Huascar y Atahualpa, se declararon los Cañaris por el primero; en venganza de esta traición, Atahualpa hizo una gran carnicería en el Azuay y destruyó la capital.

LOS PALTAS Y MALACATOS.— JIBAROS DE GUALAQUIZA Y DE LOJA.—El palta y malacato de la provincia de Loja son dialectos del jíbaro o siwora, considerado por Rivet y Beuchat como un dialecto del arawaco, y después por Rivet, como un idioma independiente, hasta que se conozcan mejor la lexicografía y gramática de esa lengua.

Los Jíbaros viven en el oriente ecuatoriano desde la latitud de Ambato hasta la ribera meridional del Amazonas, en donde se extienden en el vasto territorio comprendido entre el Nieva y el Potro. Por el oriente no es posible fijar con precisión hasta donde van las tribus jíbaras; pero se supone que, a partir del divortium aquarum del Pastaza y del Tigre, comienzan otras tribus de lengua distinta.

Más que habitantes de llanura amazónica son estos pueblos montañeses que habitan en los contrafuertes orientales de la cordillera de los Andes.

La cordillera del Cóndor tiene 4.000 metros de elevación y separa el valle de Gualaquiza del Santiago inferior. Canelos, al oriente de Baños, está a 981 metros, Macas al este de Alausí, a 1.051, y Gualaquiza, al sureste de Cuenca, a 730 metros sobre el nivel del mar.

Por la toponimia parece evidente que los Jíbaros poblaron en otro tiempo la costa ecuatoriana y la sierra. Debe ser herencia de ellos la costumbre de hacer tzantzas que tenían los costeños del norte hasta la conquista española. Lo mismo, la ótra de conservar las cabezas de los enemigos reducidas a tamaño pequeño y con los labios cosidos que se encuentra en algunas partes de América Meridional, como entre los aborígenes del Perú en el período de Protonazca.

No sería difícil que este pueblo tenga que ver con la antigua expansión arawaca. En su estudio sobre los Cañaris, dice González Suárez que los Jíbaros de Gualaquiza son distintos de los del Cañar y que a unos y ótros se les debe atribuir un origen caribe. (1) Su presencia en el oriente ecuatoriano es muy antigua.

Los Jíbaros han sido siempre un pueblo guerrero e independiente, vigoroso y terrible enemigo. Sin ninguna organización gubernamental amplia, el jefe de cada tribu ejercía su autoridad en casos de guerra y, para ordenar las fiestas, se aliaba con los vecinos o con todos los jefes de las demás tri-

(1) Op. cit. González Suárez 52 y sig.—G. M. Larrea.—ib. 1922, XXIX.

bus emparentadas, de la misma raza. Los Jíbaros sostuvieron de este modo, sin ninguna monarquía ni organización central, terribles combates con los Cañaris y los Incas, cuyos ejércitos más de una vez quedaron destrozados; cosa parecida acaeció con los españoles que se vieron obligados a abandonar sus ciudades orientales, como Logroño, fundada en el valle de Gualaquiza, porque eran insoportables y peligrosos. En tiempo de García Moreno los Jíbaros Patacunas del Amazonas invadieron Gualaquiza, y, hubieran hecho en la región una espantosa masacre, a no ser por un piquete de soldados que impidió el exterminio de los del norte.

La ocupación antigua de los Jíbaros de toda la sierra y costa ecuatorianas no debió verificarse sin violencias, lo mismo que su retirada a la región trasandina del Tungurahua, Chimborazo, Cañar, Azuay y Loja.

Los Jíbaros, como los Colorados y los antiguos habitantes del Guayas, se pintan los dientes de negro; las pintaderas tan usadas por ellos se generalizaron mucho en el litoral ecuatoriano, y parece que son propias de los pueblos centroamericanos y del norte de América del Sur, de los Arawacos y Caribes.

La etnografía y toponimia está comprobando que la expansión arawaca primitiva debió acontecer mucho antes de la de los Chibchas.

El Dr. Rivet y el Dr. Karsten han estudiado la etnografía de los Jíbaros; los misioneros franciscanos, salesianos y dominicos, han publicado, por su parte, pequeñas monografías, relaciones de viaje, ensayos cartográficos; pero se puede afirmar

que es mucho lo que queda por conocerse de la lengua, tradiciones y costumbres de los Jíbaros. Como estos indios no han sufrido muchas influencias, no es nada aventurado aseverar que el habitante del Pastaza, el Morona y el Santiago de ahora, es el mismo de hace diez siglos.

El jíbaro, entre todos los indios ecuatorianos, a causa de la pureza de la raza, de lo acendrado de las tradiciones y costumbres bélicas, y de su vida independiente y autónoma, es el tipo más robusto y bello de todos los indios del Ecuador; muy inteligente, altanero, inquieto, de mediana estatura, con los ojos grandes y negros, el color tostado de bronce claro, la cabellera abundante dividida en tres partes, la central que cae para atrás con adornos de pájaros en la punta y las laterales con plumas y otros ornamentos; con la cara, el pecho y los miembros tatuados y pintados con un estilo de dentelladuras y puntos alternados, con su vestido rudimentario, su vida aislada, su alimentación primitiva de maíz, yuca y plátano; sus armas, lanzas, cerbatanas y escudos; sus canoas de cedro, sus cuernos, flautas, pingullos y tundulis o tambores de madera que sirven para mantener las relaciones con los vecinos y que se oyen a 15 kilómetros de distancia; con todas estas particularidades de vida y costumbres, representa ahora este indio oriental el tipo puro de los aborígenes ecuatorianos de hace muchísimos años. (1).

(1) Vicariato Apostólico di Mendez e Gualaquiza—Tra i Jivaros dell Ecuador—Torino 1925.

La bárbara costumbre de las tzantzas o cabezas humanas conservadas como trofeos de guerra, ha hecho que a estos indios se les llame los cazadores de cabezas. El Jíbaro corta la cabeza al enemigo y regresa a su casa para preparar la reducción y celebrar la fiesta de la tzantza. Esta se prepara extrayendo cuidadosamente el cráneo y haciendo hervir la piel para evitar la putrefacción; después se la rellena con una preparación especial, dejándola disecarse hasta al tamaño de una naranja, sin que las facciones se hayan deformado. Los labios y los ojos quedan cerrados. Durante muchos días se apresta lo necesario para la fiesta de la tzantza; el dueño del trofeo es el protagonista y se prepara para la celebración con el ayuno y absteniéndose de bebidas espirituosas. La cabaña se adorna. En el día festivo el brujo sentado en el centro espera que entre el héroe llevando en las manos la tzantza y la lanza homicida. Llegada la hora se pone de pie, coje la tzantza, la sumerge en una olla de agua y tabaco, luego en una de chicha, y finalmente en otra de agua pura: ordena que el héroe se siente y, vertiéndole en la garganta el contenido de las tres ollas que ha servido para la purificación de la tzantza, hasta que salga por las narices, le lava al homicida de su pecado. El guerrero se levanta, adorna la tzantza con plumas, flores y pájaros y escucha la alabanza que hace de su valor el brujo anciano. Sigue

una procesión o desfile que termina con la embriaguez y el lujurioso abandono de las mujeres.

Los aborígenes de Manabí, los de la costa peruana del período de Protonazca y los Chocóes que hablan el cueba tenían esta misma costumbre de los Jíbaros. En el norte de la costa ecuatoriana se trabajaban tzantzas en los primeros años de la conquista española. Además en el monolito de Chavín de Huantar y hasta en Tiaguanaco, se reconocen en los relieves y grabados cabezas humanas reducidas y exhibidas como trofeos.

Cuenta la leyenda que la primera tzantza o cabeza troféica fué la de la gran serpiente que, en tiempos remotos, habitaba un gran lago. Apenas un jíbaro se acercaba al lugar era devorado por el monstruo; las viudas cada vez más numerosas lloraban inconsolables a sus maridos e incitaban a los hombres que iban quedando a vengar a los muertos matando a la serpiente. Después de un consejo pleno, como todo intento era vano, se decidió secar el lago y matar cuerpo a cuerpo al terrible monstruo. Así se hizo. Por numerosas canales se desangró la laguna y la serpiente en seco comenzó a batirse con los hombres; la pelea fué larga hasta que, acribillada de flechas, expiró. Entonce los más valerosos le amputaron la cabeza que fué llevada triunfalmente a casa de las viudas, celebrándose enseguida grandes fiestas con bailes y libaciones de chicha, mientras las mujeres cantaban: murió la serpiente, murió la serpiente.

Al otro día, cuando todos habían descansado en sus casas, los Jíbaros se encontraron con que

no podían entenderse entre ellos en su propia lengua. La confusión era grande, y se hizo mayor todavía cuando vieron que algunos de ellos se habían transformado en animales, pájaros y peces; los pocos hombres que permanecieron tales continuaron hablando lenguas distintas.

He aquí una reminiscencia de la confusión de las lenguas de que habla la Biblia.

Entre las leyendas de los Jíbaros existe también la de otra serpiente que causó el diluvio universal. (1).

El miedo de lo desconocido atormenta a los Jíbaros. Acuden al espíritu del mal en demanda de consejo en caso de guerra o de algún maleficio. Los yantei o templos del sueño son unas cabañas que se levantan en la profundidad del bosque. Allá acude el jíbaro que quiere consultar al demonio. Una vez que ha encendido fuego en los alrededores para alejar a los tigres, bebe en el templo el natema, un poderosísimo narcótico, o una fuerte dosis de infusión de maygua y se queda dormido cinco o seis días con un sueño agitado en el cual el iguanchi o demonio se les aparece

(1) Of. R. Karsten. The Religion of The Jíbaro indians of Easterc Ecuador.

Id.—Mitos de los indios Jíbaros del oriente del Ecuador.

exitándoles a la venganza o les muestra el origen y el remedio del maleficio.

Los jíbaros tienen muchos brujos que curan las enfermedades y son los genios maléficos en la región; pero no conocen ni el culto, ni los templos adoratorios, ni los sacerdotes.

La lengua jíbara es muy rica en sustantivos que designan las numerosísimas especies de la fauna y flora orientales; pero necesita frecuentemente de perífrasis e imágenes para expresar las ideas; la sintaxis rudimentaria se reduce a proposiciones aisladas con su verbo y complementos; las frases tienen una cadencia final muy variable, arbitraria y expresiva.

La final *sa* o *za*, especialmente en ríos, es de origen gíbaro, no siendo sino un apócope de *entza*, río: *Yasataza*, *Cañagaleza*, *Palanza*, afluentes del Santiago; *Pastaza*, afluentes del Marañón que corre de la provincia de Tungurahua; *Yumaza*, afluente del Gualaquiza; *Gualaquiza*; *Minza*, al Sur de Baños; *Zámbiza*, *Iliniza*, *Panza*, en el callejón interandino; *Panza*, *Nauza*, *Teguaza*, *Pupuzza*, en la costa. Finales *aute*, *ate*, *lte*, *na*, *ña*, *shapa*, *ma*, *or*, *ora*, *ana*, *llin* o *lan* (1): *Paute*, *Patate*, *Zurumpalte*, *Uchina*, *Amaguaña*, *Paquisha-*

(1) Jijón—Contribución... 49—53.

*pa, Changainima, Pangor, Pallara, Antisana, Aca-
yana, Quillan, Chugchilan, Quilluchilín; base namb:
o namp: Nambija, Nambillo.*

Los Paltas eran Jíbaros de la sierra que dulcificaron con el tiempo sus costumbres, debido al roce con gentes extranjeras y a la vida agrícola. Habitaban en el norte de la región montañosa en que nacen los afluentes de la ribera izquierda del León, el curso superior del Zamora, las fuentes del Túmbez, y el alto Catamayo, en donde se hablaba el malacato, un dialecto del Palta. Parece que no sólo vivían en la sección interandina, sino que penetraban un tanto en el oriente, en donde mantenían relaciones con los Jíbaros.

Por la región de la cordillera de Zamora o del Cóndor, moraba la tribu de los Gonzavales.

Como la conquista de los Paltas por los Incas fué de las primeras que se llevaron a cabo en territorio ecuatoriano, sus costumbres se transformaron radicalmente, de suerte que los cronistas españoles, más que la propia cultura palta, conocieron en esos pueblos del sur la cultura incásica.

De la misma manera que en los Latacungas, existía entre los Paltas la leyenda de un huésped misterioso que en una piedra de Gonzanamá había dejado la huella de su pie.

De su organización política y costumbres no se sabe sino que, en tiempo de la conquista española, eran una verdadera provincia peruana; pero,

para darnos cuenta de cómo estaban constituidas esas tribus en el tiempo de la invasión de los Incas, es menester considerarlos con los caracteres que tienen actualmente los Jíbaros.

Según Cieza de León, muchos Paltas fueron trasladados al Cuzco, al Collao y a Chachapoyas, Xauxa, Andaguáilas y Cotabamba, de donde, a su vez, se trajeron colonias de mitimaes a la región de los Paltas, los cuales llegaron a hacer invasiones hasta en la toponimia de la comarca.

En la parte del Zamora, ya en territorio peruano, se hablaban las lenguas rabona y bolona. El patagón se habló un tiempo en Jaén. Estas lenguas pertenecen muy probablemente a la familia lingüística caribe.

LOS ORIENTALES.—Los cronistas casi nada supieron de esos pueblos de las selvas que habían permanecido independientes y ajenos a toda influencia peruana, en el tiempo de los Incas. Hasta ahora ningún pueblo les ha dominado: la mayor parte de ellos vive todavía en la barbarie, más o menos en el mismo estado que en el tiempo en que aparecieron los Incas en el Ecuador.

Los Cofanes del Aguarico habitan la región comprendida entre este río y el Azuela, al este y cerca del Cayambel. Sus vecinos del norte son los Macoas del alto Caquetá y las fuentes del Putumayo, cuya lengua ha sido clasificada en el grupo

chibcha. El idioma cofane no es nada conocido: unos le asimilan a la familia del mocoa, por consiguiendo al grupo chibcha; Brinton le considera como un dialecto churoya de la gran familia lingüística guahibo, cuyos representantes septentrionales viven en el bajo Meta y el Orinoco. Montesiños considera a los Cofanes como una tribu de los Quijos.

Los Quijos llamados también los Napos, hablan actualmente el quichua que les enseñaron los misioneros. Por ciertos indicios toponímicos y porque Cieza de León dice que los del Napo tienen las mismas costumbres que los Yumbos occidentales o los Barbacoas—y en efecto se deforman el cráneo como ellos,—se conjetura que sean del grupo chibcha, a menos que los topónimos y la semejanza de costumbres se expliquen por una antigua colonización de los Barbacoas, lo cual es muy posible.

Al sur de los del Napo se extienden las tribus de los Záparos, entre este río, el Bobonaza y el Pastaza. Su límite meridional y al este de los Jíbaros, queda frente al Cañar. El idioma záparo forma un grupo lingüístico independiente, sin embargo se han podido distinguir numerosas raíces guaraníes tomadas del dialecto miranya. Los Záparos cuentan nada menos que con 39 tribus.

Los Tucanos o Betoyas, en cuya familia vimos que se comprendía la lengua de los Pastos, viven en el curso del Aguarico y del Napo, del Putumayo y del Caquetá, hasta los límites actuales con el Brasil: sus principales tribus son los En-

cabellados, los Tamas, los Correguajes, los Piojes y los Icaguatas.

Los Caguapanas, que se dice constan de unas treinta tribus que hablan el caguapana, el mayna y el jébero, habitan las regiones del Marañón, al sur de los Záparos y al este de los Jíbaros. Siguen hacia el oriente en el curso del Amazonas los Yameos, Pebas y Yaguas. Los Ardas están encerrados entre los Yameos y los Záparos; su lengua no ha podido ser clasificada. Los Ticunas, al sur de los Yaguas y de los Pebas, en las dos márgenes del Amazonas, hablan un dialecto arawaco muy corrompido.

En las riberas del Marañón habitan tribus guaraníes: los Omaguas, de los cuales, habla algunas veces González Suárez, que se habían instalado al principio en las grandes islas del Marañón, los Cocamas, Cocamillas y Yurimaguas de las regiones del Ucayali y el Huallaga.

A los Orejones, una tribu de los Huitotos, se los encuentra en la embocadura del río Ambiyacu, entre los Yaguas, los Tucanos y los Ticunas.

Por último los Panos viven al sur del Amazonas, entre el Ucayali, el Yavari y el Huallaga, y quizá pueden englobarse entre ellos los Hurarinas o Itucales que ocupan la cuenca del Chambira, al norte del Marañón.

La cordillera oriental presenta profundas gargantas que ponen el cañón interandino en comunicación con las selvas del oriente. Por esos caminos y por los páramos debieron emprender la retirada los orientales, cuando invadieron el altiplano los inmigrantes del occidente y del norte.

LOS ESMERALDAS.— Cuando desembarcaron los españoles en el norte de nuestras costas, encontraron indios salvajes, sin vestido alguno, cubiertos tan sólo los órganos genitales y pintarrajeados los cuerpos. Estos indios eran los Barbacoas; vecinos y al sur vivían los Esmeraldas que desaparecieron en el siglo pasado y que, según Wolf, ocupaban el litoral hasta el Cabo Pasado y aún un poco más al sur. Los Esmeraldas son los mismos Caras o Caraquez.

A pesar de las grandes afinidades etnológicas y culturales de los Esmeraldeños con los Imbaburaras, no dejan los pueblos de la costa de tener caracteres propios que los diferencian de las civilizaciones serranas.

La toponimia de la costa indica que se hablaron en esa región diversos idiomas: el cayapa-colorado desde el norte hasta Túmbez, de una manera uniforme, según ya lo hemos dicho; el jíbaro en todo el litoral pero especialmente en Esmeraldas; el esmeraldeño en el norte de la costa: sus gentes debieron ejercer influencias en el sur del litoral por el medio Daule y Bodegas, y en la sierra en Imbabura de un modo particular y también en el Pichincha y Chimborazo; el manabita o manteño del grupo lingüístico puruhá-mochica, lo mismo que el huancavilca: las palabras mochicas son más frecuentes en la región del Guayas que en el resto de

la costa. En esta misma sección y en El Oro se encuentran nombres cañaris; más raramente en Manabí y los Ríos.

A esto hay que añadir una que otra palabra aimará que bien pudo ser traída por el quichua o ser anterior a él, quizá del tiempo de la expansión de Tiaguanaco.

A los Manabitas, Huancavilcas y Tumbecinos hay que englobarlos en el grupo de los Cañaris y de los Chimus.

Los Esmeraldeños representan un tipo medio entre la cultura, el movimiento peruano del norte junto con el de buena parte del Ecuador serrano y costeño, y el movimiento centroamericano. Étnicamente deben ser jíbaros, esto es arawacos o cayapa-colorados; los Chorotegas y otras gentes centroamericanas les colonizaron. En tiempos relativamente modernos aprendieron de otros pueblos del litoral, seguramente los atacameños, la costumbre de erigir tolas que introdujeron en la sierra a lo largo del Guailabamba. La Tolita debió ser una población importante en los primeros tiempos.

Los Caraquez o Esmeraldeños se deformaban el cráneo aplicando a los recién nacidos dos tabletas, una en la frente y ótra en la nuca; se incrustaban puntas de sílice en la cara, y se rasuraban la parte superior de la cabeza, dejando que el cabello largo cayera en greñas a los lados, sobre los hombros. Además de la sílice se claveteaban el rostro

con clavos de oro y aún se incrustaban esmeraldas y turquesas. Brazaletes y ajorcas de cuentas de oro, plata, turquesas y perlas adornaban los brazos y pantorrillas de los varones; hasta parece que los jefes de tribu tenían una especie de corona de metales y piedras preciosas.

Los Esmeraldeños vivían en poblaciones hasta de 3.000 habitantes; eran hábiles pescadores más que agricultores; recorrían las costas en sus balsas y canoas de amplias velas. Adoraban a las serpientes y al macho cabrío, y sacrificaban en sus templos a muchachos y mujeres quemando madeiras olorosas.

LOS MANABITAS O MANTEÑOS.—Al hablar de estos pueblos marinos que tienen tantas relaciones con los Chimus y Cañaris y Huancavilcas, debemos consignar la teoría del Sr. Buchwald, según la cual, la expansión Chimu no debió verificarse de norte a sur sino al revés. Desde Chanchán su capital peruana vinieron al Jubones y al Chanchán bautizado por ellos, colonizaron la zona de Guayaquil y llegaron hasta el norte de Manabí. Agricultores, marinos y orfebres, introdujeron en el Ecuador sus artes y conocimientos. (1)

El jefe Naimlap, según las antiguas tradiciones de Lambayeque, había venido hacía unos qui-

(1) Bol. Soc. Est. H. L. 235.

nientos años a la costa peruana. Esta tradición es interpretada a su favor por los que están por la migración de norte a sur.

Los de Túmbez y la Puná parecen ser una rama de los del Cerro de Hojas.

Ya hemos hablado en el capítulo III de las influencias mayoides y de las colonizaciones de la costa de Manabí. Habitaban los Manteños desde Bahía de Caráquez hasta la isla Salangol. Se tatuaban la cara, llevaban pendientes en las narices, las orejas y aún en las mejillas; algunas tribus se pintaban todo el cuerpo de negro. Por lo demás sus costumbres eran bastante parecidas a las de los esmeraldeños.

La industria de los Manteños era muy variada: coronas, diademas, cinturas, brazaletes, corazas, pinzas, collares, espejos de plata, recipientes y artefactos diversos de alfarería, tejidos de lana y algodón pintados de diversos colores y con ornamentaciones de pájaros, animales, pescados, árboles y otros objetos de adorno fabricados con cuentas de esmeraldas, calcedonias, fragmentos de cristal de roca, etc. etc.

Las famosas sillas eran fabricadas con arena menuda y una pasta glutinosa tan dura y compacta que llegaba a dar al todo una consistencia de piedra. (1)

La caza, la pezca y la agricultura eran practicadas por los indios de Manabí con bastante per-

(1) González Suárez—Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi—Ap. 101-102.

— • —

—La mesa está servida, —dice la criada.

Mis apuros llegan a su grado máximo.

Estoy ante un festín espléndido. Jamás había visto algo semejante.

Acostumbrado a comer en un rincón de mi cuarto, sobre un cajón, con una cuchara vieja, utilizando un periódico como servilleta, el té de ahora me deslumbra.

Hay sobre la mesa muchos objetos extraños que ni siquiera sé para qué sirven.

Una entrada de jamón.

Tengo mucha hambre, pero siento un miedo atroz de comer. Me da mucha vergüenza de Gloria, que me mira fijamente.

Son rudimentarios mis conocimientos sobre el manejo del tenedor. Los utilizo lo mejor que puedo.

Un perro que me mira atentamente, aumenta mi confusión.

¡Qué difícil es cortar el jamón! Voy a cogerlo con los dedos, cuando siento que por debajo de la mesa, mi tío me da un puntapié.

Ahora no puedo llorar.

— • —

Han pasado dos meses desde que me botaron de la oficina.

Veo con terror que mi pequeño capital decrece.

¡Trabajo, trabajo! Para trabajar nacimos y sólo comprenden a la vida aquellos que llevan en su sangre el instinto de la producción.

Pero en mi ciudad no hay como trabajar. Sobra energía, buena voluntad, pero faltan centros de acción.

El único que puede dar trabajo es el Estado. Aquí está la grande, la silenciosa tragedia de nuestra juventud.

Estoy solo en mi pieza.

No he visto a Gloria en todo el día.

Fluyen a la conciencia complejos subconscientes.

He caído en sopor.

Imágenes de mujeres surgen brumosas.

Veo un caprichoso remolino de senos, talles, piernas.

Adquieren las sugerencias caracteres de alucinación.

Para evadirme de esta cruel tortura salgo a la calle.

Salvaje ha brotado el hambre sexual.

Doy vueltas, vueltas, para hacerla callar.

Es inútil. Ahora solo pienso en un refugio clandestino. A pesar de mi pobreza estoy resuelto ha hacer un derroche.

Recuerdo a Fanny.

— • —

Vive en el barrio de San Juan.

Hay que trepar una cuesta difícil.

La casa es de tipo colonial. Sucia, incómoda.

Al ir a golpear la puerta, oigo un escándalo. Ruido de golpes, de botellas que se hacen trizas, de maldiciones, Habrá que esperar que la tormenta pase.

Me refugio en un zaguán cercano.

— • —

Fanny es morena.

El pálido sol del cine debió haber besado las mejillas de las morenas de Quito. Por su carne cruza el estremecimiento de una emoción transparente.

fección: la tierra se labraba con utensillos de cobre; la pezca y caza se usaban y conservaban para la alimentación y el comercio; junto a las casas que eran de madera y de paja, se conservaban algunos animales domésticos como puercos, perros, gatos y llamas. El comercio se hacía principalmente por el mar: las balsas de los Mantteños recorrían las costas cambiando sus productos y manteniendo relaciones con los vecinos de Esmeraldas y Guayaquil y el norte del Perú.

Se dice que la ciudad de Manta debió tener unos 2.000 indios. La organización política y social era como la de los otros pueblos de la costa: un jefe cuya dignidad y autoridad se heredada; la poligamia, una especie de serrallo; la propiedad, particular; y terrenos, selvas, mares y ríos que eran de todos.

La virginidad de las mujeres era tenida en menos. El cacique de Manta poseía como herencia una esmeralda muy grande "del tamaño de un huevo de avestruz"; era esa joya un signo de la autoridad; en ciertas solemnidades se la exponía en público para que la vieran los enfermos que venían en peregrinación desde lejanas tierras para ser curados con la vista y tacto de la piedra preciosa; los romeros traían ofrendas de oro, plata y esmeraldas pequeñas que se consideraban como hijas de la esmeralda grande del cacique.

Las tribus de Portoviejo adcraban al mar, a los peces, a los grandes felinos, serpientes e insectos. El ídolo de los de Charapotó era un jaguar esculpido en una roca. En muchas partes existía

el culto de los dioses fálicos que debieron introducir los colonos centroamericanos.

En los santuarios se sacrificaba a los prisioneros con estruendosas ceremonias y copiosas libaciones de chicha. El Cerro de Hojas era tenido como lugar sagrado; allí debieron reunirse las tribus en ciertas épocas del año. En la isla de Plata, frente a Jipijapa, se celebraban cada año grandes fiestas: un ídolo de piedra en el centro del santuario recibía las ofrendas de los peregrinantes y sacrificios de los niños y algunos animales; los sacerdotes custodiaban la riqueza del dios exhibida en el templo.

La valentía de los Manteños era tradicional. Tenían como armas los propulsores, las macanas y las lanzas; pero no era menor su celebridad a causa de sus vicios. Para la joven desposada había el jus primae noctis que pertenecía a los mismos padres y amigos del marido. Se dice que la sodomía se practicaba públicamente y se educaban y adornaban algunos niños que servían al efecto, mientras las mujeres eran maltratadas y tenidas muy en menos.

Las costumbres funerarias no tenían nada de particular.

El tiempo se dividía en semanas y los niños llevaban el nombre del día de su nacimiento.

La leyenda de los gigantes que aparecieron en Manta debe corresponder a la llegada de los inmigrantes centroamericanos. Se contaba que eran tan grandes esos hombres, llegados a la costa en barcas de juncos, que el más alto de los indígenas no alcanzaba sino hasta la rodilla de cual-

quiera de ellos. Sus ojos eran grandes como un plato de vajilla. Traían el cabello desgreñado en las espaldas y los mentones lampiños. Desnudos los unos, cubiertos con pieles de animales los otros, todos eran varones. Su voracidad devoraba una ración equivalente a cincuenta de las ordinarias, y andando por las tierras mataban a los varones que encontraban al paso, tratando de violar a las mujeres. Bien pronto sin poder satisfacer su lujuria se entregaron a la sodomía públicamente hasta que un día un genio exterminador apareció en las fiestas bestiales y les exterminó con una espada.

Cuando llegaron los conquistadores encontraron un curaca Inca, pero todos los demás indios eran del lugar. Los quichuas no habían tenido tiempo de implantar ninguna colonia de mitimaes entre los Manabitas. (1).

Los topónimos en *to*, *so*, *ri* y *li* y las bases *chon* son consideradas como de origen Manabita: *Jaramijó*, *Charapotó*, *Laguató*; *Alao*, *Pasao*, *Balao*, *Cacao*; *Dumari*, *Jeli*, *Chongón*, *Chune*, *Chontal*.

LOS HUANCAVILCAS.—Vecinos de los Mantas por el norte, se extendían desde la isla Solongo, Balzar y Palenque y el río Naranjal, hacia el este, llegando a los contrafuertes de los Andes, detrás de los cuales moraban los Puruháes y los Cañaris. Sus relaciones comerciales o sus gue-

(1) Cf. Rivet et Verneau—op. cit 45—52.

rras con estos pueblos eran frecuentes; se batían con la macanay el propulsor; llevaban por el Naranjal y los afluentes del Guayas pezca abundante para cambiarla con productos de la tierra.

Característica de los Huancavilcas era la mutilación dentaria: la extracción de los dos incisivos debía obedecer a fines supersticiosos y tradicionales; además procuraban afearse el rostro para inspirar miedo a los enemigos. Las mujeres conservaban la cabellera larga, adornándose la cabeza con una corona de chaquira guarnecida de plata o con una faja de piel de jaguar o de puma. Todos llevaban pendientes de las narices perforadas adornos de oro y plata. Los jefes de ciertas tribus, perforándose los dientes, se incrustaban en ellos clavos de oro.

Cada tribu tenía un jefe particular que se confederaba con los vecinos en caso de necesidad. Cuando moría se enterraba con él a sus mujeres y los objetos más indispensables, como las armas y utensillos de la casa.

Estos indios del Guayas adoraban a muchos ídolos, pero eran preferidos los jaguares y los pumas. Los brujos sacrificaban víctimas humanas delante de los dioses. Las fiestas del año se celebraban al son de tambores y campanas, con grandes borracheras.

Tampoco llegaron a establecerse mitimaes quichuas entre los Huancavilcas.

LOS PUNAES—Por su posición geográfica a la entrada del golfo del Guayas, la isla Puná estuvo muy habitada por los indios de aquellos tiempos: los cronistas hablan de 6, 7, 14, 20 mil habitantes.

Navegantes insignes conservaban en sus costas y alrededores una verdadera flota de balsas, temible para los pueblos vecinos. Por la abundancia de la pezca y de la caza, pues los venados eran muy numerosos en la isla, no se dedicaban todos a la agricultura, sinembargo se sembraba mucho maíz, frutas y legumbres; las plantaciones de algodón eran extensas. Los prisioneros de guerra que se hacían en los alrededores eran destinados a la agricultura. Se conocían los métodos de elaboración de la sal y el agua dulce se procuraba excavando pozos en lugares adecuados.

Los instintos marciales de los Punáes y las continuas guerras con los del mar y de la tierra firme, les llevaron a construir alrededor de la isla una muralla de fortificación: se hicieron de esta manera inexpugnables. Sus flotas pirateaban por el litoral; subían por el curso de los ríos destruyendo poblaciones, robando mujeres y cometiendo todos los abusos del pillaje. Los indios de Túmbez les tenían muchos miedo a los isleños; así era como padecían continuamente con sus abusos. Los serranos del sur se proveían de la sal y el algodón de la Puná.

La circunstancia de ser ese territorio una isla hizo que los siete caciques punenses se coligasen y tuviesen un solo jefe principal. Este era un privilegiado: practicaba la poligamia; todos le veneraban; sus sirvientes eunucos, con la nariz y los labios mutilados, custodiaban a las bellas del harem, algunas de las cuales, a la muerte del soberano, debían acompañarlo en el sepulcro. Cuando salía el régulo lo hacía con mucho fausto; con grande acompañamiento y al son de los atambores y trompetas de los heraldos paseaba por sus dominios.

Las costumbres de los Punaes eran muy semejantes a las de los Mantas y Tumbecinos. Sus templos, erigidos en lugares apartados, eran visitados por los romeros que hacían sacrificios y ofrendas delante de los ídolos monstruosos; en las aras de piedra corría la sangre de los prisioneros y de muchos animales. El mar, los pescados y los grandes felinos eran objeto de especial adoración.

En la isla inhabitada de Santa Clara, no lejos de la Puná, eran enterrados los antepasados de la tribu, por esto se la consideraba como lugar sagrado a donde se llevaban objetos de plata y oro.

Se dice que estos indios tenían las mismas costumbres depravadas que los Manteños.

Tampoco en esa isla alcanzaron los Incas a establecer sus colonias.

LOS DE TUMBEZ.—Vivían Entre los Cañaris, Paltas y Hancavilcas, extendiéndose hasta la frontera del Perú. Se cortaban la cabellera a la altura del cuello, llevaban adornos en las manos, la garganta y las orejas; en una palabra se parecían en sus costumbres a los Mantefios y Punáes.

Eran feroces querreros, buenos navegantes; pero más que todo, agricultores; regaban sus campos en grandes extensiones y mantenían un comercio activo con los Cañaris, Paltas, Huancavilcas, y seguramente con los Chimus. Sus enemigos mortales eran los Punáes.

La adoración de los grandes felinos, la sodomía de los Manabitas y Punáes se encuentran también entre los Tumbecinos. Sus jefes se rodeaban de bufones y músicos, pero no mantenían el lujo y boato de los de Puná.

La influencia incaica se dejó sentir en Tumbes, casi tanto como en el Cañar y el Azuay.

Este era el mosaico de pueblos con sus instituciones y tradiciones propias, antes que invadieran los del Cuzco el territorio ecuatoriano.

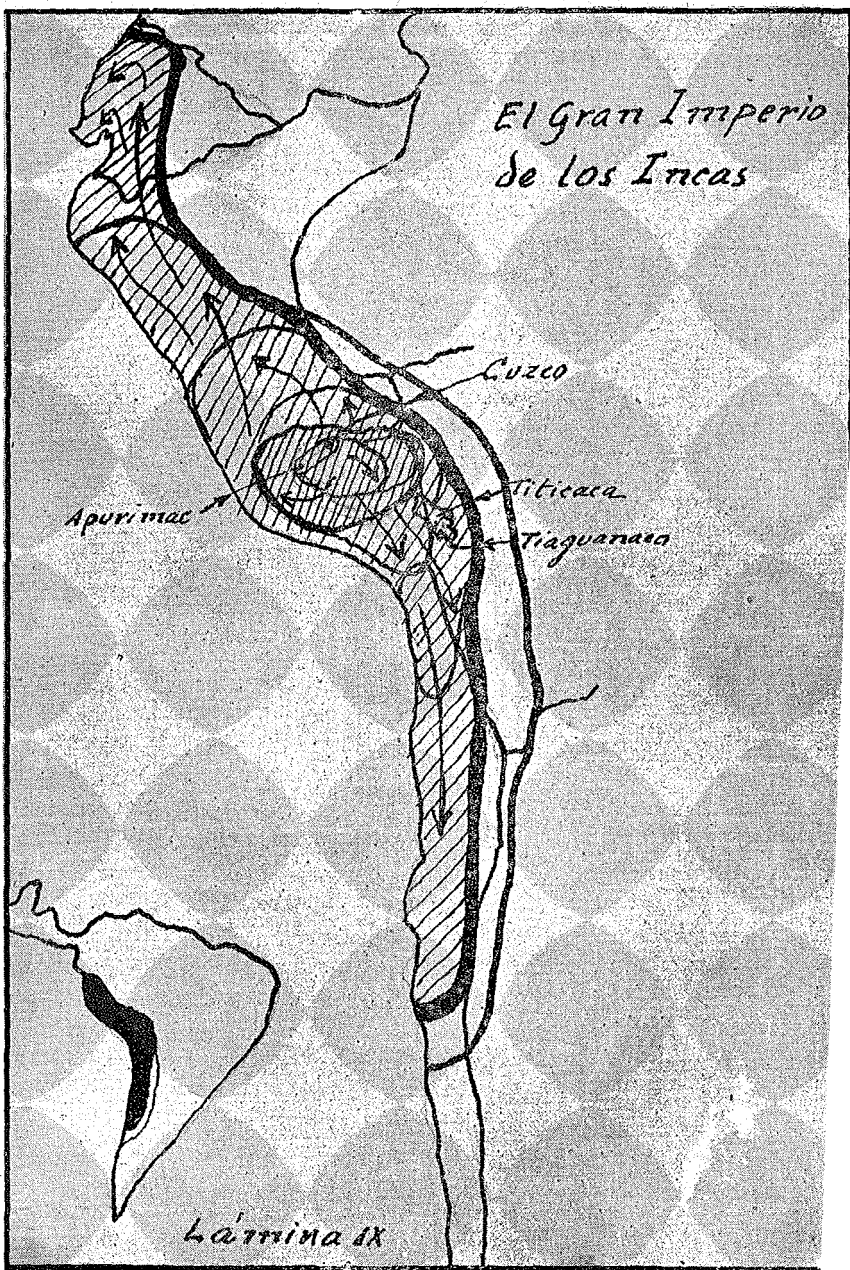
En muchas partes las colonias quichuas cambiaron la lengua, la religión y las costumbres; pero en ótras, como en la costa y las provincias del norte fué muy difícil la mitimaitización.

EL GRAN IMPERIO DE LOS INCAS

LOS QUICHUAS

Hacia unos tres siglos que la civilización de Tiaguanaco se había disgregado; a la ciudad aimará vecina del lago iba a suceder el Cuzco, la Roma moderna de un imperio heredero de las tradiciones, de la cultura y de la lengua de la civilización desaparecida. La tribu o ayllu de los Incas conservaba, como tantos otros grupos indígenas diseminados en el Perú, la tradición aimará en las alturas del Apurímac; y hacia el siglo X comenzó a descender para el noreste hasta llegar al Cuzco.

Largas debieron ser las luchas que hubo de sostener con las tribus peruanas de esa región, hasta adueñarse de la ciudad que, insignificante en-



tonces, había de ser después la capital del grande imperio.

La historia de los Aimaráes se perdió para nosotros definitivamente; quizá los Incas conservaban en sus tradiciones orales, en sus quipos y jeroglíficos, las gestas de la cultura pasada; pero su civilización guardaba en todo caso el sello de la raza o, más bien, de la civilización de Tiaguanaco; no en toda su amplitud y fidelidad, sin embargo, como un germen pronto a desarrollarse en el curso de la historia.

El quichua debió ser al principio un dialecto del aimará, diferenciándose bastante de la lengua madre, harto más perfecta y rica en sus formas gramaticales y vocabulario. Durante el período de decadencia y degeneración que siguió a Tiaguanaco, y mientras se desarrolló la civilización atrasada que se le ha bautizado con el nombre de Collachulpa (1), a la redonda del Titicaca, hasta muy lejos, en el Perú y Bolivia, debieron hablarse muchos dialectos derivados del aimará, (2) El quichua, a medida que fué desarrollándose independientemente, fué diferenciándose de la lengua ma-

(1) Las chulpas eran sepulcros en forma de torres; se encuentran en la comarca norte del Titicaca.

(2) En la toponimia del sur del Ecuador se pueden reconocer algunos nombres aimaráes. Es posible que su origen arranque de los tiempos en que se dejó sentir en nuestro territorio la influencia de Tiaguanaco. Por lo que hace a otros topónimos, como los que tienen la raíz coto: Cotopaxi, Conocoto, Cotocollao, etc. que se encuentran hasta en Imbabura, se cree fundadamente que se deben a los mitimaes quichuas que vinieron del Collao y otras regiones de Bolivia y alto Perú.

dre, merced al progreso de la tribu y al trato de nuevas gentes. Los dialectos de las parcialidades fueron enriqueciendo el idioma imperial.

¿Hubo otras influencias orientales en la formación de esta lengua? ¿Quedarían en el Perú vestigios del idioma de los Arawacos que, como cree el Sr. Buchwald, debieron ocupar el Perú meridional y ser después conquistados, aunque no completamente absorbidos por los Aimaráes? El hecho es que, aún ahora, el quichua está compuesto de numerosas palabras aimaráes.

La conquista incaica no pudo alcanzar la unidad perfecta de idioma. En el Perú, se hablan todavía dialectos quichuas que se aproximan más o menos al aimará. El cauqui, hablado todavía en Huarochirí es un dialecto antiguo del aimará.

Se ha querido defender la hipótesis de que el aimará, además de hablarse en todo el Perú, fué también idioma vivo y corriente en todo el Ecuador. Esto no puede sostenerse, sin embargo no deja de llamar la atención el hecho de que el señor Means haya podido distinguir palabras de filiación directamente aimará, tenidas hasta aquí por quichuas, en el idioma de los Colorados. Por otra parte la ideología dimará o de Tiaguanaco puede notarse aún en la mitología de los Chibchas, y estilísticamente está probado, como dijimos antes, que la huella de la cultura del lago puede reconocerse hasta el país de los Pastos.

El quichua se extiende aún ahora desde el norte del Ecuador hasta los territorios de Catamarca y Tucumán en la Argentina, en donde tiene como vecinos los idiomas del Gran Chaco, y en el

Perú, hasta la zona en que principia la lengua de los Araucanos.

Hay una diferencia notable entre los dialectos del Chinchaysuyu, la antigua provincia septentrional del imperio incaico, y el quichua cuzqueño. (1) También es de notarse que la denominación de quichua aplicada al idioma de los Incas es impropia. Los Incas le llamaban runa-shimi, esto es, lengua de los hombres. Un hermano dominicano fué el primero que escribió una gramática "quichua", después de haber estado en las misiones del Perú. Este nombre fué adoptado por diversos autores y llegó a generalizarse. En realidad "quichua" era un distrito pequeño del Perú central, situado en el valle del Pachachaca; su dialecto no fué el origen de ninguna lengua adoptada universalmente. Los Quichuas, al principio mismo de la conquista, fueron asimilados a los Incas. (2) Vecinos de los Quichuas eran y lo son todavía los Aimarâes o Collas originarios como ellos del valle del Pachachaca.

La tradición recogida por los cronistas confirma los orígenes aimarâes de los Quichuas afirmados por la arqueología, al tratarse de Tiaguanaco.

(1) La palabra chincaysuyu expresa la localización de los dialectos, y no una agrupación lingüística, ni un dialecto especial que fuera, según Beuchat, el origen del quichua quiteño.—Cf. Puruhá—Jijón—loc. cit. 170.

(2) Algunas palabras quichuas han pasado a los idiomas europeos como condor, puma, pampa, guano, cacique, etc.

PRIMER PERIODO

VIRACOCCHA.— Parece ser que Viracocha, allá por el siglo X, fué el primer héroe epónimo, el primero que reunió a las tribus de los Quichuas imponiéndoles su dominio. Es el héroe de la fuerza; vino de Tiaguanaco para hacer la unidad de las tribus. Su nombre llegó a divinizarse. La tradición decía que era un hombre blanco.

MANCO CAPAC.— Luego viene el primer civilizador de los Quichuas, Manco Capac, de quien Garcilazo de la Vega dice que, junto con su hermana Mama Ocllo, vino también de los alrededores del lago de Titicaca, trayendo a los hombres la civilización y las leyes. Su padre, el sol, había decretado la suerte de la raza y trazado, en su sabiduría, el camino glorioso de su descendencia.

Este jefe se asoció con algunas tribus vecinas, escapó a las intrigas de los nobles, y organizó un estado muy pequeño, suficiente sin embargo para absorber a los vecinos con su poder central.

¿Manco Cápac fué original en la organización de la gran tribu de los Quichuas, o hacía revivir un sistema antiguo de gobierno, el de sus antepasados los Collas? ¿Eran los Quichuas una raza diferente de la Aimará, conquistada y absorbida por la cultura de Tiaguanaco, y que resucitaba entonces como heredera de la lengua y costumbres de los antiguos dominadores, o pertenecían al mismo grupo étnico y lingüístico que los Collas?. (1)

(1) La piel del Quichua es más oscura que la del Aimará, su tórax, y en general su cuerpo, son más débiles que los de las razas collas.

En todo caso es indudable que la civilización del Titicaca, muerta hacía muchos años, comenzaba a revivir con los Incas.

SINCHI ROCA.—El siglo XII está ocupado por Sinchi Roca, sucesor de Manco Cápac. Sinchi quiere decir fuerte; su oficio debió ser al principio como el de los dictadores romanos. Los padres de familia vieron en él la seguridad de sus hogares y el orgullo de la tribu; la fiereza de los guerreros le admiró y proclamó como digno sucesor de Manco Cápac. El origen de esa autoridad debió ser medio democrático, medio tiránico. El Sinchi habrá sido un hombre superior que se impuso. Al mismo tiempo su familia fué considerada como en un nivel más alto que las demás; se formó la nobleza y, del origen medio democrático de esta dictadura, se pasó a la dignidad hereditaria, considerada tanto más grande, cuanto es necesaria, en el orgullo primitivo de las razas que comienzan a desarrollarse, la fuerza de la tradición, que después a poco menester se transforma en fábula.

En las serranías peruanas había muchos sinchis. El democratismo de todas esas tribus diseminadas era sumamente rudimentario; las costumbres, sencillas; las relaciones sociales, primitivas. El sinchi era ante todo un jefe militar; quizá representaba ante las gentes, no sólo un superior personal, sino la preponderancia de una familia sobre las demás.

Manco Cápac había sujetado ya a algunos

sinchis de la vecindad. En el siglo XII el Cuzco era el centro de la hegemonía inca.

En el Perú meridional flotaba la leyenda del imperio del lago, sabían los Incas que sus padres reinaron allá hacia el sur. La patria primitiva les llamaba, y, antes de dirigirse al norte, en donde estaban diseminadas las huellas de Tiaguanaco hasta las regiones ecuatoriales, comenzaron a andar hacia el sur los primeros pasos de su prodigiosa carrera.

Sinchi Roca guerreó hasta la vejez, entre el Cuzco y Titicaca, logrando formar el núcleo meridional del imperio que iría creciendo después con la audacia de sus sucesores.

Sinchi Roca dominó el feudalismo primitivo que pretendía renacer. Probablemente desde el principio se anexaron al imperio quichua algunos pueblos.

INCA LLOQUE YUPANQUI.— Este Inca reinó en la segunda mitad del siglo XII. Sus tribus subieron el valle del Vilcanota en donde estaban los confines de los Quichuas y tocaron con la vieja civilización de los Collas, entonces en decadencia (1). Allí hubieron de admirar las ruinas

(1) Los Aymarás, como hemos dicho antes, no eran sino una pequeña tribu del Pachachaca que hablaba el Quichua. Después aimará y colla se han hecho sinónimos. Tupac Yupanqui, a mediados del siglo XV trasladó una colonia

de la antigua metrópoli, recoger las tradiciones confusas, entrever las costumbres y el grado de cultura a que llegaron los de Tiaguanaco y asimilar a su lengua alguna que otra palabra colla, sorprendiéndose desde luego por las afinidades de su propia lengua con la de los Aimarás.

La decadencia militar de las tribus de la hoya del Titicaca debió facilitar la conquista. Además, los Incas supieron siempre poner en juego, junto al valor de las armas, la astucia, el engaño y la diplomacia.

Lloque Yupanqui se casó con una hija del jefe del pueblo vecino de Sañú, e hizo de éste un barrio del Cuzco.

MAYTA CAPAC.— El cuarto inca Mayta Cápac mandó a sus generales a las selvas orientales y las costas del Pacífico, y por el sur hasta más allá de Chuquiapu (La Paz). Las tribus de los alrededores del lago se le sometieron por temor.

INTI YUPANQUI O CAPAC YUPANQUI.
—Fué éste el quinto Inca (1230 a 1250). Hizo conquistas en las serranías del sur y, como hasta entonces los chuichuas no habían descendido hasta

de Aimarás a las riberas del lago de Titicaca, en donde moraban las poblaciones collas. Los aimarás aprendieron la lengua de éstos, de suerte que, cuando los Padres Jesuitas aprendieron el colla de los aimarás trasplantados a esa comarca, llamaron al colla, aimará. Este nombre ha quedado ya consagrado.

el litoral, llevó sus fuerzas sobre el territorio de Nazca.

En este tiempo pusieron en peligro el dominio de los Quichuas los Antiguaylas que habitaban la frontera sureste, en las planicies de los afluentes del Paraguay. Se unieron estos indios con los Diaguitas y otros pueblos vecinos, vencieron a los Chiriguanos y se dirigieron al Cuzco. Este camino era ya conocido por las antiguas migraciones. Yupanquí los venció. Desde entonces los Quichuas pudieron pensar en las conquistas del norte. (1)

SEGUNDO PERIODO.—Hasta aquí la época de las conquistas preliminares: las fuerzas de los Incas se han dirigido hacia el sur y han tentado el dominio de la Costa.

En el segundo período se afirman las conquistas hechas, se llega a lejanas regiones meridionales, se somete el litoral y se avanza hasta las regiones de la línea ecuatorial.

Hasta entonces, los enemigos del poderío quichua podían ponérsele delante, eran pueblos que más o menos estaban al mismo nivel. La consolidación del imperio naciente era obra de sagacidad, de organización y de fuerza.

(1) Inti Yupanqui comenzó a establecer en su imperio el servicio de correos.

ROCA II.—Roca II, el sexto Inca, reinó en la segunda mitad del siglo XIII. Las reformas internas ocuparon gran parte de su actividad. Los gérmenes de cultura iba sembrando en el pueblo, el progreso material, el sentido de la organización, acreditaron al nuevo imperio ante sus vasallos y aliados. Esa cultura incipiente estaba además conformada sobre las culturas de los otros pueblos; la milicia aprendió de sus antiguos enemigos nuevos procedimientos, perfeccionó su táctica, pudiéndose de esta suerte ensayarse con la gran confederación de los Chancas del norte, poderosos en las sierras, y que no eran en nada inferiores a los cuzqueños. Roca II no consiguió ninguna victoria contra los vecinos del norte, pero dejó indicado el camino de la gloria a sus sucesores.

YAHUAR HUACA (que llora sangre).—Reinó Yahuar Huaca hasta mediados del siglo XIV. Fué pusilánime y poco hábil, pero sus generales lograron mantener la paz en el sur y aún hacer algunas conquistas. Los Chancas que le conocieron el natural apocado y medroso resolvieron deshacerse de él y dominar a los Quichuas que les amenazaban. Aliados con los Chinchas, cargaron contra aquellos, y, la cobardía del Inca hubiera malogrado todo el valor de sus antepasados, a no ser por Viracocha que tomó el mando en la famosa batalla de la ancha llanura de Jaquijaguana (Anta), que domina el camino norte del Cuzco y que ha continuado siendo clásico campo de combate.

Si perdían los Quichuas en esta ocasión, quedaban definitivamente dueños de las sierras los Chancas. Viracocha hizo abdicar a su inepto padre, asumiendo el mando del imperio. En el lugar de la batalla levantó su palacio cuyas ruinas pueden verse todavía.

VIRACOCHA.—Viracocha debió reinar hasta fines del siglo XIV. Su política fué la de Roca II: reformas, cultura interna, unificación. Pero no dejó de guerrear en su vida. Los Chancas se le sublevaban, las tribus del sur tentaban independizarse. Una armada de 20.000 Quichuas llegó hasta Coquimbo en el país de Atacama luchando contra los aguerridos Araucanos y Chambos.

Cuando Viracocha estaba ya anciano, pues había reinado la mitad de un siglo, los Chancas pusieron de nuevo a prueba el valor de los Quichuas. Su hijo Pachacútec se hizo cargo entonces del poder y venció a los del Contisuyo en Yahuarpampa (campo de sangre).

Con este soberano (1400 a 1446) llegamos al principio del último y más grande período incaico.

TERCER PERIODO.—PACHACUTEC.—Mientras los Chancas eran vencidos y asimilados al grande imperio, como provincia federal, los sueños del Titicaca y de las costas habían recobra-

do su independencia, pretendiendo malograr la obra de los generales de Yahuar Huacac y del gran Viracocha. Además, en la costa, después de las incursiones de Capac Yupanqui sobre Nazca y Acarí, casi nada se había hecho; y los costeños, sobre todo los Chimus, eran pueblos quizá más adelantados que los de las serranías. En efecto las inmigraciones extranjeras que, aunque de tarde en tarde visitaron las costas ecuatorianas peruanas y chilenas, hicieron que esas razas se desarrollasen con mayor facilidad que las acantonadas en las alturas.

En la región de los Chimus (Trujillo) habíase desarrollado también, allá por los siglos VII, VIII y IX la cultura de Tiaguanaco. En ese entonces este pueblo del norte era el más organizado y temible de los de la costa. Los Chimus tenían el organismo hecho a los grandes calores y se las componían para no dejarse diezmar por las epidemias; por otra parte conocían el arte de la guerra mejor que los cuzqueños: sus ciudades estaban rodeadas de murallas, sus campos fortificados.

En la costa había un régimen feudal de diversas tribus.

Al lado de todo esto los Huancas del Chinchaysuyu se organizaban contra el enemigo común.

Pachacútec debía, pues, reconquistar parte de los territorios del sur, vencer a los de la costa, y a los del norte, y hacer la unidad nacional.

Los ejércitos del Inca se turnaban cada dos o tres meses en los llanos del litoral para no debilitarse. Pachacútec fué indomable; atizó las gue-

rras que desde antes se hacían los diversos estados de la costa; cada día disciplinaba mejor a sus montañeses, y por la astucia, y por el valor, y por la prudencia y las negociaciones, tras largas años de lucha, dominó a la costa. Con cierta hipérbole Marckam le ha calificado del mejor genio militar y cultural producido por la raza indígena de América.

El contacto con pueblos superiores hizo que en los Quichuas, junto con la asimilación de nuevas costumbres, se desarrollase el orgullo imperial de los que habían logrado ponerse por encima de pueblos más adelantados.

Las campañas del sur debieron ser más rápidas. Casi todas las tribus collas fueron sometidas. La influencia peruana se prolongaba hasta los Calchaquies y los Diaguistas, como en los tiempos de Tiaguanaco.

La conquista del norte se llevó a feliz término merced a la alianza de los Chancas. En las batallas de Xauxa y Tarma, más hacia el norte, los Huancas quedaron deshechos. Una colonia de los Quichuas se establecía en ese mismo tiempo en Tomebamba (Cuenca).

Los Quichuas se vieron dueños de centenares de millas; el genio de Pachacútec sin dar de mano a las armas organizaba su imperio. En el Cuzco se levantaba el templo del Sol y la recolección de las vírgenes; se hacían censos de la población, se cultivaban las tierras propiedad del Estado; se pretendía dar nuevas orientaciones al feudalismo de la costa. Después de Pachacútec el imperio de los Incas se hará más grande todavía, sus suce-

sores serán dignos de su audacia y talento organizador, pero nunca podrá olvidarse de este esfuerzo poderoso de Pachacútec por encima de tantos pueblos disímiles y de cultura tan desemejante.

Tupac Yupanqui sucedió a su padre Pachacútec reinando en la segunda mitad del siglo XV (1448-1482). Fué hábil gobernante y tenaz guerrero; no sólo continuó la obra de organización del imperio, sino que llevó sus armas hasta el país de los Caranquis, más allá de la línea equinoccial.

EL REINO DE QUITO.—El P. Velasco nos habla de las acciones de armas de Tupac Yupanqui en el Reino de Quito.

El P. Juan de Velasco, primer historiador de las antigüedades ecuatorianas, nació en Riobamba en 1727, hizo sus estudios en Quito en el Real Colegio de San Luis regentado por los Padres Jesuitas. A la edad de 17 años entró en la Compañía de Jesús, cursó las humanidades, filosofía y teología y, después de recibir las sagradas órdenes, fué destinado a la evangelización de los infieles. Luego se dedicó a la catequesis en la provincia de Imbabura, en cuya capital y en Quito llegó a dictar clases de filosofía y otros ramos de la enseñanza. En el Colegio de Popayan enseñó matemáticas, física y otras ciencias naturales. Profesó en 1763.

Cuando la expulsión de los Jesuitas por la Real Cédula de Carlos III en 1767, el P. Velasco

salió de Popayán para Cartagena; allí se embarcó con rumbo a Italia, fijando su residencia definitiva, después de recorrer Francia y Alemania, en la ciudad de Faenza. Un Breve del Papa Clemente XIV suprimía la Compañía de Jesús en 1773; el P. Velasco de 46 años de edad vestía la sotana de clérigo secular. Sordo y achacoso, aunque no era muy viejo, murió en la misma ciudad de Faenza en 1792, a la edad de 65 años.

La historia del Reino de Quito del P. Juan de Velasco es la primera obra nacional que trata de nuestras antigüedades. La historia de esos tiempos, hasta no hace muchos años, se escribía con la obra del Padre Jesuita a la mano. En estos últimos años se ha discutido hasta con acritud.

El primero en dudar de la autoridad del P. Velasco fué Jiménez de la Espada. González Suárez siguió por el mismo camino desde su primer estudio sobre los Cañariz. Después escribía: "Cuanto más estudio este punto, más me convenzo de que la tal monarquía de los shiris debe eliminarse de la Historia antigua del Ecuador". Jijón y Caamaño y Homero Viteri Lafrontera combatieron con encono al P. Velasco. Pi y Margall duda también del P. Velasco. Para Juan León Mera, Pablo Herrera, Wolf, Prescott, González de la Rosa, etc es verdaderamente una autoridad. Rivet y Verneau se sirven de nuestro primer historiador a cada paso, al hablar de la etnografía ecuatoriana. Juan Félix Proaño ha salido siempre por los Duchicelas. Pío Jaramillo Alvarado hizo una defensa elocuente y documentada, lo mismo que el P. Le Gouhir, de la autoridad del

Padre jesuita. Isaac Barrera sigue a Jiménez de la Espada, González Suárez y Jijón, pero con cierta parcimonia de juicio y de espíritu combativo. El Dr. Leonidas Batallas hizo su tomito de citas, de lo que se había dicho acerca del P. Velasco por diversas autoridades, y añadió o entreveró sus páginas de defensa. Ultimamente el Dr. Uhle dice que de parte y parte los defensores e impugnadores son apasionados. “La forma misma de sus exposiciones (de los de la defensa) hacía casi imposible discutir con ellos científicamente”. Y acaba por descentrar un poco el problema colocándolo parcialmente a la luz de la arqueología. “La arqueología nueva, base del conocimiento de la civilización moderna, es la única que produce valores inamovibles en el conocimiento del pasado de las naciones. Ella tiene que dar también la base de nuestro saber sobre el pasado del suelo ecuatoriano”. Al Dr. Uhle no le ha gustado aquello del P. Le Gouhir de que nuestra arqueología está todavía en pañales y que es necesario esperar que la criatura llegue a la edad de hablar para entonces poder ver si contradice a alguien. (1)

-
- (1) Cf. *El Reino de Quito*, por Max Uhle—*Bol. Ac. Nac. H. X*; 1030. *Quito Colonial*—Isaac J. Barrera—117-147. *El Indio Ecuatoriano*—P. Jaramillo Alvarado principalm. hasta 176—*Vida y escritos del P. Juan de Velasco*—Leonidas Batallas 1924. *Le Gouhir*—*El P. Juan de Velasco y la Prehistoria Ecuatoriana*. *La Historin del Reino de Quito*—Los Shyris del P. Velasco, *Revista de la Sociedad Jurídico Literaria*—I—1917—162—181—*El primer ataque está en el estudio sobre los A-borígenes de Imbabdra*—1914—Jijón y Caamaño—*Est.*

No pretendemos tomar parte en la polémica acerca de la veracidad del P. Velasco y del valor histórico de su obra; pero debemos decir que la **Historia del Reino de Quito**, la primera obra nacional que trata de nuestras antigüedades, es obra de alto valor relativo, que no fué escrita de memoria, sino apoyada en apuntaciones tomadas en los viajes por el Ecuador, cuando el autor era joven, en el testimonio de los cronistas, en la tradición de los indígenas y en la observación personal. El P. Velasco, con su estilo desaliñado, claro y familiar, escribió sinceramente esta historia en su edad madura, insertó en ellas las fábulas que había oído sin ponerlas en tela de juicio, con el afán de dejar su obra sin lagunas, clasificó las tribus sin un criterio científico porque no era un etnógrafo ni un filólogo, etc. Sin embargo de todo queda un jugo de verdad que puede ser separada no del embuste sino de la sencillez y simplicidad de la narración. La arqueología ha dicho que el P. Velasco se ha equivocado, ha desbarrado en algunos puntos, en buena hora. Acojámosle al Padre

estudio publicado en la *Jurídico* es el de Homero Viteri. *Exámen crítico de la veracidad de la Historia del Reino de Quito del P. Juan de Velasco*—J. Jijón y Caamaño,—*Bol. Soc. Es. H.* I—33—63; 1918.

Tesis de Prehistoria Ecuatoriana—P. Le Gouhir—*Revista de la Asociación Católica de la Juventud Ecuatoriana*—1919—2: 13 y 15.

Id Tesis de Prehistoria Ecuatoriana—*Rev. de Centro de Est. Hist. y Geog. de Cuenca*—1924—10.

El desarrollo de la Prehistoria en los primeros cien años de la República—Max Uhle—en *El Ecuador en Cien años de Independencia*—ed. Orellana—I 1....

Velasco y acojámosle a la arqueología y a la crítica que tamiza la ciencia histórica del Padre Jesuita. Por eso dice muy bien el Dr. Uhle que “todas las generaciones posteriores a la edición de su libro han hecho mal, . . . en considerarlo como un último evangelio sobre prehistoria ecuatoriana”.

Como existían en el Perú las confederaciones de Incas, Huancas, Chancas, Chinchas, Chimus, etc., en el norte de estas regiones había una que llegó a llamársele reino de Quito. Según la crónica se extendía esta unidad desde el país de los Pastos hasta las fronteras de los Cañaris, en el cañón interandino. Tenía muchos habitantes, no todos de una misma raza, ni de una misma lengua, pero en un estado de cultura bastante floreciente, aunque no al nivel de los Incas. En todo caso eran temibles y podían luchar de igual a igual con los Quichuas. Probablemente el reino o confederación de Quito, tal como estaba en tiempo de la invasión incaica, no era muy antiguo. El P. Velasco habla de la federación hecha entre los Caras del norte y los Puruháes del sur, por el matrimonio de la heredera del reino de los Caras con el heredero del reino de Puruhá. Unos y ótros debieron habitar en sus respectivas provincias organizados independientemente.

Los Caras o Caranquis que vinieron por el Guayllabamba, como otros inmigrantes, dominaron en parte a los Quitus que (1) debieron haber

(1) Cf. pag. 125—Los Quitus.

venido por el mismo camino que ellos. Los Quitus eran de cultura inferior y nunca pasaron de sepultar a sus muertos en pozos sencillos.

Del estudio de los cronistas, prescindiendo de Velasco, se desprende que el primitivo reino de Quito se extendía más o menos desde Mocha hasta el norte de la provincia de Imbabura. Los Puruháes eran cosa aparte. Entre los Caras, Quitus y Panzaleos, los primeros eran más civilizados y guerreros más expertos. Es pues de suponer que esta unidad se habrá hecho por dominio de los de Imbabura sobre los ótros. Ese reino de Quito era una alianza de Cacicazgos.

La historia o leyenda de los Shiris es la siguiente: Los Caras arribaron a la costa norte del Ecuador navegando en balsas, y dieron su nombre a la bahía de Caraquez, en donde fundaron la ciudad de Carán. Largo tiempo vivieron en la costa; pero, lo malsano del clima y la curiosidad de nuevas tierras, les hicieron subir por el curso del Esmeraldas, hasta que, vencidas todas las dificultades de las selvas, llegaron a la altiplanicie de la sierra en donde corre el Guayllabamba. Su jefe se llamaba Shiri, esto es, soberano. Aún ahora existe esta palabra con el significado de señor. Notemos de paso como la arqueología ha confirmado este punto de Velasco demostrando que no sólo una vez los inmigrantes vinieron por el Esmeraldas y el Guayllabamba.

El territorio de la sierra adonde llegaban los Caras estaba ocupado por los Quitus, raza débil y atrazada, gobernada por un régulo que residía en la actual Quito, nombre que tomó la ciudad del último monarca el que fué sojuzgado por los Caras. Estos sometieron también las parcialidades del norte en Cayambe, Otavalo, Huaca y Tusa "término de donde nunca pasó ningún conquistador antiguo hasta que entraron los españoles", hasta el país de los Quillacingas, y por el sur a los indios de Latacunga y Ambato.

Todas estas tribus carecían de buena organización. Los Shiris, siguiendo su marcha, tentaron vencer a los poderosos régulos de Puruhá, pero se quedaron en Mocha sin poder pasar adelante. Muy pronto sinembargo obtuvieron por medio de una combinación política lo que no alcanzaban por la fuerza. El undécimo Shiri Carán estaba ya anciano, todos sus hijos varones se le habían muerto, sólo quedaba como heredera del trono su hija Toa; pero, según la ley, en caso semejante debía suceder al soberano el sobrino mayor. El Shiri que tampoco tenía sobrino hizo entonces derogar esa ley por la asamblea de los grandes del reino que declararon a Toa la legítima heredera del trono. En cuanto a su marido, ella debía elegirlo.

Condorazo era en esos tiempos el viejo rey de Puruhá y tenía un primogénito llamado Duchicela, cuyo matrimonio con Toa quedó acordado después de una larga plática entre los dos reyes. ¿En dónde reinaría el nuevo monarca, a las faldas del Pichiucha o a las del Chimborazo? La muerte

del Shiri de Quito solucionó el conflicto, y Duchicela, desposado con Toa, le sucedió en el poder comenzando de hecho a reinar tanto en Quito como en Liribamba. Los Puruháes estaban incorporados al reino de los Shiris. El viejo Condorazo caído del trono, se alejó solo hacia el sur, a la cordillera de los Collanes, y, en las agrias pendientes del nevado, que desde entonces lleva su nombre, acabó su vida en la amargura.

Los Cañaris y otros régulos del sur que algo sabían ya de los progresos de los Incas, se confederaron con el duodécimo Shiri Duchicela.

Hualcopo Duchicela el 14 Shiri sucedió a Atauqui Duchicela que no hizo cosa memorable en su reinado. Este Hualcopo tenía un hermano menor que era el general de sus tropas. Epiclachima, varón de notables talentos marciales, apenas supo que el Inca había sometido en el sur a los Huancabambas, Cajas y Cascayungas; no sin cierto temor, se preparó a la defensa durante largo tiempo en Puruhá, mientras el enemigo iba avanzando.

Cuando supo Hualcopo que los Cañaris habían reconocido por su soberano a Tupac Yupanqui, salió a la provincia de Tiquizambi a disputarle el paso, más el valor de los Quichuas, y sobre todo su constancia, hicieron que el terreno se fuera ganando palmo a palmo hasta llegar al nudo de Tiocajas. Fué entonces cuando Epiclachima decidió dar una batalla general; sin embargo, ni el número de sus tropas, que era superior al de las del enemigo, le valió nada, pues la derrota fué

completa, quedando el general en los campos de batalla.

A Epiclachima le sucedió en el mando del Ejército su hijo mayor Calicuchima, que también fué derrotado, llegando el Inca, después de poco, a posesionarse de Liribamba. Hualcopo se alejó hacia el norte, y murió poco después.

Cacha, su primogénito, que había nacido en los lagos de Puruhá, dando su nombre a ese lugar, le sucedió en el trono, y fué el último Shiri. Su valor y audacia fueron grandes; se propuso reconquistar lo perdido, acometió a los Incas, los venció, los pasó a cuchillo y demolió sus fortalezas de Mocha, llegando hasta la provincia de los Tiquizambís. Pero, a pesar de todo, el Inca, en muchas batallas y en largo tiempo, fué recuperando los dominios de Puruhá, y aún siguió adelante hasta Quito, a pesar del valor a toda prueba de Cacha y Calicuchima. Al fin, en el norte se dió la última batalla a orillas de un lago que desde entonces se llamó Yaguarcocha, o sea, lago de sangre, tal fué la masacre que en los Caras hizo el Inca, hasta dejar teñida en sangre la laguna. Allí murió el Shiri. Quedaba su hija única, Pacha, con quien se desposó el Inca, y de la cual debía nacer Atahualpa heredero del trono de Quito.

Esta es, en resumen, la leyenda de Velasco. No creemos con los señores Jijón y Caamaño y Viteri Lafrente que se deba mutilar la protohisto-

ria, como lo hizo ya Belisario Quevedo, suprimiendo enteramente lo contado por el P. Jesuita; como tampoco es posible admitir toda la sucesión de los Shiris, con su cronología y sus campañas, es decir una historia de muchos años, tan bien concatenada y desconocida por los demás cronistas. Estamos empero en los límites de la leyenda y de la historia y, según lo dijimos, es un hecho histórico la existencia del reino de Quito, impropriamente llamado así, como ya lo observó González Suárez.

Caranqui fué una verdadera capital de los Caras; aún bajo la dominación de los Incas no dejó de tener el mismo carácter; allí, según algunos cronistas, nació el Inca - Shiri Atahualpa; además, la desinencia *qui* quiere decir cabeza. Los Quitus desempeñaron un papel secundario en aquella época, los Caras que eran más modernos y más perfeccionados que ellos se impusieron.

Es también un hecho histórico, innegable, que los Caras pelearon junto con los Puruháes defendiendo sus territorios contra los Incas.

El reino de Quito existió; ahora, que sea verdadera o no la alianza de Quitus y Puruháes por el matrimonio de Toa con Duchicela; caso que se repite cuando el matrimonio del Inca con la hija del Shiri, aunque no como alianza, sino como fusión de razas en las personas de los soberanos; que haya habido quince shiris, o los que se quiera, no cambia en realidad la sustancia de esa historia, sino tan sólo el detalle.

El reino de Quito existió: Velasco no está aislado en este punto; otros cronistas, y no son uno o

dos, nos han hablado de su grandeza, de su extensión; y el mismo González Suárez escribía "lo único que hay de cierto es que hubo Shiris y que estos fueron vencidos por los Incas". Aún cuando no se admita una línea del P. Velasco, no puede dejar de admitirse la existencia del reino de Quito. No es solamente el historiador jesuita, sino también Gómara y Garcilazo quienes dicen que la madre de Atahualpa era hija del último rey de Quito. El número y cronología de los shiris no hace al caso, tampoco el modo como se efectuó la alianza entre Puruháes y Caranquis.

¿Fué el reino de Quito (no el primitivo) una confederación simple de dos pueblos o más, o en realidad tuvo una organización monárquica, aunque primitiva? ¿El centro de este reino estaba en Quito o en Caranqui? Ya hemos hablado del régimen de cacicazgos. Ahora la arqueología no ha podido probar todavía lo que enseña la tradición, a saber: que en Quito estuvieron los Quitus y que después fué esta ciudad la capital del reino de su nombre. Los cronistas hablan de el Quito como hablan de el Cuzco; Jijón y Caamaño, por otra parte, apoyándose en Cieza de León, Montesinos y Herrera, y en que los artefactos encontrados en los alrededores de Quito son de estilo incaico, o tienen algo que ver con los artefactos cuzqueños, concluye que el centro de la antigua Quito debió estar más o menos a una legua al norte de la ciudad actual; que la población debió ser muy diseminada; y después, que fué Tupac Yupanqui el que fundó la ciudad, estableciendo campamentos especiales en los barrios que ahora se llaman La

Tola y San Juan, sin que por eso no deje de reconocer que los aborígenes habitaban ya por parcialidades las faldas del Pichincha.

El reino de Quito hubiera debido llamarse el reino Cara. ¿Por qué subsistía ese nombre? Por el mismo Velasco podemos explicar esta anomalía. ¿Por qué no admitir, como dice él, que los aborígenes eran numerosos, y que, en relación con ellos, los caras eran una población limitada? En efecto, estos últimos eran inmigrantes posteriores a los Quitus. Los Quitus eran los aborígenes; fueron dominados por los extranjeros a causa de su inferioridad cultural y militar, y hubieron al cabo de aprender las costumbres caras y unificarse con ellos y formar con ellos la gran nación cara. Pero quedó el nombre a fuerza del número. Los Quitus fueron civilizados por los Caras, sin embargo continuaron siendo Quitus con la civilización cara; esto puede ser verdadero principalmente para el norte; los del sur que vivían al pie del Pichincha no acababan todavía de ser absorbidos por ellos. Con la invasión de los Caras tenemos, más que un cambio de raza, un cambio de cultura.

Ahora, el gran reino de Quito, que se extendía hasta el Azuay, era relativamente reciente cuando la invasión de los Incas. Los Shiris habitarían Quito, dejando Caranqui, por estar más cerca de Liribamba, por estar en el centro mismo del reino o confederación; no alcanzaron sin embargo a hacer de ese agrupamiento de villorios aborígenes una ciudad con construcciones que después hubieran encontrado los arqueólogos. El

nombre de Quito se referiría pues, más que a la ciudad, al pueblo aborigen.

El reino de Quito, o confederación de Caras y Puruháes, debe tenerse como una realidad histórica. Con el pueblo cara convivían los Quitus que eran muy antiguos moradores de estas tierras. En el valle de Latacunga estaban los Panzaleos no tan antiguos como los Quitus, pero originarios del norte como Caras y Quitus. El roce de estas cuatro culturas diferentes, cara, quitu, panzaleo y puruhá, incluyendo en estas denominaciones el de muchas otras parcialidades, hizo que esta confederación de pueblos, en mucho inferior a la de los Quichuas, pudiera ponerse delante de éstos, como de igual a igual, para probar la suerte de las armas.

Volviendo al P. Velasco, se ha dudado de su veracidad achacándole de crítica deficiente en materia de bibliografía, porque su obra está apoyada en las de otros autores que no han llegado hasta nosotros. En efecto, la obra del Padre Velasco fué escrita en el siglo XVIII; la dedicatoria está datada en Faenza el 15 de marzo de 1879; habían pasado muchos años desde cuando los cronistas pudieron recoger de boca de los mismos indios las tradiciones históricas y era preciso que el Padre se apoyase en otras autoridades. Por esto se ha llegado a decir que el historiador, lejos ya de los tiempos de la conquista, ha inventado estas autoridades, o que se ha servido de esos nombres para tejer la fábula de los Shiris.

Nosotros no conocemos las obras de Fray Marcos de Niza, el abnegado franciscano que es-

tuvo con Pizarro en Cajamarca, en donde fué testigo de la muerte de Atahualpa, y que, después de corta permanencia en Riobamba con Benalcázar, se regresó a Centro América acompañando a Alvarado. Este misionero estuvo tres años y medio en el imperio de los Incas, si bien en Riobamba no pasó de estar cinco meses (1534). Debíó saber muy bien el quichua. Su neófito predilecto fué Cachulima, pariente inmediato de los reyes de Puruhá y Quito, príncipe real, señor de Cacha; de este indio tomó el misionero las tradiciones relativas a los Incas Shiris y Puruháes. Estas tradiciones escritas por Niza las conoció Velasco fragmentariamente, como él mismo lo dice. Nosotros no las conocemos de ningún modo.

La segunda autoridad en que se apoya el P. Velasco tampoco puede ser juzgada por nosotros, porque, como autor, nos es completamente desconocido el Oidor de la Audiencia de Lima Bravo de Saravia, cuya obra, según dice el P. Jesuita, no llegó a publicarse a causa de una poderosa enemistad.

En cuanto a Jacinto Collaguazo, el tercero de los autores citados por Velasco, y de quien dice el historiador, que fué un cacique de Ibarra, a quien conoció anciano ya de 80 años, y que era de "grande juicio y singulares talentos", nada ha llegado tampoco hasta nosotros, ni ha sido mentada por ningún cronista su obra acerca de las guerras civiles entre Atahualpa y Huascar, y que, según el P. Velasco, fué quemada y reproducida después por su mismo autor. Jijón sugiere la hipótesis de que Velasco haya conocido a Niza y Saravia a

través de Collaguazo y el mismo Padre Jesuita dice que, tanto Saravia como Collaguazo, a los cuales hay que añadir López de Gómara, se sirvieron para sus trabajos de una copia manuscrita del P. Niza.

Sea de todo esto lo que fuere debemos sacar en limpio que el primer historiador ecuatoriano fué un hombre veráz y bien intencionado, y que su historia de los Shiris, si no puede admitirse como rigurosamente histórica, tampoco es mera fantasía creada por Velasco.

Los velasquistas esperan que algún día se dé con algún manuscrito de Collaguazo o de los ótros.

TUPAC YUPANQUI.—Cinco fueron los períodos de conquista que pueden distinguirse en los hechos de armas que Tupac Yupanqui llevó a cabo en el norte: el sometimiento de las tribus que vivían entre Cajamarca y el Azuay; la conquista de los Cañaris; luego la de los Tiquizambis y Puruháes; el dominio de la costa; y, por último, el de los Caranquis de Quito.

Para llegar hasta los aguerridos Cañaris era preciso someter a varias tribus, algunas de ellas emparentadas con los Jíbaros, y que tenían una táctica distinta en la guerra. Los Huancabambas eran valientes, pero ante el número de los invasores huyeron despavoridos, a los montes, en donde prefirieron dejarse morir de hambre, a ser súbditos de los Quichuas.

Los Bracamoros, Jíbaros de Jaén, que habitaban al sureste de los Huancabambas, fueron tan

valerosos como ellos y de mejor fortuna, pues nunca fueron vencidos por los invasores, y aún después, pusieron algunas veces en jaque a las tropas de Huayna Cápac.

Los Cajas, Ayavacas, Calvas y Zarzas, que, según Garcilazo, tenían un gobierno republicano, se defendieron heroicamente, y sólo al cabo de muchos combates fueron sometidos. Lo mismo los Cascayungas, que talvez eran una parcialidad de los Chimus o Yungas del sur.

En cuanto a los Paltas del Zamora y de Tímbez, y que se acantonaron en Zaraguro, parece no fueron muy aguerridos. Aliados de los Cajas y emparentados con los Bracamoros, eran lo contrario de éstos: la vida tranquila de las selvas había dulcificado su carácter, su raza no era tan vigorosa, por otra parte, y así, cuando los Quichuas se les pusieron delante, resistieron flojamente, y, a poco menester, hicieron con ellos las paces, sometiéndoseles de todo en todo, pues no tardaron en adoptar su lengua y su vestido antes que los otros conquistados. Algunos miles de entre ellos fueron trasladados a las provincias meridionales, al mismo tiempo que mitimáes del Tahuantinsuyu venían a establecerse en sus tierras.

Los Cañaris, cuyas tribus habitaban la cuenca del Jubones, y se extendían hacia el norte, hasta el valle de Alausí, eran, como hemos visto, una federación de tribus bien organizadas y apercibidas a la guerra. Su jefe o régulo Dumma, aliado de los Macas, de algunos jefes de la costa y, últimamente, de los Paltas, resistió prudentemente al principio y se resignó a someterse, pues era te-

meridad ir contra los invasores que venían victoriosos y en número tan considerable. Pero el Inca les exigió 15.000 hombres para trasladarlos al sur, según era su política, y además hizo prisioneros a los régulos, mandando levantar muchas fortalezas, porque desconfiaba de los Cañaris. Entonces se declaró la guerra de independencia, en la cual estaban también comprometidos los Paltas. La campaña de reconquista duró cosa de tres años; las fuerzas de Tupac Yupanqui estuvieron largamente atrincheradas en Zaraguro, pero avanzaron tan resueltamente que hubieron de entregar las armas los Cañaris. El Inca no se fió de su rendimiento y ocupó cautelosamente las tierras conquistadas, en donde se le recibió con muestras de alborozo, alojándosele en un palacio construído en muy poco tiempo.

Siguiendo siempre su política de integración, Tupac Yupanqui abrió caminos y construía puentes, para unir las nuevas provincias con la Metrópoli, y granjearse la simpatía de los vencidos. En este viaje de Tupac Yupanqui se fundó la ciudad de Tomebamba, que llegó pronto a ser una de las más importantes del imperio.

En Tomebamba nació en este mismo tiempo Huayna Capac, que debía continuar luego las conquistas de su padre en el Ecuador. El Inca no siguió adelante, sino que se regresó al Cuzco para atender a las provincias del sur y preparar la conquista del Reino de Quito. Se internó algo en la costa ecuatoriana, recibió embajadas de algunos régulos que dominaban en ella, y se aventuró en sus balsas hasta las islas de Galápagos.

El tercer período de las conquistas de Tupac Yupanqui fué de alta importancia. El Shiri perdió la provincia meridional de Puruhá, Tiquizambi, después de pocas escaramuzas y se replegó a Liribamba. La batalla que se dió en la llanura de Tiocajas fué reñida; allí murieron los generales del Shiri y su ejército quedó destrozado. Los Quichuas continuaron su marcha hacia el norte, tomaron, no sin dificultad la capital de Puruhá, llegando a ser dueños de la llanura hasta el Igualata, término de los Panzaleos. Esta parte de la historia está tratada minuciosamente por Velasco. Recordemos al Shiri Hualcopo y a su general Epiclachima que murió en Tiocajas.

El sometimiento de la costa, en el cuarto período de estas conquistas, se hizo, en gran parte, por la diplomacia. Ya desde Zaraguro comenzó la inteligencia con los régulos de Túmbez, los Mantas y Huancavilcas. La costa del sur se sometió al Inca antes de la campaña de Puruhá; en cuanto a la del norte, temía al invasor, y en parte se sometió por medio de embajadas, antes de la última campaña del norte. Cuando el Inca hubo fundado Quito, mandó a Portoviejo sus embajadores, que fueron asesinados. Tupac Yupanqui emprendió entonces en la pacificación de esas regiones; no es seguro que fuera allá personalmente. El hecho sólo de ser dueño de toda la sierra bastó para que buena parte del litoral no intentase siquiera oponérsele.

La última campaña del Inca terminó con la conquista definitiva del Reino de Quito. Los Panzaleos y Ambatos fueron muy aguerridos y de-

fendieron Mocha heroicamente; vencidos allí, pelearon con igual valor en Latacunga. Entre el Igualata y Tiopullo se desarrollaron muchos combates, hasta que los vencedores descendieron al valle de Machachi. Las tropas de los Caras perdieron, por último, los dominios del Pichincha retirándose al norte a su antigua capital Caranqui. (1)

A estas campañas del norte deben añadirse las del sur, que se llevaron a cabo, ya personalmente por Tupac Yupanqui, ya por sus generales. Continuamente se levantaban conatos de independientes y las tropas quichuas tuvieron que pelear en el sur para someter a pueblos muy feroces. Guerras de conquista fueron también la de los Chiriguanos, de la familia de los pueblos llamados hoy Tupí-Guaraní, y la terrible de los Araucanos, de legendaria valentía. Las tropas del Inca llegaron hasta el río Maule, ocupando la mitad del Chile actual.

Puede decirse que, en el Ecuador y en el sur,

(1) El Shiri, el general Calicuchima, los demás jefes o régulos cuyos nombres no conocemos íntegramente (el de los Panzaleos se llamaba Pillaguasu y era aliado de Pisar Capac, régulo del norte en el país de los Cañarís), fueron hábiles y valerosos para el combate. Cuando el Inca le mandó su ultimatum, el Shiri contestó altivamente que prefería la muerte a ser vencido. La crónica dice que eran cuarenta mil los soldados de Tupac Yupanqui, y que Huayna Capac, mozo de 20 años, acudió con 12.000 hombres de refuerzo, combatiendo con su padre, y estando en algunas campañas él sólo al frente del ejército, porque el Inca era ya anciano. La conquista del Reino de Quito duró cosa de cinco años; en los tres últimos peleó Huayna Capac con su padre.

el dominio de los Incas era superficial, porque los pueblos no cambiaron de organización inmediatamente. En algunas partes los régulos fueron muertos o trasladados a otros lugares con algo de población; pero en ótras quedaban con una autoridad restringida. Los caciques no desaparecieron; la nobleza continuaba con su hegemonía y prestigio ante el resto del pueblo. Mucho menos podían cambiar las costumbres y la lengua, que requieren, sobre todo la última, muchos años de dominación. Los Quichuas no eran suficientemente numerosos para un imperio tan inmenso. Aquí en el Ecuador el dominio de los Quichuas en tiempo de Tupac Yupanqui y después en el de Huayna Capac, era, por consiguiente, muy desigual. Había un reconocimiento de hecho de la nueva autoridad, pero la marcha de cada pueblo continuaba por su lado y por el mismo camino de antes. Los mismos mitimáes no podían imponer sus costumbres, sino que se congraciaban con los pueblos extranjeros de que estaban rodeados. Pero el imperio de los hijos del Sol se extendía desde la línea ecuatorial hasta Chile y la Argentina.

HUAYNA CAPAC.—(1482-1526). Era muy joven cuando murió su padre en el Cuzco. Los dos grandes conquistadores fueron Tupac Yupanqui y Pachacútec. A Huayna Capac le tocaba reinar, organizar esa admirable mezcla de pueblos que habitaban todos los climas, que hablaban tan-

tas lenguas, que tenían tantos grados de civilización, desde el salvajismo más primitivo hasta cierta cultura con nociones superiores de la espiritualidad y de la vida social. Ardua cosa es la guerra y la conquista, pero mantener el dominio no es menos arduo. Huayna—Capac fué tan guerrero como sus padres, y supo organizar y pelear con ellos. Mantuvo la conquista, y conquistó también. Fué organizador, pacificador y conquistador.

Aprendió el arte de la guerra peleando al lado de su padre; después de la muerte de éste, se mantuvo corto tiempo en el Cuzco. Las ceremonias de su coronación habían sido tan suntuosas como los funerales del difunto; el pueblo y el ejército le admiraban y esperaban mucho de él.

Los que querían sacudir el yugo aprovecharon del cambio y se levantaron en armas, el nuevo soberano ahogó todas las sediciones por la fuerza y sobre todo por la habilidad, porque era terrible al mismo tiempo que magnánimo. Descendiendo para el sur sostuvo largas campañas, llegando hasta las fronteras de los Promaucaes en Chile y la Argentina, hasta las llanuras de Mendoza. Como en tiempos de Tupac Yupanqui, las tropas de los Quichuas recorrían continuamente las costas, y, de cuando en cuando, se internaban a las selvas orientales.

En Quito había quedado como gobernador el viejo Chalco Mayta con algunas tropas y mitimaes en los alrededores; pero los Caranquis invencibles eran una continua amenaza al norte. Huayna—Capac comprendió la urgencia de ve-

nirse hacia el Ecuador. En el camino hubo de sostener reñidas luchas con los Chachapoyas que habían recobrado su independencia y con los bravos Bracamoros que no logró dominar su padre, sin alcanzar tampoco en esta vez sujetarlos. Los Paltas intentaron asesinarle, pero descubiertos, fueron tratados con extrema crueldad: mutilados y con los ojos reventados regresaron los asesinos para ser escarmiento y compasión del pueblo.

En Tomebamba, su patria, se detuvo el Inca algunos meses. La tierra de los Cañaris le era muy querida y quiso levantar en ella un gran palacio. Las ruinas descubiertas por el sabio arqueólogo Max Uhle nos dan una idea bastante aproximada de cómo debió ser la antigua ciudad y el palacio del Inca.

En el año 1922, en el arrabal suroeste de la ciudad de Cuenca, descubrió el Dr. Uhle, gracias al apoyo prestado por el señor Jijón y Caamaño, las ruinas de la antigua ciudad de Tomebamba, cuya localización fué discutida durante tantos años. Velasco, y siguiéndole a él, Wolf, le colocaron a orillas del Jubones; otros le identificaron con el Hatun Cañar antiguo, y no pocos creyeron que estuvo en el valle de Yunguilla (1). Ahora podemos asegurar que en Hatun Cañar no hubo sino un tambo, en donde dormía el Inca cuando

(1) Cf. Tomebamba—Uhle.
González Suárez—Historia General—I—56 nota; 205 nota.

venía del Cuzco. Tomebamba era la Capital de una de las provincias más florecientes del imperio; a ella convergían tres caminos que venían del Perú y otros tantos que se internaban en el Ecuador, estableciendo las comunicaciones entre el sur y el norte, entre las costas y la sierra. Túmbez en ese mismo tiempo era una verdadera metrópoli en el litoral. Treientas leguas mediaban entre el Cuzco y el país de los Cañaris. Tomebamba, en un clima templado, recordaba con sus edificios netamente cuzqueños la gran ciudad del sur. La plaza triangular en el centro era más grande que la de la ciudad peruana; el acceso a la ciudad se hacía por un puente construído sobre el río Tomebamba que bordeaba el extremo suroeste de la población, protegida en ese lado por una muralla. En la plaza se levantaba al norte el templo de Ticsi Viracocha Pachacamac, el dios más estimado entre los peruanos, después del Sol, y que tenía al sur del Cuzco, en Rajchi, otro soberbio templo erigido en agradecimiento de la Victoria sobre los Chancas. El templo de Tomebamba tenía 120 metros de frente por 80 de fondo; el majestuoso frontispicio medía 102 metros de largo, y correspondía a la parte del edificio construída con fines ceremoniales; la otra parte estaba destinada al culto, conteniendo también las habitaciones de los sacerdotes y de los Mamacomas. Había dos grandes patios, y todo el edificio guardaba mucha semejanza con el de Rajchi. Frente al templo se levantaba el gran palacio del Inca, en el lugar que hoy se llama Pumapungu; estaba sobre una eminencia teniendo muy cerca de sí el puente del

Tomebamba para los casos de guerra, lo mismo que la muralla que corría tras de sus muros bordeando el río. Este palacio constaba de algunos edificios: palacio con baños, cuarteles, palacio interior, etc. Medía en total 141 metros por 122, superando de esta suerte a los palacios más grandes de Huayna Capac y Tupac Yupanqui construídos en el Cuzco. En el enorme patio interior, de 100 por 76, debieron efectuarse las paradas militares, recepciones y asambleas. Cuando las guerras de Huáscar y Atahualpa, asoló y quemó la ciudad de Tomebamba, matando toda la gente de la población, porque se había declarado por Huáscar, que quiso edificar allí sus palacios. Benalcázar vió las ruinas en 1538. Después, las paredes fueron derruídas para construcciones, hasta que desapareció muy pronto todo vestigio.

El conquistador de Puruhá había muerto, y en su lugar regresaba el príncipe que nació en las orillas del Tomebamba; también el viejo Shiri era enterrado en esos días, y el príncipe que nació en los llanos de Liribamba, se atrincheraba en Atuntaqui para defender a su pueblo.

Huayna-Capac traía un ejército muy bien equipado; los Caranquis por su parte habían tenido tiempo de rehacerse, y formaban una liga formidable desde el Antisana hasta Pasto. Huayna-Capac tenía como general a su hermano Auqui Toma, el cual con su ejército de aimarás llegó hasta los Pastos por las alturas de la cordillera, sin tocar en los campamentos de los Caras; sufrió una derrota completa pero distrajo las fuerzas hacia el norte. Al mismo tiempo el Inca atacaba

las fortalezas de Cochasquí y Huachalá en que estaban atrincherados los Cayambis, bajo las órdenes del famoso Nasacota Puento; vencía a éste y avanzaba a Otavalo, mientras Auqui Toma regresaba por el norte hacia el Chota con el resto de su ejército. Los Otavalos estaban en la famosa fortaleza de Hatuntaqui; después de grandes trabajos pudieron los dos hermanos atacar simultáneamente al enemigo, pero fueron vencidos. La batalla fué muy encarnizada, y hubiera perecido en ella Huayna-Capac a no ser por el heroísmo de su guardia. (1)

Herido en el muslo regresó el Inca a Tomebamba encomendando el proseguimiento de la guerra a Auqui Toma. El general sostuvo las escaramuzas y construyó fortalezas en Pecillo y cerca del Chota, hasta recibir refuerzos del sur, los cuales hubiera debido esperar antes de atacar de nuevo: en un asalto pereció aplastado por una roca enorme. Sus soldados que huían fueron arrebatados por la repentina creciente de un río; quedando de esta manera, por la derrota y la mala fortuna, diezmado el ejército. Huayna-Capac llegó entonces del sur con un ejército nuevo, del cual era gran capitán Mihi. Venían los cuzqueños a vengar a Auqui Toma.

Atacaron la plaza de los Caranquis, que estaban resueltos a vencer o morir; la pelea fué deses-

(1) Según Velasco, fué en la gran batalla de Hatuntaqui en donde murió Cacha, proclamándosele heredera a su hija Pacha en el mismo campo de combate.

perada, el Inca se vió obligado a encerrarse en una fortaleza, los soldados de Nasacota Puento rompían ya los muros, cuando acudió Mihi oportunamente. Los Caranquis fueron cogidos entre dos fuegos y, retrocediendo, luchaban en campo descubierta. Se refugiaron al fin en los pucarás que estaban junto a una laguna, tras los sauces de la orilla y en balsas, sobre las mismas aguas. Los orejones entonces, ardiendo de coraje, hicieron balsas de totora y atacaron a los Caranquis por agua y por tierra. Los desgraciados indios que habían luchado durante diecisiete años fueron pasados a cuchillo. Sus cadáveres enrojecieron la laguna que desde entonces se llama Yaguarcocha, lago de sangre. Sólo los niños quedaron con vida; por eso el Inca quiso que a los Caranquis se les llamase en adelante Huambracuna, el pueblo de los muchachos. A pesar de todo, el pueblo caranqui era invencible: un puñado de valientes, acaudillados por el legendario Pintag, comenzaron una serie de guerrillas, sin dar nunca cuerpo al enemigo, y dieron mucho que hacer a las tropas de los orejones entre el Cayambe y el Antisana, valle que quedó sembrado de pucarás. Viendo al fin que todo era envano, se retiraron a las selvas orientales. Se cree que la última tola que está cerca de Pifo fué levantada en memoria del ilustre guerrero. En este mismo tiempo Huayna-Capac llegó hasta Rumichaca, en donde hizo una fortaleza.

Además de estas conquistas en el norte, las tropas de Huayna Capac sometieron la costa ecuatoriana. Después de pacificar Túmbez y Paita,

el Inca mandó una embajada a los Huancavilcas del norte del golfo, en la sección de Yaguachi, Babahoyo, Daule y Guayaquil. La embajada no regresó.

Tumbalá, régulo de la Puná, que en esta vez se encontraba aliado con los de tierra firme, invitó a Huayna-Capac a que pasase a su isla en donde haría mucho honor a su pueblo. El Inca fué a la isla. En el regreso a Túmbez los traidores acometieron contra él y contra sus orejones que peleaban nadando en las aguas. La venganza fué inmediata: Huayna-Capac desembarcó en la Puná ayudado de los Tumbecinos, pasó a cuchillo a cuantos indígenas pudo haber a la mano, y, entrando enseguida en el territorio de los Huancavilcas, les venció y obligó a sacarse cuatro incisivos en vez de dos, como era su costumbre, para afearles las caras y afrentarles por traidores. No sin grandes penalidades se llevó a cabo la conquista del resto de la costa ecuatoriana.

Los Mantas se sometieron y su ciudad principal, Manta o Cancebí, llegó a ser en el litoral de la importancia de Túmbez en el sur. También los Caraques y otras tribus del norte costeño reconocieron el poder de Huayna Capac. Las excavaciones hechas en Esmeraldas han confirmado los datos de los cronistas, pues se han encontrado artefactos incásicos hasta cerca del límite septentrional de esta provincia. Sin embargo ésto puede explicarse más por la influencia que por el dominio directo, el cual parece no se extendía sino hasta el Cabo Pasado o hasta el río Santiago.

El imperio de Huayna-Capac, mucho más

vasto que el de los Aztecas, se extendía desde el norte del Ecuador hasta el Centro de Chile y la porción septentrional de la Argentina, comprendiendo una parte de Bolivia, y desde el Océano Pacífico, en toda esa longitud, hasta las selvas orientales detrás de la cadena de los Andes en el este. En los tiempos de Huayna-Capac estuvo en el auge su grandeza. Cuando moría Tupac Yupanqui, la unidad de su imperio era superficial; ahora, terminadas las conquistas de Huayna Capac, no había cambiado la situación. ¿Cómo iba a verificarse en tan pocos años la unidad de tantos pueblos, de tantas razas, tradiciones, costumbres, lenguas, grados de civilización, ambientes, en tan diversos climas? Ni estaban en paz entre ellos todos estos pueblos: conservaban sus rencores y la autoridad suprema debía muchas veces pacificarlos y ensayar el equilibrio. Los Quichuas, cuyo idioma se iba propagando por las colonias repartidas en todo el inmenso territorio del imperio, no eran suficientemente numerosos para imponerse desde el principio. Cierto que, más que de un cambio fundamental de raza, se trataba de un cambio de cultura, de una unificación; pero esto se hace con la obra de los años y con tino y constancia del gobierno. El imperio de Huayna Capac era un ensayo de imperio. ¡Cuántos caciques, régulos, familias dominadoras antes, con su orgullo abatido! ¡Cuanta nostalgia de los mitimaes, lejos de sus hogares y de sus tierras y de los huesos de sus padres, en medio de gentes con distintas supersticiones y en climas exóticos! Por encima de los ídolos tradicionales estaba el culto

del Sol, la religión oficial. Los pueblos sentían el peso del militarismo; las tropas circulaban por los caminos y en las regiones apartadas, adonde no llegaba mucho la influencia de los dominadores; se consideraba el nuevo orden de cosas, y se perdía la iniciativa que tuvieron las tribus cuando su jefe estaba tan cerca de todos.

Notábase un cambio en el comercio, pues antes no era ejercitado sino entre las provincias vecinas: pero los mitimaes introdujeron en los países en donde les tocó en suerte habitar, nuevas industrias y métodos de vida, y por consiguiente nuevas necesidades.

Eran los mitimaes colonos forzados, a quienes se trasladaba a una región determinada, sin que nunca pudieran regresar a su país. Los Paltas, Cañarís, Puruháes, Latacungas y Caranquis fueron trasladados al sur en diversas épocas; y del Perú ya entonces vinieron colonias al Ecuador. Aún dentro de estos territorios se verificaba la mitimaitización.

Buena parte de los indios del Puruhá eran del Condesuyu y del Colla, actual departamento de Puno. Los de Yaruquí fueron indios traídos del norte, de Yaruquí, en la tierra de los Caras. En el valle del Chimbo hubo mucha mitimaitización; en San Llorente de Guamarica los mitimaes eran de Cajamarca; en Chapacoto, de Guayacondo; en San Miguel tenían diversos orígenes; en Azanquito eran de Guamachuco y Guambos de la provin-

cia de Cajamarca. (1) En la provincia de León hubo gran número de mitimaes aimaráes y quichuas, lo mismo en Ambato; el pueblo de Quero fue enteramente poblado de indios del Cuzco. Los indios de Zámbez son de la parte meridional del Perú, ya en las fronteras de Bolivia. En el Cañar había mitimaes en el punto llamado Chuquinpata. (2) En el Quinche había una colonia cañari. Después de la masacre de Yahuarcocha el Inca repobló la provincia de Imbabura con mitimaes aimaráes y quichuas. Los indios de Cotacollao son colonos del Collao. En Pomasquí, en el cerro de Guangitagua, al este de Añaquito, en Tumbaco, Cumbayá, Cunucyacu, había también mitimaes peruanos. Cunucyacu es nombre del Chinchaysuyu. Las haciendas Auqui Grande y Auqui Chico, cerca de Cumbayá tienen el nombre de un Inca de linaje real que fué propietario de esos terrenos. Los indios de Lumbisí son originarios de Cuenca. (3) Conforme se va avanzando hacia el norte de la república los topónimos quichuas son más raros, y en el litoral lo son más todavía, exceptuando en las inmediaciones del golfo de Guayaquil. (4) Los nombres formados con yacu, agua; cocha, laguna; urcu, cerro; etc.; son nume-

-
- (1) La raíz o desinencia *coto* es frecuente en el valle de Chimbo.
 - (2) Cf. González Suárez—Los Aborígenes de Imbabura y del Carchi—5.
 - (3) Cf. El Reino de Quito—Uhle—loc. cit. 10—11. Guápulo y su Santuario—Juan de Dios Navas E. 18.
 - (4) Contribución conocimiento lenguas—Jijón—69—73.

rosos en la toponimia. La final zhapa es netamente cuzqueña.

El intercambio de pueblos por medio de la mitimaitización tenía por objeto mantener la paz y enseñar la lengua, religión y costumbres quichuas entre los pueblos vencidos, sin necesidad de sostener un ejército permanente, sino sólo un gobernador en el caso de mitimaes quichuas; y cuando a los indígenas se trasladaba a otro lugar, era porque eran muy belicosos y ya entre otros pueblos perdían pronto sus arrestos; resultaba pues, este un sistema de pacificación y unificación. (1)

Por los caminos del imperio circulaban los postas o correos que, si bien no estaban destinados al servicio público, pero solamente a la administración, transmitían rápidamente las órdenes, llevando noticias de comarca en comarca. (2) En esto los Incas se anticiparon a los europeos, hace notar el señor González Suárez.

En tiempo de paz el Inca recorría sus dominios llevado en su litera y pernoctaba y descansaba en sus tambos u hospederías, que de trecho en trecho había mandado construir. Recordemos el tambo de Hatun Cañar; el Inga Pirca en el valle de Yunguilla, que era un verdadero palacio y probablemente no tenía otro objeto; el Tambo Blanco en Loja; sinembargo es de suponer que en es-

(1) Sobre las causas de la mitimaitización—Cf. Garcilazo—op. cit. IV—cap. XI.

(2) En el nudo de Tiopullo hay todavía un sitio que se llama Chasqui que en quichua significa precisamente correo.

tos palacios secundarios, el Inca se demoraba algunos días, ya para atender a los pueblos, ya por razones de salud o de simple descanso. Los tambos además guardaban provisiones de víveres y vestidos, armas, objetos de labranza etc. Los ejércitos tocaban en ellos en tiempos de guerra y de paz.

Quito era la segunda capital del gran imperio; Huayna-Capac prefería permanecer y gobernar sus dominios, desde las faldas del Pichincha.

Estando en viaje para el Cuzco se le agravó la sífilis que le corroía el cuerpo; esta enfermedad era conocida entre los indígenas con el nombre de *huanthi*. (1) El Inca hubo de regresarse a Quito después de corta permanencia en Tomebamba: su ánimo supersticioso se abatió cuando le confirmaron la noticia de la aparición de unos hombres blancos en la costa. Era Pizarro con sus compañeros que, explorando las costas ecuatorianas, había desembarcado primero en la bahía de San Mateo y ahora en Túmbez. El curaca de esta ciudad mandó a Huayna-Capac a dos españoles para que los conociera, pero, cuando estaban en camino fueron muertos por los indios, apenas se divulgó en el imperio la muerte del soberano (1526). Era el mes de diciembre cuando se celebraban por todas partes los fiestas del Raymi por el florecimiento de las sementeras de maíz. El cadáver del In-

(1) Cf. Las ciencias médicas entre nuestros aborígenes por el Dr. Gualberto Arcos.—Revista de la Jurídico Literaria T. XXXVIII 1929—46—Cg. González Suárez—Historia General I 74 nota.

ca fué embalsamado y llevado al Cuzco, excepto el corazón que, encerrado en un vaso de oro, se depositó en el templo del Sol.

ATAHUALPA.—El testamento de Huayna-Cápac ordenaba que Huascar, el hijo de la Coya, hermana legítima del Inca, fuese el heredero del Cuzco, es decir del imperio antiguo, y que Atahualpa reinase en Quito. Esta división del gran imperio se ha dicho que fué causa principal para que los Quichuas fuesen conquistados fácilmente por los españoles; pero ya hemos ido viendo como el imperio de los Incas era un ensayo de imperio y que, a pesar de que hubiera continuado un solo soberano y centralizado el poder; todavía se requerían muchos años para formar una unidad monárquica sólida y capaz de resistir a cualquier enemigo.

Velasco, al hablar de la madre de Atahualpa, dice: “declaró (Huayna Capac) en su testamento que dejaba el Reino de Quito al Inca Atahualpa, primogénito que tuvo en la Reina Paccha, según diré a su tiempo”. (1) Después: “En la cuarta mujer Scyri Paccha Reina de Quito tuvo dos (hijos). El primero que después de él reinó allí mismo, fué llamado en su primer bautismo Hualpa, o pollo de pava; y en el segundo Atahualpa, esto es gran

(1) Velasco.—Historia Antigua.—20.

pava o pavón. El segundogénito, en la misma Reina, fué el Inca Illescas". (1) González Suárez sigue en esto a Velasco. El P. Le Gouhir (2), con las autoridades de Garcilazo, Gómara, Zárate, Cabello de Balboa, Montecinos, etc. defiende la autoridad del P. Velasco en este punto. Pero Cieza de León niega que Atahualpa sea quiteño o imbabureño, afirmando que era hijo de una india Quillaco llamada Tupac Palla y también que era cuzqueño. Pizarro que conoció a Atahualpa dice que este Atahualpa era hijo de una hija del señor principal de la provincia de Quito. Jijón y Camaño defiende (3) que es imposible sostener que Atahualpa haya nacido en Caranqui, por ser esto reñido con la cronología; que parece ser que no nació en Quito; y finalmente que su madre fué probablemente una india quillaco, esto es, de raza de mercaderes, "posiblemente una hija del Régulo de Panzaleo, ya que originalmente el Reino de Quito significó solamente el territorio de los Panzaleos y no todo el Ecuador".

Después de la muerte de Huayna-Capac, comienzan de nuevo las guerras del reino de Quito gobernado por Atahualpa contra el Cuzco en donde la Coya instigaba a su hijo Huascar a reconquistar el norte y a reinar el vasto imperio de su padre, una vez que él era el heredero auténtico del trono, el representante de la casta del sol.

-
- (1) Velasco.—Historia Antigua.—62—63.
 - (2) Le Gouhir.—Tesis de Prehistoria Ecuatoriana.—Caras y Shiris.—Tesis XXVII y XXVIII.
 - (3) Cf. El Debate.—8 de setiembre de 1926—pág. 3.

Como el régulo Cañari Chaperá, hijo de Chamba, que acababa de morir, quisiera que se le confirmase en su autoridad y acudiese al Cuzco, en vez de dirigirse a Atahualpa, ya que los Cañaris debían pertenecer al reino de Quito, por los pactos y alianzas que habían hecho con los del norte desde el tiempo en que peleaban con Tupac Yupanqui, y el mismo Huayna Capac los consideraba como provincias del Quito; Atahualpa, sabedor además de que a los Cañaris no les gustaba que él construyese palacios en Tomebamba, se apresuró a defender sus derechos. Al lado de esto los de la Puná querían independizarse.

Declaróse la guerra, los ejércitos peruanos y quiteños vinieron a las manos en los campos de Tomebamba; venció Atoco general de Huascar; las tropas de Atahualpa se retiraron en fuga para el norte. La segunda batalla se trabó en Mocha, los quiteños defendieron heroicamente el puente de Ambato, pero, a pesar de todo fueron arrollados. Entonces Atahualpa en persona se presentó entre sus soldados con un ejército de refuerzo; allí estaban los viejos generales que habían guerreado con su padre, Calicuchima y Quisquiz. El combate de Ambato fué largo y sangriento; Atoco y Chaperá cayeron en manos de Atahualpa y fueron asaeteados sobre la marcha. Los ejércitos del Cuzco regresaron al Azuay.

Huanca Auqui que debió ser pariente del famoso Auqui Toma, tomó el mando del ejército de Huascar, viniendo para ello desde el Cuzco con un ejército bien equipado. Los de Quito avanzaron al sur y en Tomebamba comenzó de nuevo la

refriega: tres veces, en tres días consecutivos, volvieron a las manos ambos ejércitos, triunfando al fin el valor de los quiteños contra el número y la doblez de los peruanos y cañaris y dejando el campo sembrado de cadáveres. Entonces fué cuando nuestro Inca, llegando al palacio y ciudad de Tomebamba, arrasó la ciudad, hechó a tierra los edificios, pasando a cuchillo a sus moradores y ejerciendo en los jefes y magnates su crueldad y venganza. Los pueblos escarmentados se le rindieron; de todas partes llegaban muestras de sumisión y acatamiento. Atahualpa, triunfante, se proclamó el único soberano del Tahuantinsuyo.

Luego vino la batalla de Cusibamba, cerca de Loja en que fué derrotado Huanca Auqui; como consecuencia del descalabro el general cuzqueño fué destituido asumiendo en su lugar el mando de las tropas Mayta Cápac de conocido valor y pericia militar. Huascar esperaba todo de él.

La guerra se continuaba. Quizquiz venció a los cuzqueños en Jauja. Huascar en persona salió a ponerse al frente de los suyos. Se dió la batalla de Quipaypan, cerca del Cuzco, y el desgraciado hijo de la Coya cayó en manos de los generales quiteños que ocuparon el Cuzco. El Inca-shiri fué proclamado el único soberano del gran imperio.

De Cusibamba había tomado Atahualpa para la costa con el fin de castigar a los Punáes; los isleños se defendieron encarnizadamente y acabaron por herir al mismo Inca. El soberano encomendó a los Tumbecinos, eternos enemigos de

los Punáes, la venganza regresando inmediatamente a la sierra en donde conoció de los triunfos de sus generales y de la prisión de su hermano.

El Inca eligió como lugar de residencia temporal el valle de Cajamarca que estaba en el centro del gran imperio de entonces y que por el clima y otras condiciones naturales, venía muy al caso para que se reposase sin dejar de mandar, prevenir y gobernar.

En Cajamarca supo el Inca, además de las noticias del sur, que los blancos se venían resueltamente hacia Cajamarca. Huáscar fué encerrado en la fortaleza de Jauja.

Los sucesos que entonces se desarrollaron son muy conocidos: Atahualpa en manos de Pizarro, el precio de rescate, el proceso, la muerte del Inca, el fin de un imperio, el principio de una nueva civilización, la suerte miserable de una raza...

SISTEMA ECONOMICO DE LOS INCAS.—Se ha hablado mucho del comunismo incaico y aún se ha llegado a ver relaciones entre él y el bolchevismo actual de Rusia. Algunos autores se preguntan qué hubiera sido de este imperio si hubiera continuado existiendo (1);

(1) *Las Razas y la Historia.*—Eugenio Pittard 493.

porque la forma de ese gobierno era una manera hasta cierto punto espontánea y tradicional y no impuesta por una revolución violenta. Pero ese comunismo no existió entre los Incas, y, si hubo, en realidad un concepto de la propiedad todavía no definido, y un sistema de socialismo de Estado y de comunismo regional, es muy dudoso que la evolución de ese pueblo, o mejor de esa amalgama de pueblos, hubiera podido llegar al ápice de los ideales comunistas de ahora, ni mucho menos.

El régimen social de los Incas existía desde muy antiguo en los pueblos que fueron absorbidos al imperio. Los Quichuas, al principio, eran como cualquier otro pueblo del Perú o del Ecuador. Los Chimus fueron más civilizados que ellos; los Cañaris casi nada tenían que aprender de los peruanos, como que de ellos procedían los mismos de Trujillo; los Puruháes, los Caranquis, los Manteños, tantos otros pueblos, tenían su organización, su concepto de la propiedad tan arraigados y tan antiguos, que no podían los Incas trastornar todo ese sistema en tan poco tiempo como existió el imperio. Los pueblos andinos fueron sobre todo grandes agricultores; comerciantes e industriales, sólo accidentalmente; en todo caso sin moneda. En el Perú el dominio incaico no duró sino dos siglos; uno en el Ecuador; en los pueblos del norte y de nuestra costa, tan sólo unos cincuenta años; algunos sintieron apenas la influencia del extranjero; y hubo ótros, comprendidos en los límites del imperio, que no llegaron nunca a someterse.

El concepto de la propiedad que tenían los primitivos Quichuas, ya lo tenían con tal cual variante los demás pueblos andinos, por eso fué fácil la unificación del sistema. Algunas costumbres y reglamentaciones fueron tomadas de los conquistados, que, generalmente se quedaban con su antiguo orden de cosas, salvo las innovaciones concernientes al plan de unificación. No existía una ley fija y universal, sino que se amoldaba a las necesidades locales toda reglamentación, justamente con el fin de establecer la unificación entre esas culturas desemejantes.

Las civilizaciones preincaicas se eclipsaron por la grandeza de la monarquía personal; los cronistas hablaban principalmente de ella: a los Incas se ha debido todo. Garcilazo tiene particular interés en exaltar el imperio de sus antepasados. (1).

No fué la política incaica porque no podía ser, porque no le era conveniente, una política de destrucción, sino de unificación y consolidación. En el terreno religioso se respetará a todos los ídolos, pero se impondrá el culto del sol; en materia económica se organizará el sistema tributario y las tribus nativas o mitimaes harán la distribución de las tierras señaladas por el soberano entre los jefes de familia, dejando el sobrante como tierra de comunidad, la cual irá disminuyendo confor-

(1) Garcilazo es quien habla más ampliamente acerca de la teneduría de las tierras entre los Incas.—Comentarios Reales L. V.

me crezca la población, conforme se vayan adjudicando nuevos tupos o lotes por los nuevos hijos de familia. El genio de los Incas pudo incorporar a sus instituciones las de los demás pueblos, precisamente porque eran éstos bastante semejantes a los suyos: todos eran agricultores, todas las tribus tenían terrenos de comunidad y no les era desconocido el sistema tributario.

No hay que perder de vista que la monarquía incaica era autocrática y teocrática. Por esto el Inca, hijo del sol, era nominalmente dueño de todas las tierras del Estado; pero en la realidad la distribución estaba echa de la siguiente manera:

El sol tenía su templo y sus tierras, el Inca, o sea el Estado, sus palacios, edificios públicos, fortalezas, depósitos, era dueño de las aguas y de los caminos que se habrían por donde era necesario para el bien de la comunidad, disponía además de grandes extensiones de terreno dispersas por todo el territorio. Luego venían las tierras de los Curacas, verdaderos virreyes en sus provincias, feudatarios que muchas veces ni pagaban tributo, y los jefes inferiores que gozaban de prerrogativas y tenían por separado sus tierras, pero siempre en su misma provincia. Por último las tierras asignadas a cada ayllu y repartidas así: el territorio de comunidad que era de todos naturalmente, pero sólo de ese ayllu, y las tierras de los particulares, que cada cual cultivaba sin concurrencia de los demás. Este pedazo de terreno tenía el individuo por pertenecer a una familia; sin embargo podía ser más rico que los demás, comprando terrenos de los particulares dentro del territorio del

ayllu, o haciendo méritos para que el Inca o Curaca le donase en recompensa nuevas tierras.

Las casas eran de propiedad de los que las construían, así como los solares acotados de ellas.

Había, pues, cierto socialismo restringido a los grupos; no era todo de todos en el Estado; la propiedad particular no podía crecer ilimitadamente. Cada individuo aprovechaba de su trabajo.

Las atribuciones del Inca sobre las tierras eran negativas en cierto sentido; es decir que no siempre la posesión fué impuesta positivamente, sino que fué un resultado del orden preexistente y de las reformas con esta base: lo que no era de los pueblos era del soberano quien naturalmente podía aumentar, modificar sus posesiones. Este fué el orden de los hechos. El soberano comenzó por organizar la propiedad ya repartida en los pueblos conquistados, sin que este aparente respeto de la propiedad particular o comunal le impidiera trasladar tribus enteras de un punto a otro, quitándoles sus posesiones y dándoselas a otros; pero nadie quedaba despojado; a los mitimaes se les distribuía el sueldo según el número de hijos de cada familia y se les añadía el terreno de comunidad. Este sistema de movilización de masas de gente a otros lugares era ocasionado algunas veces precisamente por el crecimiento de la población. Cuando las tierras no alcanzaban para un ayllu porque sus familias se habían multiplicado, se trasladaba una parte de la población a otro lugar que no tenía habitantes y en donde había tierras de cultivo. De esta manera hubo siempre trabajo para todos,

porque la ociosidad entre los Quichuas fué perseguida sistemáticamente, considerándosela como un delito.

El sistema de colonización de los Incas no era nuevo sino en cuanto que era impuesto; por lo demás las antiguas tribus aimaráes se trasladaban a lugares distantes, y participaban de sus cosechas a los que habían dejado en el antiguo terruño careciendo de lo necesario. Cuando el Inca encontraba una tierra fértil y con pocos habitantes no podía menos que poblarla inmediatamente, lo mismo si los aborígenes eran atrasados, venían los mitimaes a enseñarles las maneras de cultivo, las industrias, de modo que pudieran valerse y bastarse a sí ellos mismos. Entre los Quichuas había buenos agrónomos y experimentados ingenieros hidráulicos que preparaban suficientemente el suelo para el cultivo, y lo irrigaban por acequias o canales artificiales en grandes extensiones.

El sistema tributario (1) estaba admirablemente organizado: en toda provincia, luego de pacificada, se iniciaban grandes obras públicas; la misma preparación del territorio para el cultivo lo mismo que su irrigación, eran obras que hacían todos; se habrían caminos, se construían puentes, graneros, fortalezas, palacios, etc. Y todos estaban obligados a trabajar en estas obras. Venía después el tributo que se imponía sobre todo lina-

(1) El cronista que mejor trata del sistema tributario es Cieza de León—V. C. XVIII, segunda parte de la Crónica del Perú.

je de trabajo; se pagaba en lana, en maíz y en frutos de la tierra, en telas y tejidos y en toda clase de manufacturas.

Estas contribuciones no eran para parásitos del Estado, porque no existía la burocracia. Por el sistema autocrático del Inca y los curacas y los jefes, toda la administración se hacía por el camino más corto.

Todos los productos de las contribuciones se guardaban en los depósitos fiscales y con ellos se alimentaba y vestía el ejército, pero no los particulares; de esos graneros públicos se sacaban las semillas para mandarlas con los mitimaes a apartadas regiones.

Cuando la cosecha no fué abundante y estuvo expuesto al hambre un territorio, el Estado subvenía a la necesidad pública. Nunca existió el hambre en ese imperio, ni nunca se malbarataron los frutos del trabajo, porque esos pueblos primitivos vivían sencillamente, comían frugalmente, y consideraron el lujo y el boato como atribución inalienable de los príncipes. Los señores feudatarios eran pocos, pertenecían a la familia real, se ocupaban en la administración, como los sacerdotes en el culto. Cuando el soldado peleaba le cultivaban su campo, pero él comía del erario público.

Las tierras del Inca se cultivaban por todos, y no eran para incrementar la riqueza personal del monarca, sino para su mantención, para su guardia y su ejército, para la familia real, para el cuerpo administrativo, para los técnicos, para los que estaban ocupados en las obras públicas, en fin, para cualquiera calamidad pública. Esta

debió ser una razón más porque el Inca era idolatrado por sus pueblos.

Consta de documentos que en los países conquistados nunca se consideraron las tierras del Inca como suyas propias de él. El soberano era el usufructuario, para él trabajaba el pueblo vecino de esas tierras, pero éstas eran de los moradores del lugar. Todos laboraban en esos campos pagando, a mas de la contribución particular este tributo de trabajo personal. Un informe presentado por el Virrey del Perú al Rey de España en 1573 dice así: (1) Estas chacras (sembríos) que sembraban para el Inca, son las que agora los indios y los españoles llaman del Inga, pero en realidad de verdad no lo eran, sino de los mismos pueblos, los cuales tenían y tienen como propias de tal pueblo desde su fundación, para aquel mismo efecto de sembrar en ellas para el tributo e así lo hacen hasta agora”.

Cuando los españoles comenzaron a revisar las posesiones de los indios fueron numerosas las reclamaciones de caciques y curacas que decían haber sido desposeídos por el Inca de las tierras de sus antepasados; lo mismo reclamaron los mitimaes, todos los cuales consideraban al soberano como usurpador de lo que les era propio.

Con las tierras del sol sucedía lo mismo que con las del Inca: con su producto se atendía al

(1) Cit. en *El dominio de la tierra y el sistema tributario en el antiguo imperio de los Incas*—Ricardo A. Latcham—*Revista Chilena de Historia y Geografía*—Nº 56.

mantenimiento del culto, construcción de templos, sostenimiento de las vestales consagradas al astro, de la servidumbre religiosa, de los sacrificios que eran numerosísimos, y del lujo y boato religiosos. Practicamente esas tierras se confundían con las del Inca o del Estado, y, en los casos de penuria pública, eran también los bienes del sol los que aliviaban a las multitudes.

El sistema comunal de los Incas era neta y estrictamente regional; la centralización del gobierno se refería no tanto a las tierras sino a sus productos; no había tal reparto libre de ellas, sino en la forma y para los fines que hemos dicho; es decir que la evolución de esos pueblos iba cada día hacia la afirmación de la propiedad individual.

En los tiempos florecientes del imperio a causa de ese cosmopolitismo que se iba propagando, muchos indios dejaban los trabajos agrícolas, y se entregaban a la industria, sacando sus manufacturas a los mercados públicos, llamados *cacatu*, en donde podían cambiarles con productos de la tierra de que aquellos carecían, o con otros artículos de indumentaria, etc. No es pues exacto que la libertad estuviese maniatada; tenían los súbditos como desarrollar sus iniciativas aunque estaban siempre vinculados a su *ayllu* inexorablemente.

La centralización del gobierno, esencialmente tributaria, era indispensable para la realización de los altos fines del Estado, que, siendo rico, era poderoso sobre los pueblos, y podía llevar a cabo las grandes obras en que emprendió para beneficio de la comunidad.

No existía la igualdad social: entre los indios había feudatarios: los curacas, los jefes; había ricos: los que eran más industriosos, avisados, trabajadores; había pobres que, aunque tenían su parcela de terreno, no eran propietarios de bienes más amplios, no vestían cómodamente, no cosechaban con abundancia y ocupaban un rango social inferior. Pero no había menesterosos, porque los ancianos, los niños, los enfermos, tenían quien les cultivase sus tierras y vivían a expensas de la comunidad.

Ni eran tampoco uniformes las usanzas respecto al dominio y administración de la propiedad; los pueblos vencidos siguieron sus tradiciones, continuaron en su regionalismo; al Inca le interesaba el producto en forma de tributo, y en este sentido fué su legislación universal; por lo demás mucho quedaba por definirse.

Las tierras de un ayllu no se enajenaban; ningún extranjero venía a entrometerse; pero dentro del mismo ayllu, en muchas ocasiones parece que la tierra era inalienable; no se puede aseverar que esto sucediera siempre. En algunos litigios del tiempo de la conquista española queda la constancia del derecho de compra venta. Había siempre la ventaja para el pobre el cual tenía los terrenos de comunidad y nunca se angustió por el alimen-

to cotidiano; además era miembro de una familia y allí se cocía para todos; se podía contribuir con una brazada de leña. Por encima estaba la autoridad del curaca para limitar la preponderancia de las familias.

No había moneda, no se atesoraba, no se podía comprar cualquier día grandes extensiones de terreno y si la cosecha era abundante, ¿a qué cambiarla con tierras?, si no alcanzaban los brazos para cultivarla, y, en caso de poder hacerlo, ¿a qué mayores cosechas? Sólo el Estado tenía grandes graneros; de entre éstos los había que eran para la misma comunidad o ayllu, como si dijéramos municipales. En resolución, todo el mundo trabajaba, no había exportación, los productos bastaban para las comunidades.

Cualquiera podía cultivar el terreno común; la ocupación prolongada constituía un derecho exclusivo de cultivarlo reconocido por todos; en caso de abandonarse esa porción pasaba de nuevo a ser de comunidad.

No hay que perder de vista este carácter regional de la propiedad. Así como es preciso considerar que en esos pueblos agrícolas no existían las ciudades. Los ayllus vivían diseminados, cada cual en sus tierras, sin formar un pueblo compacto con los de la tribu. De esta suerte, las tierras, como bienes raíces, pertenecían al grupo o comunidad que las cultivaba y no al Estado; no se las podía enajenar porque eran necesarias a la comunidad y porque, como tierras, no eran el fruto del trabajo personal, sino que de ellas usufructuaban los individuos merced a su trabajo, de don-

de les nacía el derecho a seguir las cultivando, a más de haber sido asignadas para el cultivo por el jefe de todos. El fruto del trabajo de cada individuo se consideró siempre como propiedad personal.

Cuando nacía un hijo; cuando un hijo se casaba, cosa que sucedía generalmente antes de los veinticinco años; se asignaban nuevos lotes de terreno al padre o al recién casado. "Daban a cada indio un tupo que es hanega de tierra, para sembrar maíz. . . .", escribe Garcilazo. Era bastante un tupo de tierra para el sustento de un plebeyo casado y sin hijos. Luego que los tenía, le daban para cada hijo varón otro tupo, y para las hijas, a medio: cuando el hijo varón se casaba, le daba el padre la hanega de tierra que para su alimento había recibido, porque echándolo de su casa no podía quedarse con ella.

Las hijas no sacaban sus partes cuando se casaban, porque no se les habían dado para dote sino para alimentos, que habiendo de dar tierras a sus maridos no las podían ellas llevar; pues no hacían cuenta de las mugeres después de casadas, sino mientras no tenían quien las sustentase, como era antes de casadas y después de viudas: los padres se quedaban con las tierras si las ha-

bían menester, y si no las volvían al concejo, porque nadie las podía vender ni comprar.” (1)

Las nuevas parcelas de terreno asignadas al padre o al recién casado, no siempre podían estar junto a los dominios anteriores; para subsanar estas y otras dificultades se hacía cada año el reparto de las tierras proporcionalmente por el curaca, pero como sucedía que sólo se aumentaba o disminuía el lote, de hecho cada familia quedaba en su puesto, y así, después de algunos años, por esa larga servidumbre, se consideraban los terrenos propios de la sociedad familiar. “Ni el socialismo, ni el comunismo, dice Latcham, existía en el sentido que se da hoy a esas palabras, y si empleamos el término comunidad es con el significado de una congregación de personas que vivían bajo un régimen común, y no que poseía todo en común”. (2)

Como no había moneda y el intercambio de los productos para satisfacer las necesidades de todos se hacía difícil, hubo especies de primera necesidad que se transformaron en circulantes como la sal, el ají, la coca, el pescado seco, el cobre. Pero al Estado se pagaban los impuestos como diezmos, de modo que los depósitos públicos se atiborraban de toda especie de productos, que era menester distribuir entre las provincias. Con este objeto se organizó un sistema de transporte que no dejaba de ser práctico e ingenioso: los produc-

(1) Garcilazo,—Comentarios Reales—T. III—Cap. III.

(2) Op. cit.

tos que cada tributario estaba obligado a depositar en las trojes públicas eran llevados hasta los límites de la provincia, en donde los recibían los vecinos, que debían transportarlos hasta las fronteras de la siguiente y así sucesivamente: nadie hacía largos viajes y todo se distribuía a largas distancias.

Había, según esto, en todo depósito fiscal, dos clases de productos: lo que se había recolectado y que debía distribuirse, y lo que hacía falta al distrito, o sea, lo que se había segregado de allí mismo. El Estado, por este medio, hacía lo que el comercio y los mercados no alcanzaban a hacer. Y no podía desarrollarse el comercio, porque el indio no podía moverse sin permiso y sin dejar pagado el impuesto y encomendado a alguien el cultivo de sus tierras. Además los que transitaban por los caminos reales y pasaban los puentes y dormían en los tambos tenían que pagar su impuesto de peaje, de portazgo, esquilmo para el buen tenimiento de estos mismos servicios públicos.

El comercio entre la sierra y la costa era, por otra parte, muy antiguo.

Una de las materias primas que llegaron a tener en abundancia nuestros indígenas fué la lana. Las llamas y sus congéneres, alpacas, huancos, vicuñas, originarios del Collao, fueron propagados y llevados a las altiplanicies de las serra-

nías, endonde se pastoreaban en las extensas dehesas del Estado, fueron éstas del Inca o del sol. Cuando su número era ya crecido, se daba a cada padre una pareja para que pudiera propagarla y explotarla.

Cada año se procedía al esquila; las lanas se llevaban a los depósitos públicos para distribuirse; con ellas se fabricaba la indumentaria de la tropa; los particulares la adquirían a cambio de otros productos.

Este género de ganadería tuvo mucha importancia entre los Incas, porque además de la lana era permitido utilizar de la carne, cuando estaba suficientemente propagada la especie; en caso contrario no era lícito matar una llama sino en caso de lesión o de vejez.

Uno de los principales artículos de comercio que se sacaban del Collao era la carne seca (charqui). Se establecieron también las cacerías anuales de estos animales salvajes, cosa que existía desde mucho antes en las sierras del sur, lo cual prueba cómo este ganado llegó a propagarse en las demás provincias. (1)

INSTITUCIONES POLITICAS Y SOCIALES.—El Imperio de los Incas se llamaba el Ta-

(1) Cf. Bibliografía citada por Latcham op. cit. y la de Means en *Civilización Procolombina de los Andes*.

huantinsuyu (1), o sea, las cuatro partes cardinales: el Antisuyu, era la región del oriente, el Continsuyu la del occidente, la del sur se llamaba Collasuyu, y el Chinchasuyu era todo lo del norte. Esta, más que una división política, era solamente geográfica. Se dice que en tiempo de Huayna-Cápac había cuatro grandes gobernadores o Capac Apuc.

El número de curacas sería sinembargo bastante difícil de determinarse; pero se puede decir que en cada pueblo conquistado había una gobernación: el curaca era el mismo régulo o cacique antiguo que tenía más autoridad que cualquier otro jefe impuesto, o era un noble de entre los Incas que, rodeado de mitimaes o de una guardia real, imponía su gobierno. Los curacas recibían las ordenes del Inca, pero no dejaban de tener cierta libertad de mando y de ser árbitros en sus feudos y sobre sus súbditos. Ellos hacían la distribución de los productos provenientes de impuestos; mantenían en pie cierto número de tropa y conservaban en su provincia viables y desbrozados los caminos; nombraban las autoridades inferiores, siendo jueces inapelables en las causas pequeñas. En fin, los que no habían sido quitados de sus dominios, continuaban gobernando, pero sometidos a un régimen superior que los vigilaba continuamente. Y no podían menos que portarse bien siendo leales, porque la sabia política del Inca había llevado en rehenes a sus hijos

(1) González Suárez—I—65—223.—Historia General.

para tenerlos educándose en el Cuzco en medio de la nobleza.

Cuando los súbditos apelaban al Inca y resultaba haber procedido injustamente el curaca, corría éste el peligro de ser depuesto y castigado, según la magnitud de la falta y el arbitrio del soberano. Los habitantes del distrito cultivaban las tierras del curaca, pagando de esta suerte con su trabajo personal uno como impuesto municipal.

En la persona del Inca estaban fusionados todos los poderes y todas las autoridades: él era el supremo señor de la tierra, hijo del Sol, gran sacerdote, rey, juez supremo, general de todos los ejércitos. Sus antepasados habían inventado la leyenda, comprendiendo que la autoridad más grande sobre los hombres es la autoridad moral y el poder religioso el poder de los poderes. Los pueblos primitivos, por orgullo nacional y por admiración del héroe, creyeron también y lo dijeron a los demás pueblos. Aquí uno de los secretos de la grande y rápida expansión del imperio de los Incas: antes que las armas quichuas llegasen a un pueblo, ya se sabía que el monarca poderoso que se asomaba por la frontera era hijo del Sol y que tenía grandes poderes sobre la tierra. La creencia se alimentaba en la imaginación de los indios por el lujo y boato de la corte, por el misterio de que el soberano se rodeaba. Además, estos jefes fueron grandes guerreros, como lo hemos visto, y hombres nada vulgares, que supieron organizar un estado en

tan poco tiempo, y contando con tantas diferencias y con tantas civilizaciones.

El Inca se casaba con su hermana, y del incesto nacía el heredero del trono; por lo demás, tenía concubinas cuyos hijos pertenecían a la nobleza, se educaban en la corte, sirviendo mas tarde en la administración si resultaban hábiles y listos, tenían en todo caso sus prerrogativas y sus feudos. (1) De este modo existía una aristocracia de la sangre que no excluía los demás valores: al que era valiente y estaba por encima del pavés, le premiaba el Inca con tierras y le ascendía a jefe, encomendándole los asuntos difíciles en la administración.

La palabra Inca quiere decir hijo, descendiente del Sol: el soberano era la personificación de esta descendencia. Pero eran también Incas los hijos y parientes inmediatos suyos, los cuales después ejercían la autoridad en el reino. En realidad los curacas que eran de origen quichua eran Incas. Por esto se ha llamado al gran imperio andino, imperio de los Incas. Por extensión, Inca se ha convertido en sinónimo de Quichua. (2)

-
- (1) Era tenido muy a honra para un noble casarse con la doncella que pasó primero por el tálamo del Inca. Este tenía uno como *jus primae noctis* sobre las mujeres, que podía ejercer cuando quisiere, conservando la mujer por el tiempo que le pareciese.
 - (2) El Coronel Langlois dice que los Incas eran una tribu compuesta de muchos ayllus, uno de los cuales era el Ju dá del pueblo, pues de allí procedió el soberano, que, elegido popularmente, se llamaba Inca Cápac, o sea rey de la tribu inca, y que el ayllu aquel se llamaba Ayllu-Cápac.

Los Cushipatas o sacerdotes, los Amautas, sabios botánicos y concedores de la tradición, los Amuntas, depositarios de los conocimientos astrológicos, los maestros del idioma, los intérpretes de los quipos, los artífices del estado, formaban otra clase social distinguida. Los nobles, los amautas y los sacerdotes estaban libres de todo tributo, vivían a costa del estado y sólo se ocupaban en la administración, en la meditación, el consejo y el culto.

Los Yanaconas eran la clase inferior y servían en la corte, labraban las tierras de los curacas y de los nobles, y, en general, se ocupaban en menesteres humildes. Talvez en su origen, fueron destinados a este oficio de sirvientes los indios de alguna tribu vencida; pero no fué después una casta miserable. El Yanacona era un sirviente de oficio, perteneciente a la plebe; probablemente no era propietario ni necesitaba serlo; el Yanacona era el castigado, pero no el esclavo, porque en la organización social de los Incas no existió la esclavitud.

En cuanto al resto del pueblo, cada uno vivía en medio de su ayllu cultivando sus tierras, apacentando los ganados, trabajando en su industria, a menos que estuviera en el servicio de las armas o trabajando en las obras públicas, o anduviese por los mercados.

El ayllu era un pequeño clan. Como no existía la familia al rededor de una sola pareja, sino que la poligamia permitía que cada cual tuviera el número de mujeres que pudiese sustentar, existía un verdadero régimen patriarcal. Las

esposas eran de un solo hombre. El adulterio se castigaba con penas gravísimas incluso la muerte. Si el hombre tenía que trabajar para mantener a sus mujeres, éstas, en cambio, que no estaban sino en la categoría de sirvientes del varón, ayudaban a éste, en sus faenas y más que todo le daban hijos, los cuales constituían no sólo un orgullo del padre sino una riqueza, porque en razón de su número se iban adjudicando nuevos pedazos de terreno.

Los hermanos, que eran tan numerosos, se agrupaban después con sus mujeres, y, así, entre parientes, constituían un grupo, un clan en pequeño que se llamaba ayllu. Levantaban un grupo de casas más o menos vecinas, y así, de ayllu en ayllu estaba la población diseminada, pero la extensión de cultivo era considerable. El ayllu, grupo familiar de dos o tres generaciones, tenía muchos intereses de comunidad, y elegía su jefe; (1) su existencia era muy antigua en estos territorios. (2)

El ayllu preincaico fué muy variado o mejor indefinido, el predominio del matriarcado no estaba restringido a sólo los incas; existió entre los Aimarás, sin que por esto sea preciso derivar de Tiahuanaco el origen del ayllu incaico. (opinión del Dr. J. B. Saavedra). Algunos ayllus tuvieron mujeres caciques muy valerosas. (3)

-
- (1) Entre los Quichuas ese jefe primitivo era el Sinchi.
 - (2) La palabra ayllu es netamente peruana. El señor Jijón—(Contribución al con. ab. Im. 1914) la usa para los aborígenes de Imbabura constructores de tolas—296.
 - (3) Cf. Max Uhle—El Ayllu peruano—Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima—XXVII—81—94.

Además la forma del ayllu incaico no existió en todo el Perú antes de la expansión de los Incas. "La variedad de formas de vivir en el Perú antiguo, antes de la extensión del imperio de los Incas, habrá sido inmensa. Ya los diferentes términos que se usaron en la denominación de estas organizaciones lo muestran claramente", dice el Dr. Uhle, Lo mismo se puede decir para el Ecuador.

Parece que la endogamia propia del último período del imperio era institución reciente y que las tribus antiguas eran exógamas. Lo mismo el matriarcado, fué reemplazado por el régimen patriarcal, cuyo origen, dice Uhle, se puede atribuir a influencia de las civilizaciones centroamericanas. Los ayllus preincaicos debieron ser tan desemejantes, que los Incas no pudieron menos que hacer en este punto una reforma radical. "Los Incas, concluye Uhle, impusieron en cuanto podían su forma de organización a los ótros, sin que podamos ya decir exactamente cuales han sido las organizaciones que ante su empuje principiaron a desvanecerse, y cual ha sido el origen detallado de su propia organización".

Los Incas comprendieron lo poco estratégica que resultaba la diseminación de los ayllus cuyos varones levantaban pucarás o fortalezas para defenderse cuando se les atacaba; y emprendieron en la agrupación de las poblaciones, en la

incaización del ayllu, como dice Means, cosa que facilitaba además, la administración. Con este objeto se levantaban censos de las poblaciones, y se les organizaba de este modo: el ayllu preincaico que se agrupaba libremente dejó de ser indefinido: cien padres con toda su familia estaban bajo el control de uno de ellos que se llamaba Llactacamayoc o Paschaccamayoc, superintendente de la tierra, del país, por elección. El clan de cien familias se llamaba una Paschac. Diez Paschacs formaban una Huaranga, cuyo jefe era elegido de entre las anteriores y pasaba de Paschaccamayoc el Huarangacamayoc. El Hunu era el clan y estaba constituido por un número variable de huarangas a cuya cabeza se hallaba el curaca, lugarteniente del Inca. Cada cuatro hunus componían una provincia en tiempo de Tupac Yupanqui y Huayna Cápac, y se llamaba su gobernante Tucuyricuc, el que todo lo ve. Anteriormente la reunión de varios hunus o clanes, todavía no bien organizados, había formado las tribus. De la confederación de algunas de éstas nacieron pueblos como los Chancas, los Collas, los Chimchas y los mismos Quichuas. Así mismo debía formarse el primitivo reino de Quito.

El anterior sistema decimal introdujeron los Quichuas también en la organización militar, la cual, con sus decuriones y centuriones, recuerda las huestes romanas.

No deja de llamar la atención la existancia del sistema decimal entre los Incas. Los Mayas, tomando como unidad los dedos de las manos y de los pies, llegaron a un sistema bidecimal.

(huainac, significaba un hombre y la cifra veinte, que les sirvió para sus cálculos astronómicos y comerciales). En el Brasil, había un pueblo que, con el auxilio de los dedos llegó apenas a tres unidades. Entre los Colorados ecuatorianos no se encuentran números propios; los que tomaron del aimará llegaron a cinco, es decir al número de los dedos de una mano, y el resto de numeración tomaron del Quichua mucho después. Los Atacameños, que tenían muchos rebaños, contaban el número de sus llamas por un sistema netamente decimal, el cual, según Buchwald, debió ser enseñado por ellos a los Quichuas. (1)

El estado distribuía el trabajo y era rico de todo. A una Pachaca se le ordenaba que suministrara estólicas; a ótra, que trabajase hondas u otra clase de armas; ésta tejía el vestido para los guerreros; aquella trasladaba los productos de los coptras o depósitos. La reglamentación del trabajo se hacía fácil: en todo el imperio se tendía una red de fuerzas. Esto le llevó a Means a exagerar cuando escribió que “ni asomos del albedrío que distingue a los pueblos libres se manifestaron en ambiente tan deprimente y servil”, porque “en todo aspecto de la vida común, en cada momento del día, se dejó sentir sobre la plebe el poder sacrosanto del gobierno imperial

(1) El sistema decimal no habrá pasado de los Atacameños a Tiaguanaco y de allí a los quichuas?
Cf. Análisis de una gramática atacameña—Bol. Ac. V—295—296.

que exigía obediencia ciega y mecánica". (1)

¿Pero, llegó a implantarse tan bella teoría de organización decimal en todo el imperio? ¿Fueron suficientes tan pocos años en algunas regiones para formar aldeas, para agrupar las poblaciones esparcidas en los países montañosos cortados por profundas gargantas, separados por interminables páramos? Es más que probable que muchos pueblos siguieron viviendo su vida antigua; sólo que el curaca obedecía al Inca y había los jefes inferiores de la administración y se ensayaban censos y agrupaciones. Pero faltó tiempo para transformar las costumbres y las instituciones de todos los países conquistados. (2)

-
- (1) Cf. La civilización precolombina de los Andes—Dice más todavía este autor: "Mediante una organización política tan lógica y tan mecánica, el poder supremo del semi divino Sapa Inca se ejerció sin dificultad sobre cada súbdito del imperio por humilde que fuese, robándole todo su albedrío natural y haciéndole un mero autómatas.
 - (2) Consúltase el excelente estudio del señor Jijón y Caamaño acerca de la Religión en el Imperio de los Incas, el capítulo del señor González Suárez destinado a las Instituciones de los Incas, las manifestaciones sociales de su civilización. Véase también el estudio del Dr. Gualberto Arcos sobre la Medicina entre nuestros aborígenes, así como el de Benito Villagarcía, otras costumbres religiosas de las antiguas tribus del territorio de los Incas, publicado en el Boletín de la Sociedad Geográfica Sucre—Sucre Bolivia XXVIII—297 a 299; y la parte destinada a estudiar la organización del ejército incaico en la obra de don Horacio Urteaga—El Perú—1928.

INDICE

Páginas

Introducción

Los estudios de Prehistoria Ecuatoriana.....	9
--	---

El Hombre Americano

Un Problema Continental	24
El Hombre Paleolítico en América.....	28
Orígenes.....	33
Afinidades Lingüísticas y Etnológicas.....	36
Lagoa Santa — Conclusiones.....	39
Los Inmigrantes.....	41

Primeras Culturas Ecuatorianas

Orientales y Centroamericanos.....	48
Protopanzaleo I.....	52
Protopanzaleo II.....	56
La Cultura Mayoide del Azuay.....	62
Tuncaguán.....	72
Carchi e Imbabura.....	76
Culturas de la Costa.....	81
Tiaguanaco (San Sebastián).....	87
Elenpata.....	92
Huavalac.....	95

Genealogía de las primeras culturas

Los Mayas.....	97
Los Chibchas.....	103
Tiaguanaco.....	107
Las Inmigraciones.....	110
La Metalurgia.....	126

Mosaicos de pueblos preincaicos

Los Pastos.....	134
Los Indios de Imbabura—Caranquis y Cayapa—Co- lorados.....	138
Los Quitus.....	153
Los Panzaleos o Tacungas	158
Los Puruháes.....	164
Los Cañaris	177
Los Paltas y Malacatos—Jíbaros de Gualaquiza y de Loja.....	185
Los Orientales	194
Los Esmeraldas.....	197
Los Manabitas o Manteños.....	199
Los Huancavilcas.....	203
Los Punáes	205
Los de Tumbéz.....	207

El gran Imperio de los Incas

Los Quichuas.....	208
Primer Período:	
Viracocha.....	212
Manco Cápac.....	212
Sinchi Roca	213
Inca Lloque Yupanqui.....	214
Mayta Cápac.....	215
Inti Yupanqui o Cápac Yupanqui.....	215
Segundo Período:	
Roca II.....	217
Yahuar Huacac	217
Viracocha.....	218
Tercer período:	
Pachacútec.....	218
El Reino de Quito.....	221
Tupac Yupanqui.....	235
Huayna Cápac	240
Atahualpa.....	253
Sistema Económico de los Incas.....	257
Instituciones Políticas y Sociales.....	271



**Acabóse de Imprimir
en Quito
el 2 de Marzo de
1933**



BIBLIOTECA ECUATORIANA

COLECCION GENERAL

- I **SURTIDORES BLANCOS.** — *Poemas* — Carlos Dousdebés.—Agotado.
- II **LA ROMERIA DE LAS CARABELAS.**—*Poemas, Remigio Romero y Cordero.*—Agotado.
- III **SOCIOLOGIA, POLITICA Y MORAL.**—*Belisario Quevedo.*—*Preliminar y Apéndice de J. Roberto Páez.*—Precio, \$ 4,00.
- IV **GOBERNANTES DEL ECUADOR.**—(1830-1932) *Alfonso Rumazo González.*—Agotado.
- VI **COMPENDIO DE HISTORIA PATRIA.**—*Belisario Quevedo.*—*Notas y Apéndices por A. y J. Rumazo González.*—Agotado.
- VII **CANTA LA VIDA.**—*Poemas.*—*Mary Corylé.*—Precio, \$ 3,00.
- VIII **BIOGRAFIA Y CRITICA.**—*Nicolás Jiménez.*—Precio, \$ 4,00.
-
-

SERIE INDEPENDIENTE

VIBRACION AZUL.—Poemas.—Alfonso Rumazo González.—Agotado.

PROA.—Poemas.—José Rumazo González.—Agotado.

LOS IDEALES.—Novela.—Alfonso Rumazo González.—Agotado.

ALTAMAR.—Poemas.—José Rumazo González.—Precio \$ 3,00.

EL NUEVO CLASICISMO EN LA POESIA.—José Rumazo González.—Precio, \$ 1,00.

INSPECCIONES DE BANCOS.—Alberto Puig Arosemena.—Precio, \$ 10,00.

SILUETAS LIRICAS.—Alfonso Rumazo González.—Agotado.

EL MAL (Drama) F. A. Villavicencio.—Precio, \$ 4,00.

VICTOR MIDEROS.—José Rumazo González.—Precio \$ 6,00

Biblioteca Ecuatoriana

Biblioteca de la Alianza Unionista

1.—EL ECUADOR EN LA AMERICA PREHISPANICA.—José Rumazo González.

RUMBOS. — Revista cultural, órgano de la Editorial Bolívar.

Dirección:

Alfonso y José Rumazo González.—Apartado 5-4-3 Quito.

Para Provincias y Exterior, más porte de correo.

Precio: \$ 4,50

Suscriptores: \$ 3,50

